



Emilio Pauselli

LA CULTURA DEL TRABAJO Y LA DANZA DE LA LLUVIA



La cultura del trabajo y la danza de la lluvia

La cultura del trabajo y la danza de la lluvia

Emilio Pauselli

Pauselli, Emilio

La cultura del trabajo y la danza de la lluvia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Latinoamericano, 2011.

188 p. ; 19x26 cm. - (Estudios políticos y sociales)

ISBN 978-950-694-886-3

1. Sociología . I. Título

CDD 301

© 2011, by Emilio Pauselli

© 2011, by Grupo Editor Latinoamericano S.R.L.

Avda. Jujuy 1142, PB, "C" Buenos Aires,

Argentina. Tel - Fax: 4308-0308

grupo.editor@yahoo.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Imagen de tapa: collage de Julián Gutiérrez

Diseño interior: Pablo Barragán.

Impresión y encuadernación: E. del Cuarto Mundo.

Películas de tapa: Proyección.

Se utilizó para el interior papel Obra Boreal de 80 gs.

y para la tapa cartulina Ilustración de 280 g provistos por Papelera Alsina SA.

A mis hijos,
excelentes trabajadores
y una posibilidad permanente
de aprendizaje

La cultura del trabajo y la danza de la lluvia

Índice

Introducción	13
Capítulo 1. Sobre premios y castigos	17
La pérdida del derecho a ser castigado	18
La lucha por la vida, esa vieja historia	22
La batalla ganada, la conciencia perdida	24
Por una exégesis de la falta de trabajo	27
Capítulo 2. Tecnología y ganancias	31
La aplicación de tecnología y la desaparición de puestos de trabajo	31
El fin del trabajo. El sentido de esa metáfora	34
El famoso tema de la “competitividad”	36
La acumulación de riqueza y la vida social	39
Capítulo 3. El trabajo como actividad socialmente codificada	43
El trabajo como práctica social	48
Empleo, desempleo y control de las personas	51
Capítulo 4. La falta de trabajo transformado en “problema social”	57
Desocupación y desocupados	61
Ambigüedad en los discursos sobre el empleo y el trabajo	66
Capítulo 5. Las distintas versiones de la danza de la lluvia	71
Conocimientos y habilidades: el primer paso de la danza de la lluvia	73
Segundo paso: la actitud proactiva	79
Los microemprendimientos: usted ya es un bailarín	81
Capítulo 6. La educación y el acceso al trabajo: la profesionalización del baile	85
Instrucción y acceso al trabajo	87
La educación para el trabajo y la demanda social	90
¿Cómo educar a la educación?	94
Capítulo 7. El trabajo y la economía social: la maestría en danzas autóctonas	101
El trabajo y la economía “natural”	103

La asociación y la cooperación: ¿para todos o para los marginados?	107
La economía alternativa y el desarrollo local	110
¿Economía alternativa o economía para pobres?	113
Capítulo 8. El mercado de trabajo y la destrucción de la cultura del trabajo	121
Trabajo y pobreza	122
Los jóvenes y el trabajo	125
Trabajo y derechos	128
La cultura del trabajo	131
Capítulo 9. Algunas reflexiones ante la limitación de puestos de trabajo	139
Estrategias de control horario	140
Actualización de la definición de derechos humanos	144
Los cuidados de la vida	146
La protección del trabajo en las crisis globales y regionales	150
Recuperación de saberes productivos	154
La renta básica universal o el ingreso ciudadano	156
Capítulo 10. ¿El ocaso de la civilización del <i>homo faber</i>?	161
Apéndice 1. Pensamiento único y modelo de país	169
¿Qué entendemos por “pensamiento único”?	169
Papel de la imaginación en el desarrollo humano	172
Para un modelo de país	175
El trabajo y el pensamiento único	177
Apéndice 2. La ideología de la historia	179
Los efectos in-creíbles de la historia	180
Los supuestos del “modelo terapéutico”	181
La historia: el pasado, el presente y el futuro	182
Una intelección construida desde el futuro	185
Las puertas de la razón y del deseo	187

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la actitud generosa de decenas de organizaciones sociales que durante los últimos 20 años compartieron francamente con su autor las experiencias exitosas o frustrantes que realizaron en su intento por facilitar el acceso de ellos mismos y de otros seres humanos al mundo del trabajo. Sus preguntas y sus prácticas han sido nuestra principal inspiración.

La obra terminada se debe, a su vez, al concurso de diversas personas. Nancy Boufflet ha sido no solo la agente editorial sino la principal comentarista y confidente mientras se elaboraron estas páginas. Su misión se ha extendido considerablemente, incluyendo la búsqueda de títulos raros y sugiriendo otros que el autor simplemente desconocía. Félix Bombarolo ha realizado una lectura detallada del borrador, ha señalado aspectos de contenido necesarios de aclaración o simplemente de mejor exposición y, con sus sugerencias sintácticas, ha dejado sin trabajo a los correctores. Lino Ochoa ha sido nuestra principal referencia para pensar el tema desde el punto de vista de las prácticas de recursos humanos en las empresas; su vasta experiencia en programas de aumento de productividad y su juicio agudo nos han orientado en diversos aspectos. Claro, él no tiene responsabilidad en las conclusiones que se sacan en el presente libro.

Finalmente, una serie de amigos han leído el primer borrador. Opinaron sobre la forma y el contenido, criticaron y alentaron; en resumen, han constituido el indispensable ámbito de afecto necesario para ir en contra de la corriente. Ellos son Damián Valente, Jaime Villarraga, Juan Pablo Acerenza, Juan Serra, Laura Gervasi, Leonor Cruz, Lilian Toledo, Mario "El Diablero" Arias, Mercedes "La Negra" Vergara, Miguel Cerviño, Norma Fonzalida, Ricardo Caballero y Ricardo Rooschild. A todos, muchas gracias.

El libro como objeto

La tapa es una obra de Julián Gutiérrez, artista plástico argentino, quien combinó las técnicas de collage y fotografía para formar ese bello conjunto de objetos del trabajo cobijados por el dios azteca de la lluvia. El conjunto del libro es mérito de Luis Tedesco y Pablo Barragán, quienes lo cuidaron con profesionalismo y con afecto hasta que vio la luz. A todos ellos, muchas gracias.

Introducción

La presente obra reúne una serie de ideas elaboradas durante los últimos años, algunas de ellas aparecidas en artículos y otras compartidas y enriquecidas en trabajos, talleres y seminarios con organizaciones de base y equipos técnicos dedicados a la llamada promoción social. También han colaborado en la formación de estos puntos de vista los trabajos realizados como consultor en temas de desarrollo organizacional, incluido asesoramiento en recursos humanos para empresas de distintos rubros y magnitud.

Estas ideas giran alrededor del trabajo en nuestras sociedades, su disponibilidad, las maneras de acceso al mismo y los conocimientos y mitos que se construyen alrededor de su concepto.

Las presentes reflexiones van con cierta libertad desde las experiencias tal como se nos representaron en su momento y las posibilidades de interpretación que hemos ido construyendo para volver a pensar en ellas. El lector extrañará la ausencia de datos estadísticos macro que acompañen las afirmaciones particulares¹. Como compensación, encontrará una manera de construcción de sentido que, según se nos señala reiteradamente, resulta en absoluta coincidencia con su experiencia cotidiana. ¿Cómo fundamentar, si falta hiciera, estas elecciones?

Podemos decir que el saber socialmente reconocido –la ciencia–, organizado en las llamadas disciplinas, confiesa desde su autodenominación su intención: disciplinar las percepciones humanas. Sistemas menos eficientes de producción de saber han permitido que se reemplace, por ejemplo, la metáfora geocéntrica de Ptolomeo por la heliocéntrica de Copérnico, con las ventajas que ello ha implicado. Hoy no es tan sencillo reemplazar la metáfora heliocéntrica, ¿o no está convencido usted que la tierra gira alrededor del sol?

¹ Por ejemplo, supondremos que el lector conoce que en la “crisis” del 2009 en los EEUU se perdieron 9 millones de puestos de trabajo y que la “euforia” de la recuperación se basa en que en el año 2010 la economía está creando 75.000 nuevos puestos por mes, sin datos sobre la expansión de la PEA (Población Económicamente Activa) en el mismo período.

² Nos referimos a la compañía cuyo paquete mayoritario corresponde al grupo minero Xstrata Copper (de origen suizo, un país super cool), asentada en la Provincia de Catamarca, Argentina. Es un megaemprendimiento minero a cielo abierto que contamina una amplia región que incluye las provincias de Catamarca, Tucumán, Salta y Santiago del Estero. Consume 50 millones de litros de agua dulce diaria y libera minerales pesados que van pasando –y matando– a distintos organismos vivos. Los derechos de exploración y explotación corresponden a YMAD (Yacimientos Mineros de Aguas del Dionisio), grupo conformado por el gobierno de la provincia de Catamarca, el gobierno de la República Argentina y la Universidad Nacional de Tucumán. Xstrata pagó a YMAD en concepto de utilidades, correspondiente al segundo trimestre del 2010, U\$S 58 millones. En los últimos cuatro años YMAD percibió 729 millones de dólares por ese concepto. La Universidad Nacional de Tucumán, integrante de la YMAD, es la que controla y emite los informes sobre contaminación ambiental producidos por la minera.

³ Friedrich Nietzsche. *Así hablaba Zaratustra*. También pertenece a esta obra la metáfora el “santo el bosque”.

⁴ *La institución imaginaria de la sociedad*. Cornelius Castoriadis. “Elucidar es el trabajo por el cual los hombres intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan”.

⁵ Plantas de elaboración de pasta de papel asentadas en los márgenes de

A este nivel epistemológico propiamente dicho hay que agregar el entrecruzamiento entre el conocimiento científico y el poder. Éste utiliza las normas de producción de aquél para financiar las producciones que, por ejemplo, demuestran que Minera La Alumbrera² no contamina el medio ambiente. Esa evidencia se contrapone a otras que tienen los pobladores de localidades de su radio de influencia: las plantas mueren, cada vez hay que perforar a más metros de profundidad para hallar agua, los zorros pierden el pelo y los ríos no tienen peces. ¿Cuál saber elegir para alcanzar qué tipo de sociedad humana?

Cuando la comprensión religiosa de la vida que nos trasladaba de este valle de lágrimas hasta el más allá venturoso perdió su eficiencia a manos del individuo moderno, se pudo comprender la expresión “Dios ha muerto”³. Quizás, mirando el mundo horroroso que produce el saber sancionado socialmente, podamos comprender que la ciencia ha muerto como refugio de la racionalidad, comprendiendo a ésta como la capacidad humana de elucidar⁴ el presente. Claro que aún hay santos en el bosque que no se han enterado y creen sinceramente que a las pasteras⁵ deben entrar los científicos y no los políticos⁶.

Pero aún más impresionantes que los efectos que el conocimiento y la tecnología tienen en el mundo natural, son los efectos en el mundo social. El esfuerzo hecho por las ciencias sociales para ser reconocidas ellas también como conocimiento científico no ha sido en vano. Las principales ciencias sociales que regulan nuestras sociedades –la economía y el derecho– no aciertan a proveer una vida mínimamente digna para las seis séptimas partes de la población del planeta. Las hermanitas pobres de aquellas –la sociología, la antropología y otras– describen y prescriben con escasa incidencia en la vida humana.

Estas contradicciones entre el “conocimiento objetivo” y lo que realmente le pasa a millones de per-

sonas se expresa con total brutalidad en el mundo del trabajo. La versión “civilizada” o científica dice que la falta de trabajo es una crisis del modelo. La comprensión “cultural” de lo cotidiano parece decir que la falta de trabajo es el modelo.

De esta manera, reflexionaremos sobre el trabajo como inclusor social y su relación con la cultura. También aquí se nos ofrecerán opciones: la idea de que en una sociedad existen excluidos sociales es notable ya que, en rigor, es contradictoria en sí misma. Una observación cuidadosa solo podría comprobar que hay excluidos de ciertos tipos de consumo, en muchos casos básicos. La idea de exclusión social es una metáfora que induce a creer que hay una sociedad que funciona bien y de la que algunas personas o grupos sociales están excluidos; solo se trata de que se incluyan y pasen a disfrutar de los beneficios de todos. Esta metáfora oculta la realidad de que los llamados excluidos son producidos y mantenidos –incluidos– en esa situación por esta sociedad que, solo así, “funciona bien”. Como comprenderán, no es lo mismo curar al excluido para que logre incluirse –educando, controlando, sancionando– que curar a una sociedad enferma que produce pobreza como resultado de su forma módelica de producir riqueza.

Finalmente, defenderemos la idea de que la cultura del trabajo es mantenida por los trabajadores ocupados y desocupados, y es atacada por las condiciones del mercado de trabajo y la creciente relación entre trabajo y pobreza. Hemos comprobado casuísticamente que aquellos que hacen el centro de su discurso en la necesidad de recuperar la cultura del trabajo son personas que, en su inmensa mayoría, jamás han trabajado.

Sobre el orden del libro, el lector encontrará un primer capítulo que plantea la dimensión cultural de la práctica contemporánea del trabajo y, a continuación, tres capítulos que actualizarán las reflexiones consi-

los grandes ríos de Argentina y Uruguay. Se sabe con certeza la contaminación producida por Alto Paraná S.A. en la provincia de Misiones, Argentina, limítrofe con la república del Paraguay; y se sospecha fuertemente de los efectos producidos en el medio ambiente por UPM (ex - Botnia) asentada en el departamento de Fray Bentos, Uruguay, limítrofe con Argentina.

⁶ Siempre queda la ilusión final de que la ciencia es buena y los hombres malos, que en algún lugar hay una verdad incontestable, garantía de la felicidad futura. El tema excede largamente estas líneas, solo podemos decir que esa ilusión funciona igual que Dios: es bueno pero no está disponible para aliviar los sufrimientos de los humanos.

deradas como relevantes sobre el tema. En los capítulos cinco, seis y siete se describen los intentos fallidos con que la sociedad intenta responder a los problemas planteados por la falta de trabajo. El capítulo ocho replantea la noción de “cultura del trabajo” y el nueve esboza algunas estrategias deseables para intentar recorrer nuevos caminos recreando la experiencia social sobre estos temas. Finalmente, en el capítulo diez compartimos preguntas y perplejidades sobre los temas tratados.

Son parte de este libro dos apéndices. Un apéndice puede ser algo que sobra o algo que completa, el lector decidirá al respecto. En el primero de ellos compartimos algunas ideas sobre la manera en que el llamado “pensamiento único” impide pensar alternativas de sociedad. En el segundo tratamos de llamar la atención sobre el papel del futuro en el sistema de motivaciones humanas.

Sobre el libro como objeto, el mismo está preparado con un margen generoso con dos objetivos: el primero, que ese margen aloje las notas que acompañan al texto y facilite su incorporación por parte del lector. El segundo objetivo es que el lector pueda, en caso de desearlo, transformar el presente libro en un cuaderno de trabajo escribiendo sus propias notas, ejemplos, coincidencias, disidencias, nuevas ideas. O sea, que el lector pueda también en forma explícita – siempre ocurre– transformarse en autor⁷.

Una nueva civilización se acerca: como siempre, la tendencia parece ser que sus características la decidan unos pocos; pero, quizás una vez más –y van...–, podamos hacer el intento de que incluya parte de los deseos profundos de toda la humanidad, tantas veces escamoteados por nuestra impericia para tener poder sobre el poder.

⁷ Es por eso que uno encuentra siempre una gran diferencia entre un libro leído y la película realizada sobre su texto, por más fiel que sea la versión. Es que mientras leímos el texto nos transformamos en autores, definimos el paisaje, colocamos voz a los personajes, hasta las sonrisas y las muecas son nuestra creación. En la película no encontramos nada de eso, de ahí la decepción.

Sobre premios y castigos¹

La modernidad ha tematizado con ingenio muchos de los aspectos que giran alrededor de los sistemas de premios y castigos que supuestamente organizan y mejoran la vida humana. Desde el refuerzo positivo que recibe el bebé cuando logra pronunciar correctamente una palabra, hasta la amenaza de cárcel y aun de pérdida de la vida para los que se animen a exhibir determinadas conductas, puede comprenderse la socialización como influida, real o imaginariamente, por este sistema pendular que promete beneficios o amenaza con penas a veces indescriptibles.

Mucho se ha dicho también sobre la asimetría existente entre unas y otras promesas. Mientras los premios llegarían siempre tarde o nunca, los castigos se repiten con envidiable regularidad de manera permanente durante toda la vida de un ser humano. Y a medida que se ingresa en la edad adulta, más aún. Ya las golosinas, la lectura de un cuento o dormirse a upa de un ser querido, no alcanzan a restañar las heridas que nos ha producido la vida, en forma prevista o totalmente espontánea. En esto también se nota la diferencia: espontáneamente, también llegan pronto los castigos y casi nunca los premios, como pueden certificar los millones de participantes en los juegos de azar.

Tampoco se puede ignorar que muchos premios y castigos funcionan de manera diferente, dependiendo de quién es el sujeto que debe recibirlos. Mientras algunos en general logran evitar los castigos previstos, ya sea eludiendo la ley, modificándola o derogándola, otros ven como llueven sobre sí las calamidades, aun las que quizás solo por casualidad no merecen. Las regulares crisis financieras son un ejemplo donde las sociedades sufren sus consecuencias en términos de desaparición de ahorros y de pues-

¹ Este capítulo sigue el texto del artículo *Sobre premios y castigos. Su relación con la experiencia del trabajo*. Pauselli, 2002. Lamentablemente, a pesar de haber transcurrido casi una década, las correcciones necesarias fueron mínimas.

tos de trabajo y los causantes reciben apoyo económico para resarcirse de los efectos de sus recientes desmanes.

Finalmente, el prestigio alcanzado por este sistema obedece a sus profundas raíces en la cultura, al menos occidental. Una humanidad originaria solo se dedicaba a ser feliz, cosa bastante lógica, ya que para qué vivir si no es para ello². Pero alguien, o algunos, o algunas, o algunos y algunas, hicieron algo no debido (de donde se hace evidente que la felicidad y el deber llevan un largo matrimonio, aunque no siempre duermen en la misma cama) y allí se desencadena la lógica del premio y el castigo. El primero queda prácticamente diferido hasta un más allá de la vida que da sentido al presente³, mientras que el segundo se hace presente de manera cotidiana, haciéndonos desear fervientemente que ese más allá exista de alguna manera, cualquiera sea ella.

Este cuadro de la vida humana, aunque triste en sí, presenta la inmensa ventaja de que con el transcurrir de los siglos nos hemos terminado acostumbrando a él. Es más, si lográramos un poco más de equidad en el reparto de los castigos, creo que muchos nos sentiríamos medianamente satisfechos, algo así como la concreción de la máxima de que “quien las hace, las paga”. Pero tenemos malas noticias. Casi nunca han funcionado los premios, eso ya lo sabemos; pero ahora: ¡han dejado de funcionar los castigos! ¿Cómo vivir sin ellos? La humanidad se encuentra al borde de la disolución.

La pérdida del derecho a ser castigado

Todos hemos vivido o como padres de niños en edad escolar, o como tíos, o simplemente como adultos en contacto con niños, la aparición rubicunda de alguna pequeña personita que se empeña en destruir todo a su paso, si pudiera a nosotros mismos. Muchas veces le-

² Nos referimos al sentido clásico –aristotélico– de felicidad. *Ética Nicomaquea*. Libro I.

³ Ver en San Agustín, *Civitas Dei*, la idea de un presente que se interpreta desde esta operación diferida y, en general, en qué sentido solo así podemos hablar de historia.

vantamos la vista hacia alguno de sus progenitores, sospechando que quizás a ellos les cabe alguna responsabilidad por los destrozos manifiestos, pero nos encontramos con una sonrisa compresiva ante nuestra perplejidad. Si uno tiene suerte, hasta le será explicado que contradecir el deseo del niño en ese momento implicaría infringirle un trauma que repercutiría en toda su vida afectiva posterior. Si usted ha vivido esa situación en la sala de espera de un pediatra, en la salida a la plaza de los niños del jardín al que la maestra lo invitó para que colaborara en el cuidado de los angelitos, o simplemente en su casa, no podrá negar que debió reprimir un fuerte deseo de intervenir en la situación, pensando que no ejecutar su deseo tendría consecuencias para su vida psíquica aun peor que para la del niño. Finalmente, usted logró reprimir esa violenta intención, ayudado por la imagen de bondad (ahora destruida) que acompaña a la niñez, sintiendo que había privado a ese pequeño ser de una oportunidad de ingresar a la cultura a través de su estentóreo y amenazante grito: “¡Pará, bestia!”

Pero las sociedades no son niños. Están conformadas por una mayoría de adultos que, mal o bien, hemos aprendido a no romper las cosas de la sala de espera. Y los poderes y los gobiernos no son padres, cuya responsabilidad sea ayudarnos a compartir una –como la vida– no elegida cultura. El problema de la pérdida del derecho a ser castigado se refiere no a un aspecto formativo, sino constitutivo. Hay castigos que nos constituyen como seres humanos, al punto de haber generado corrientes de pensamiento que hacen consistir la humanidad justamente en la realización del castigo, y han hecho del cumplimiento del mismo un origen y una virtud.

Uno de los libros pre–formadores de occidente⁴ abunda en imágenes relacionadas con nuestro tema. Nos referimos a los conocidos castigos bíblicos que acompañaron a la falta cometida por esos primeros –y

⁴ Curiosamente, una colección de libros orientales.

⁵ Génesis, 3, 14-15. Dicen que “génesis” quiere decir origen, y es el nombre que lleva el primero de los libros que componen la Biblia.

⁶ Otra vez Génesis, 3, 16.

⁷ De nuevo Génesis, 3, 17-19.

⁸ Engels, Federico. *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, obra canónica, si las hay, sobre este tema.

⁹ Nos referimos a la fábula popular, en la que la cigarra pasa el verano cantando y en invierno no tiene para comer; mientras que la laboriosa hormiga se sacrificó acarreando hojitas durante la mejor estación, y cuando llegó el frío no tuvo inconvenientes para sobrevivir. Ver la denuncia que hace Javier Bardén en la película *Los lunes al sol* sobre el supuesto carácter poco solidario de la hormiga.

mal aconsejados— seres humanos. No se salvó ni la serpiente, que fue explícitamente condenada a arrastrarse sobre su vientre⁵, aunque sabemos que también perdió el don del habla, ya que nunca más se la ha oído conversando con un ser humano —a excepción, claro está, de Harry Potter—. La mujer perdió su deseo, y le fueron agregados numerosos dolores en su actividad de parir⁶. Y al hombre, doblemente estúpido, por haber transgredido la norma divina y por haberlo hecho por iniciativa ajena, le fue quitado todo sustento espontáneo que le podría ofrecer la naturaleza: “Maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y en polvo te convertirás⁷”.

Sin ponernos a investigar minucias —como si la muerte se agregó como castigo, o ya estaba prevista y solo le fue anunciada por enojo en esa oportunidad—, sabemos que el “parirás con dolor” y el “ganarás el pan con el sudor de tu frente” atravesaron miles de años, para ser aún hoy proverbios conocidos explícitamente por una cantidad importante de personas, y posiblemente anidado en la conciencia aun de los que no podrían informarnos sobre su origen o existencia. A este tipo de castigos nos referimos cuando hablamos de castigos constitutivos.

El castigo del trabajo se transformó en teoría de la aparición de la propia existencia humana⁸. Con buenas razones se indica que ha sido el trabajo justamente lo que permitió al hombre constituirse como tal, y realizar una experiencia diferenciada (?) del resto de la naturaleza. El trabajo se ha constituido como virtud, como ya lo demuestra la diferente suerte que sufrieron la cigarra y la hormiga⁹. En fin, tan constitutivos son estos mandatos que hasta la mujer ha reivindicado, como signo de igualdad, ser ella también castigada como el hombre y peleó duramente hasta ser admitida

masivamente en el mercado de trabajo; aunque el hombre, para compensar, solo pueda hacer el patético papel de (mal) acompañante en la sala de partos.

Claro que no ignoramos el valor metafórico del trabajo como castigo, pero tampoco lo interpretamos como la versión mítica de un proceso natural evidente. Porque la pregunta previa a la del papel que el trabajo desempeñó en la constitución de humanidad, es ¿por qué el hombre trabajó? Si se entiende que nunca hubo algo así como humanidad antes del trabajo, solo haríamos más precisa la pregunta: ¿por qué esa especie que devendría en hombre a través del trabajo, lo hizo y devino efectivamente en esa dirección?

Desconocemos la respuesta. No parece ser el trabajo del hombre similar al de otras especies, como las abejas, las hormigas o los castores, entre las más paradigmáticas por el carácter colectivo de parte de sus actividades. En algún sentido también trabaja el animal que caza o que recolecta. Pero el trabajo humano parece poseer una posibilidad creativa diversa a la de otros seres, aunque tenga en común ser una manera de relación con el resto de la naturaleza orientada a resolver necesidades de sobrevivencia.

Lo que queremos decir es que es frágil nuestro conocimiento causal sobre el carácter laborioso del ser humano¹⁰. En especial teniendo en cuenta que en muchas ocasiones la tendencia parece ser más a la pereza que al trabajo y hay un sinnúmero de técnicas y teorías psicológicas, sociales y económicas orientadas a motivar al ser humano para que trabaje. Es conocida la polémica que gira alrededor de modelos de salario social o subsidio abierto al desempleo en cuanto a sus efectos no deseados como anulador de incentivos para esforzarse en pertenecer al mundo del trabajo.

Los procesos de alienación¹¹ del producto y de las decisiones que organizan el proceso del trabajo son, con seguridad, parte de las causas de la compleja

¹⁰ Si, como sospechamos, la especie humana lleva dando vueltas por este planeta desde hace cerca de un millón de años, lo que conocemos de manera más cercana no excede los 15.000 años y de manera muy indirecta no más de 40.000. El que se sienta seguro de explicar cómo terminamos trabajando, que tire la primera piedra.

¹¹ Alienación es un concepto que indica que algo se vuelve ajeno a un sujeto. Según Rousseau, el hombre se enajena en una sociedad fallida; según Hegel, a partir de su creencia ideal en el mundo; según Feuerbach, en la idea religiosa; según Marx, en la producción material. En todos los casos se está pensando en procesos donde algo generado por el ser humano se vuelve ajeno al mismo.

relación del hombre con el trabajo. Pero la esperanza de que la eliminación de la alienación –suponiendo que ello fuera posible en términos materiales y no solo imaginarios– humanizaría o re–humanizaría el trabajo, nos obliga a una nueva serie de preguntas. Todas ellas girarían alrededor de qué entendemos por humanización del trabajo. Una de las tantas respuestas posibles sería: que deje de ser un castigo. Como vemos, no hay un abismo entre las pretensiones de la ciencia y las de los mitos. Ambos hablan de las cosas que no conocemos o no comprendemos.

Cuando aumenta año tras año la cantidad de seres humanos que no logran insertarse en el mundo del trabajo a escala planetaria, parece que el reclamo por el derecho al trabajo es un reclamo por el cumplimiento del castigo prometido. Millones de personas hoy ya no pueden ganarse el pan con el sudor de su frente, ni de ninguna otra manera. Si pudieran cumplir la pena, lograrían vivir más dignamente, atender a las necesidades propias y de sus descendientes y, sobre todo, no sentirse discriminados respecto a otros individuos que sí disfrutan de ese castigo. Y este deseo no es tan descabellado. Mientras que la condena dignifica al reo, ya que lo transforma en sujeto de derecho, la inimputabilidad lo borra de la lista de los seres racionales que aún creemos ser los humanos¹².

¹² Ver *La locura enloquecida*, Ignacio Lewkowicz, 2004.

¹³ “En un apartado rincón del universo centelleante, desparramado entre innumerables astros, hubo una vez un planeta en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la Historia Universal; pero, a fin de cuentas, solo un instante. Tras breves respiraciones de la Naturaleza, el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer”. F. Nietzsche, *La verdad y la mentira en sentido extramoral*.

La lucha por la vida, esa vieja historia

Más allá del origen del trabajo, del hombre y de los premios y los castigos, la actividad transformadora de la naturaleza, que el hombre ha encarado desde que tenemos noticias, ha sido parte de su lucha por sobrevivir en la superficie de un planeta pequeño, aislado en el borde de una galaxia, aparentemente sin vecinos biológicos en un radio bastante considerable¹³. El conocimiento, el desarrollo de la técnica y de la ciencia, han sido probablemente uno de los resultados de esta lucha.

Más allá de la trascendencia de este hecho, la permanente alianza y combate con la naturaleza –que desarrollamos desde el momento en que debemos ingerir nutrientes y producir desechos para sobrevivir–, ha marcado profundamente nuestra manera de ser humanos. No solo en lo referido a la construcción social, que en muchos aspectos puede entenderse como aleatoria¹⁴, sino en la propia construcción de la personalidad. Así, Freud creía que dominar la pulsión sexual era una función social cuyo motivo es “en su raíz última, económico; como no posee [la sociedad] los medios de vida suficientes para mantener a sus miembros sin que trabajen, tiene que restringir su número y desviar sus energías de la práctica sexual para volcarlas al trabajo. Vale decir, el eterno apremio de la vida, que desde los tiempos primordiales continúa hasta el presente”¹⁵.

¿Será efectivamente eterno el apremio de la vida? En un sentido, sí. Todo depredador se constituye desde la lucha con lo otro, y en casos extremos, contra lo mismo otro, como lo demuestran el canibalismo y el capitalismo. En otro sentido, la expectativa de resolver ese apremio puede ser muy diversa. En ocasiones, solo la casualidad permite salir triunfante. Otras veces, una adecuada tensión de todas nuestras fuerzas nos garantizará una razonable expectativa de resolución. Y un cambio profundo en la capacidad del hombre de relacionarse con la naturaleza de manera de atender sus necesidades puede transformar la resolución de los apremios en algo totalmente expectable y el fracaso solo se podría producir en caso de negligencia grave y estupidez generalizada de la especie.

Presentaremos una tesis que bordea esta última posibilidad, aunque siendo piadosos con nosotros mismos, intentaremos acompañarla de algunas hipótesis que nos disculpen o propongan buenas razones que justifiquen nuestra negligencia y estupidez.

¹⁴ Sobre este punto, recomendamos revisar las profundas –y en muchos aspectos proféticas– reflexiones de Cornelius Castoriadis, *La construcción imaginaria de la sociedad*.

¹⁵ Freud, Sigmund, 20ª Conferencia. *La vida sexual de los seres humanos*.

La batalla ganada, la conciencia perdida

El soldado japonés había quedado solo en la isla. La lucha por la existencia era dura, pero podía arrancarle a la selva –no sin esfuerzo– los recursos mínimos para sobrevivir. Se sentía con fuerzas para continuar la guerra, siendo fiel a su patria y a su Emperador. El contacto con su mando hacía meses se había interrumpido, probablemente la guerra no estaba siendo fácil; pero cuando le tocara entrar en acción, iba a estar listo para oponer su vida a cualquier intento del enemigo de utilizar esa isla en contra de sus hermanos. Ni el aislamiento ni el paso de los años habían hecho mella en su disposición al combate. Finalmente, después de mucho tiempo, llegaron seres humanos a la isla. El soldado no supo si amigos o enemigos. El asombro fue mutuo: el combatiente no comprendía por qué no tenía que combatir y los recién llegados no comprendían que aún no se hubiera enterado de que la guerra había finalizado hacía 24 años.

Noticia, relato imaginario, un poco y un poco; ésta puede ser una metáfora de la humanidad. Hemos pasado cientos de miles de años enfrascados en una lucha a brazo partido por sostenernos en la isla. Somos hijos de antepasados remotos, que en ocasiones –muchas veces solo por casualidad– tuvieron descendencia antes de morir a una edad que hoy consideraríamos joven o adolescente. Los sacrificios autoimpuestos para sobrevivir, y los impuestos a los demás en tanto lo creían necesario y era posible hacerlo y sufrirlo, hacen de la idea del trabajo como castigo una versión mucho más creíble que la metáfora del trabajo como causa y efecto de la aparición de la inteligencia. Quizás esta última solo se desarrolló para tratar de aliviar un poco ese tremendo castigo. Noticia o relato imaginario también esto, la supervivencia de la especie humana no es de los prodigios menores de la naturaleza.

Así como el soldado japonés hizo de la lucha el

sentido de su vida, del mismo modo la humanidad vivió concentrada en lograr vencer en esa porfía: arrancarle a la naturaleza los medios necesarios para la propia vida. Esa tensión milenaria claro que preformó su comprensión del mundo (Marx), la constitución de su individualidad (Freud) y la producción de su discurso (Nietzsche). Es más, cada uno de los sistemas sociales que conocemos ha consistido en lograr delicados –no equitativos ni voluntarios– equilibrios entre las personas y los grupos de personas para salir victoriosos de esa lucha.

Quizás el producto más refinado y cruel para que la humanidad libre esa batalla con éxito haya sido el desarrollo del capitalismo. Generalizar la competencia entre los que manejan el poder –tanto en el terreno militar como en el económico y en el cultural– ha constituido un fuerte impulso a la superación para imponerse. La situación de poner a las personas y grupos de personas en competencia entre sí a fin de apropiarse de esos medios de vida ha favorecido una especie de sobrevivencia de los más aptos¹⁶.

La opulencia de las sociedades actuales ha sido desconocida en todas las constelaciones humanas de las que tenemos noticias hasta ahora o que nos podemos imaginar. El dominio alcanzado sobre la naturaleza, la aplicación de la ciencia a la técnica y viceversa, la capacidad de producir y crear, transforman al hombre en un hacedor de milagros, pocos siglos atrás solo reservados a Dios o sus intermediarios. Este horizonte se ha construido en un período relativamente breve, quizás durante los últimos 300 años. Como si después de una extensa, agotadora, y muchas veces derrotada lucha de guerrillas desarrollada durante cientos de miles de años, luego de las batallas de los últimos milenios, en un arrebato frenético finalmente hubiese tomado el cielo por asalto¹⁷.

Este ejército victorioso debería comenzar a disfrutar de los beneficios de la victoria, pero algo está

¹⁶ La pregunta pendiente es: ¿más aptos para qué?

¹⁷ “Tomar el cielo por asalto” es una de las metáforas más actuadas en los últimos 50 años. Así lo certifican la investigación espacial y la nueva moda de algunos poderosos de la tierra de pasar sus vacaciones en una estación orbital. Arrastramos la creencia de que el cielo está arriba y el prejuicio de que estar arriba es siempre mejor.

saliendo mal en esta historia. Los seres humanos, que han realizado esta epopeya, cada vez encuentran más dificultades para sobrevivir. El sentido de la lucha se ha vuelto irrealizable una vez que conseguimos el triunfo. El soldado japonés puede pensar que no se enteró del fin de la guerra porque habían sido derrotados, pero a nosotros, ¿qué excusa nos queda?

Propondremos entonces la tesis de que, habiendo la humanidad logrado los conocimientos, técnicas y recursos necesarios para obtener previsiblemente los medios que necesita para su vida, aún sigue política, social y culturalmente organizada como si estuviera en una guerra por obtenerlos. Pareciera no poder reconocer su propia victoria, en especial, porque en ese ejército hay generales, coroneles y todo tipo de jerarquías que, habiendo obtenido inmensas ventajas en esta antigua guerra, no están dispuestos a informar de la victoria. Y muchos, sencillamente, no se han dado cuenta.

El arquero de ese equipo de fútbol tenía una tarea cada vez más complicada. No es que su equipo se viera muy exigido; en general predominaba en el juego y solo muy de vez en cuando se acercaban los rivales hasta su arco. Pero el partido se jugaba de noche, y aunque la iluminación era muy buena, nunca es como el sol: hay que estar doblemente atento. En la mitad del primer tiempo comenzó a bajar una espesa niebla sobre el estadio; la verdad es que apenas veía algo más allá del área grande. Por suerte pasó un rato sin que nadie disparara sobre su meta; es más, tampoco veía a sus defensores, que estarían parados recién en la mitad de la cancha. Cuando estaba aguzando todos sus sentidos para percibir cualquier tipo de peligro sobre su valla, ve acercarse a uno de sus compañeros, pero en ropa sport y con su bolso cruzado en el hombro. “Nos olvidamos de vos”, le dijo, “hace veinte minutos que se suspendió el partido porque no se veía nada”, a lo que el paciente arquero, ol-

vidando en el instante la ofensa, respondió: “Ya me parecía raro tanto dominio”.

¿No nos empezará a parecer raro que el mundo funcione sin requerir ninguna intervención de parte de millones de personas a las que no se les demanda trabajar?

Por una exégesis de la falta de trabajo

Quizás debamos comenzar a pensar que algo hay de cierto en las descripciones de una era donde finaliza el trabajo¹⁸, o de una época de éxodo de la sociedad de trabajo¹⁹. La hecatombe que representan los millones de personas sin trabajo quizás sea el anuncio de la victoria, quizás sea el síntoma de una futura sociedad donde el trabajo ocupe solo una parte cada vez más pequeña de la vida del hombre.

En el siglo pasado, mentes precursoras alertaban sobre el riesgo de que una mayor acumulación de riquezas en la sociedad llevara a una hipertrofia de la sociedad de consumo, destruyendo así la idea de progreso y la lucha permanente por una vida cada vez más humana²⁰. Y ese alerta se confirmó como absolutamente razonable cuando 30 años después, en la euforia que en algunos sectores desató la caída del muro de Berlín, se proclamaba el fin de la historia y la reducción de la voluntad humana al deseo de comprar nuevos artefactos²¹.

Pero la historia no ha sido así o, al menos, no totalmente así. El insalvable desajuste entre una producción social de riqueza que luego se apropia privadamente, hace inviable aun el consumismo. La búsqueda de aumentos de ganancia que le permitan al capital competir con otros capitales crea una lógica de disminución de costos, o sea, entre otros, salarios y puestos de trabajo. Esto disminuye la capacidad de consumo del mercado al que están destinados justamente los productos y servicios que brindan

¹⁸ Ver *El fin del trabajo*, Rifkin, 1996. En el capítulo 2 presentaremos algunas ideas de este autor.

¹⁹ Ver *Miserias del presente, riquezas de lo posible*, André Gorz, 1998. En el capítulo 3 nos referiremos a esta obra.

²⁰ Ver *El hombre unidimensional*, Herbert Marcuse.

²¹ Ver *El fin de la historia*, Francis Fukuyama.

²² Dicen los que saben que estos procesos se ven compensados por la baja de los precios. Solo queremos dar dos pistas: en muchas ocasiones la baja de precios no se produce, sencillamente por acuerdos o posiciones dominantes en los mercados y la baja de costos solo produce aumento de las utilidades destinadas a reforzar la posición dominante. Además, la tendencia a que las cosas “no valgan nada” abona nuestra tesis sobre la inutilidad del capitalismo como modelo, justamente por su anacronismo.

esos capitales que, ante la recesión, deben volver a reducir costos, y así de seguido²². La globalización incorpora aceleradamente los mercados aún no mundializados y, si en el futuro próximo no se descubren nuevos planetas habitados en las cercanías o la manera de que algunas personas puedan comer 85 veces por día, manejar 64 autos simultáneamente y vivir en 126 casas en el mismo instante, el problema no parece tener solución.

Si nuestra hipótesis de que el castigo bíblico podrá ser cada vez menos cumplido resulta correcta, podríamos estar ante una inmensa crisis en nuestra cultura. Nuestra relación con el castigo organiza nuestra supervivencia: el que más castigo recibe más medios de vida obtiene, ser castigado es la única manera de ser admitido. En verdad, ser castigado es la única manera de ser.

Las personas no nos presentamos diciendo cosas como “mucho gusto, yo soy algo soñador”, o “yo soy amante de las emociones fuertes”. “– ¿Qué es usted? – Una persona honesta, aunque con mal carácter”. Nada de eso, decimos en cambio “soy empleado de un Banco”, “soy abogado”, “trabajo en mantenimiento en una textil”, “soy taxista”. Eso somos, justamente lo que hacemos. Es como decir: “– Yo soy aquel al que le tocó esta parte del castigo. – Ah, mucho gusto”.

Porque, pensándolo bien, ¿qué otro derecho podríamos exhibir para apropiarnos de parte de la riqueza generada por el trabajo de los humanos?

– ¿Usted trabaja?

– En realidad, no.

– Entonces ¿por qué quiere recibir medios de vida?

– Pero, no encuentro en qué trabajar.

– Ah, señor, ese es su problema. ¿Qué ha hecho usted para merecer un ingreso?

– Bueno, en realidad he nacido.

– ¿Nacido? ¿Está seguro? Mire que todos los

que nacemos estamos condenados a ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente.

- ¿Le parece? ¿No habré nacido?
- Yo que usted, me aseguraría.

Esta disminución de la necesidad del trabajo, que no es paralela a una disminución de las necesidades humanas en general, crea una situación sin salida mientras sean el capital y el trabajo los distribuidores de riqueza. Es más, nos atrevemos a afirmar que el mantenimiento del capitalismo actual hace cada vez más inviable la vida humana, al menos, como la hemos conocido hasta ahora.

Un siglo XXI que ha comenzado con guerras, atentados, hambrunas, violaciones groseras de los derechos humanos reconocidos formalmente por las naciones; quizás no nos está hablando de belicismo, terrorismo, falta de alimentos o poco desarrollo de las democracias. Quizás este sombrío inicio nos esté hablando de que así ya no podremos vivir.

Durante decenas de miles de años el hombre estuvo empeñado en una lucha feroz por sobrevivir. Quizás esa necesidad haya modelado nuestra civilización, llevando a la humanidad a una barbarie sofisticada. ¿Por qué sofisticada? Porque antes la barbarie era una cuestión de fuerza, ahora es una cuestión de derecho. Quizás ahora, que ya podemos asegurar la supervivencia de todos, esa impronta civilizatoria haya perdido su razón de ser.

Este puede ser un mensaje para los que estamos, para los que vienen o para los que queden. Siempre para los que amen. Con seguridad, para los que pueden diferenciar a una persona que duerme en la calle tapada con papel de diarios del actor que interpreta ese mismo papel en una película. ¿Usted no está convencido de la gravedad de la situación? Siéntese en el suelo, despierte a esa persona y converse un rato con ella. Intente comprender si hay mucha diferencia entre

²³ Walter Benjamin. Citado por Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional*

esa manera de ser humano y la suya. Y si usted es la persona que duerme debajo de los diarios, acepte la conversación, estará haciendo algo por un mundo mejor. Quizás sea cierto que “solo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza”²³.

Capítulo 2

Tecnología y ganancias

La tecnología —el análisis de las técnicas apropiadas para obtener determinados resultados— es una de las más grandiosas creaciones del género humano. A través de la tecnología el hombre se ha hecho pájaro y puede volar, se ha hecho pez y puede respirar debajo del agua, se ha hecho dios y puede crear la vida.

A su vez, la tecnología permite a los seres humanos producir los mismos bienes utilizando mucho menos tiempo de su vida, pone al alcance de nuestra civilización el sueño de trabajar para vivir y no tener que vivir para trabajar.

Pero los innumerables beneficios que la ciencia y la técnica podrían aportar al ser humano no están ocurriendo. Por el contrario, cuanto mayor es el desarrollo de la técnica más difícil se vuelve la vida para millones de congéneres. Daremos tres ejemplos de esto:

La aplicación de tecnología y la desaparición de puestos de trabajo

En el año 2001 trabajamos con un grupo de desocupados en el contexto de la crisis desatada ese año en la Argentina. Estos trabajadores pertenecían a la industria telefónica, donde revistaron durante más de 30 años. Habían vivido el proceso de privatización¹ de la compañía telefónica estatal y luego deambulado por distintas empresas fantasma a través de las cuales los nuevos dueños tercerizaban el trabajo precarizando las condiciones laborales y siendo así “más eficientes”. Hacia el momento en que nos encontramos ya estaban llegando al desempleo abierto.

Estas personas interpretaban su situación de la

¹ Eufemismo con el que se designó la transferencia de activos productivos del Estado a empresas privadas a precios viles, transformando la idea de servicio público en la de negocio que brindaría servicio a quien lo pudiera pagar a un precio denominado “de mercado”.

² Esta cifra puede parecer exagerada, pero hay que tener en cuenta que en muchos casos se saltó la tecnología analógica pasando directamente de la electromecánica a la digital

siguiente manera: “Somos técnicos recibidos en la década del 50, cuando no existía la tecnología digital. Ahora que vino la tecnología digital, nos barrieron”. En el proceso de investigación que estas personas realizaron aprovechando sus amistades de tantos años en la industria, comprobaron que la idea que tenían de su desempleo era totalmente errónea. Estudiando el caso de una central que pasó de tecnología electromecánica a tecnología digital descubrieron que la tasa de recambio de personal en ese lugar fue de 64 a 1. Donde trabajaban 64 personas había quedado solo una². O sea, aunque hubieran sido unos genios en el manejo de la tecnología digital, igualmente habrían quedado sin trabajo.

Otro ejemplo: en la década del 60, la industria de la caña de azúcar incorpora tecnología que modifica sustancialmente la actividad, en especial la cosechadora integral, que sintetiza el trabajo de hachada, despunte y pelado de la caña.

Leonardo, el portero del edificio que ocupamos en Tucumán, nos relata así en el 2010 su visión de la actualidad de la actividad cañera: “Mi padre se hizo su casa pelando caña, yo me hice mi casa pelando caña, ¿de qué vivirá ahora la gente?” Por suerte para él, haber accedido a un puesto de trabajo en la ciudad le hace ignorar la respuesta a esa pregunta. Esas personas, desde el 60 en adelante, emigraron masivamente hacia otras geografías o simplemente quedaron sin trabajo.

Una de las principales actividades económicas en la provincia de Misiones, Argentina, está constituida por la industria forestal. El cultivo de bosques provee la materia prima tanto para tablas, chips con destino a tableros y combustible, y pasta de papel. El mantenimiento del bosque requiere, además de su plantado, actividades de raleo, limpieza y tala. Es un trabajo duro, de gran exigencia física, y con los riegos que ocasiona la fauna del lugar, en especial las ser-

pientes venenosas y distintos tipos de insectos peligrosos para la vida humana.

Ese trabajo, realizado actualmente por motosierristas, está siendo aceleradamente mejorado con la incorporación de máquinas “cosechadoras de árboles”: volteadoras y procesadoras. Una persona, en la cabina de la máquina respectiva, va talando y apilando los árboles, con riesgos controlados para su salud y un esfuerzo mínimo comparado con el trabajo anteriormente descrito. Pero esta mejora produce un desplazamiento de la mano de obra que antes realizaba las tareas forestales, de manera tal que cada nueva mejora del trabajo significa más desocupación y pobreza para los habitantes de la zona. El trabajo que hace un hombre con la utilización de la volteadora reemplaza el trabajo de 10 motosierristas que, a su vez, ya habían reemplazado anteriormente el trabajo de los hacheros con una ratio que desconocemos. El trabajo que realiza la procesadora reemplaza a más de 20 motosierristas. El trabajo de limpieza ha sido reemplazado por herbicidas químicos que lo hacen innecesario.

Cualquier persona puede comparar –con sus recuerdos o informándose de personas de más edad– cómo se realizaban y cómo se realizan actualmente distintos oficios y podrá construir sus propios ejemplos de eliminación de puestos de trabajo a manos de la tecnología. No más pensar en cómo era y como es el trabajo en un Banco, en una estación de servicio, en un puerto o en la construcción de viviendas.

Nuestros recuerdos infantiles nos pintan las estaciones de tren repletas de cargadores estibando el trigo embolsado. La tecnología del sinfín o “chimango” transformó esos lugares en sitios espectrales. Los fantasmas deambularon largos años por la periferia de esas mismas estaciones, dejando con su muerte vacíos los ranchos donde habían vivido y sido felices.

En las obras de construcción de viviendas o edi-

ficaciones de diverso tipo, el día que se hacía “la losa” era un día especial, se trabajaba sin horario, venía gente nueva. El día pasaba corriendo sobre los tablo- nes para llegar a volcar el material “antes de que fra- güe” porque si no, “no suelda más”. Muchas espaldas jóvenes quedaban deterioradas después de esas jorna- das. Hoy los camiones vienen preparando el hormi- gón, las cañerías suben el material con impulsión hi- dráulica. Algún anciano pasa por la vereda y mira in- crédulo la velocidad con que crecen esos edificios.

El fin del trabajo. El sentido de esa metáfora

La obra ya clásica de Jeremy Rifkin popularizó la idea de que el trabajo estaría por llegar a su fin. El creciente reemplazo de la mano de obra³ por tecnología hace lle- gar al autor a esa conclusión, en especial por el cam- bio de calidad en ese tipo de reemplazo.

Mientras las revoluciones industriales reempla- zaban la capacidad manual del ser humano quedaba intacta la idea de que el hombre era el diseñador y con- ductor de todos esos procesos. “En la primera revoluc- ión industrial el vapor se empleó para abrir minas de metales, producir textiles y fabricar un amplio abanico de productos que en épocas anteriores, habían sido fa- bricados a mano. Los buques de vapor sustituyeron a los viejos veleros y la locomotora de vapor ocupó el lugar de los vagones tirados por caballos”⁴.

“Al igual que lo que ocurrió con la revolución del vapor, el petróleo, la electricidad y los inventos que acompañaron a la segunda revolución industrial continuaron transfiriendo el peso de la actividad del hombre a la máquina. En la minería, la agricultura, el transporte y la fabricación, las fuentes inanimadas de potencia combinadas con las máquinas permitían au- mentar, amplificar y, finalmente, sustituir cada vez más al hombre y al animal en las tareas propias del proceso económico”⁵. Aun así se mantenía la creencia

³ Vamos a emplear, en general indistintamente, las denominaciones “mano de obra”, más utilizada en la industria; “recursos humanos”, expresión usada en los departamentos de personal y cuando existe cierta profesionalización en el manejo de las relaciones del trabajo; o “fuerza de trabajo”, figura teórica vinculada a la economía, en especial en la tradición marxista.

⁴ Jeremy Rifkin. 1996. *El fin del trabajo*. Cap. 4: Cruzando la frontera de la alta tecnología.

⁵ Rifkin otra vez.

de que, detrás de una máquina nueva que perfeccionara la manera de hacer una operación, habría necesariamente un operario calificado que la estaría manejando.

Pero cuando se entra de lleno en la época de la robótica esa confianza comienza a tambalear. “La tercera revolución industrial apareció inmediatamente después de la segunda guerra mundial y es en la actualidad cuando empieza a tener un impacto significativo en cómo la sociedad organiza su actividad económica. Los robots controlados numéricamente y los ordenadores y sus avanzados “software” están invadiendo las últimas esferas humanas disponibles: el reino de la mente. Adecuadamente programadas, estas nuevas “máquinas pensantes” son capaces de realizar funciones conceptuales, de gestión y administrativas y de coordinar el flujo de producción, desde la propia extracción de materias primas hasta el marketing y la distribución de servicios y productos acabados”⁶.

⁶ Y dale con Rifkin.

Estos planteos de Rifkin recibieron diversos tipos de críticas. Desde el liberalismo se niega que el desarrollo del modelo conduzca a la limitación de las oportunidades de vida que tenemos los seres humanos; solo se trataría de ajustes temporarios producidos por el mercado para volver a generar un nuevo ciclo expansivo que remediará la situación. La tendencia de los últimos 40 años a la disminución de los puestos de trabajo no hace mella en este dogma.

Desde un horizonte ideológico inverso se señala que la idea del fin del trabajo ignora la existencia de la clase obrera como clase central de la sociedad capitalista y, lo que es más relevante aún, intentaría desconocer su potencialidad revolucionaria y confundir sobre su verdadero papel de ser la sepulcra del régimen actual.

Ambas críticas tienen en común con la obra de Rifkin el aceptar como definición de trabajo al trabajo

⁷ Sobre este tema volveremos en el capítulo siguiente, el tercero de este libro.

socialmente codificado como tal⁷, o sea, al trabajo en el contexto del capitalismo.

Pero también se puede interpretar la idea del “fin del trabajo” como una metáfora que habla de un cambio en el mundo que conocemos. Esa actividad socialmente codificada como trabajo, que permitía la sobrevivencia y en ciertos contextos el ascenso social, ha sufrido profundas transformaciones, al punto de no ser reconocible. Una nueva Circe habría desfigurado su rostro y al querer reencontrarnos con el viejo amigo –“no trabaja el que no quiere”– nos vemos de frente ante una realidad enigmática.

El “fin del trabajo” puede estar hablando del fin de un mundo. No del fin del mundo que sobrevendría con cada milenio. Tampoco del eterno retorno ni del mundo que se consume en el fuego para volver a renacer. Solo hablaría del fin de la idea moral del trabajo, del paradigma de que hay que “ganarse la vida”, de la asociación entre esfuerzo y recompensa.

El “fin del trabajo” podría estar hablando del fin de la esclavitud, del fin del reino de la necesidad y de la entrada en el paraíso de la posibilidad. Aunque, por ahora, no estamos para paraísos; antes de ser expulsados debemos lograr entrar.

El famoso tema de la “competitividad”

El fenómeno denominado “globalización”, que pone en competencia a producciones humanas realizadas en cualquier lugar del planeta, ha disminuido la posibilidad de obtener ventajas competitivas sin afectar el trabajo humano.

La posibilidad de mantener secretos tecnológicos es casi imposible; en pocas semanas se copian productos y procesos haciendo que la obtención de ventajas a través de la exclusividad de ciertos saberes sea mínima. Como contrapartida, se acentúan todos

los conflictos relacionados con patentes y, más en general, con las cuestiones relacionadas con la propiedad intelectual⁸.

La otra manera de tomar ventaja en el mercado fue tradicionalmente el acceso a recursos naturales para transformarlos en materias primas. La geografía del planeta y la constitución de los Estados nacionales establecían ciertas ventajas competitivas difíciles de ignorar. Esta esfera ha perdido su papel como diferenciador de oportunidades. Por un lado, las tecnologías de la comunicación hacen posible gobernar procesos productivos, financieros y comerciales a distancia. Por otro, si el recurso que yo necesito está en otro lado y las condiciones para obtenerlo comercialmente no me fueran ventajosas, está el viejo recurso de la guerra, la invasión y el saqueo, como ya hemos visto ejemplos en este nuevo siglo⁹.

Si no puedo mantener durante largos períodos superioridad tecnológica y tampoco la disponibilidad de materias primas me hace más competitivo, la única manera de obtener ventajas es logrando hacer lo mismo con la utilización de menos mano de obra. La reducción del “recurso humano” es, por estos días, lo que más disponible se muestra a la hora de planificar la obtención de ganancias.

En esta línea hay que interpretar las distintas modificaciones legales en los estatutos de trabajo que, bajo denominaciones como “flexibilización laboral” o “modernización del trabajo”, hacen posible una mayor precarización del trabajo. Las medidas orientadas a hacer más barato el trabajo no han producido más trabajo justamente porque se inscriben dentro de una estrategia de disminuir el costo del trabajo como componente del costo total de la producción. O sea, son parte de un movimiento que asigna mayores recursos al capital a expensas del trabajo y, por lo tanto, precarizan puestos de trabajo existentes y eliminan otros.

⁸ Aunque, como bien acota Juan Serra, una cosa es copiar el invento y otra distinta replicar el sistema tecnológico que lo produjo.

⁹ Como preguntaba el niño estadounidense a su papá con motivo de la invasión a Irak: “¿Por qué el petróleo nuestro está debajo de la arena de ellos?”. Chiste gráfico aparecido en un diario norteamericano que no hemos conservado.

¹⁰ Ricardo Roodschild hace notar la doble dimensión que incluye la idea de “eliminar trabajadores”: eliminar puestos de trabajo y eliminar a los que trabajan. En la historia reciente de América Latina estos dos sentidos se han expresado conjuntamente.

¹¹ Para ampliar la información sobre este proceso, consultar la ya citada obra de Rifkin, Capítulo 2.

¹² Sobre este tema, el del control horario como estrategia para la distribución del trabajo, volveremos en el capítulo 9.

¹³ Jeremy Rifkin. 1996. *El fin del trabajo*. Cap. 2: Tecnología cambiante y realidades de mercado.

La falta de perspectiva de este modelo se hace así evidente: para competir se deben eliminar trabajadores¹⁰ pero, al hacerlo, se están eliminando a su vez consumidores. La llamada “crisis del 30” ya anticipaba esa mecánica perversa y motivó que el senado norteamericano, en el año 1933, aprobara la enmienda Black que establecía la semana de 30 horas de trabajo. Claro que la clase industrial reaccionó inmediatamente e impidió que dicha solución fuera confirmada por la Cámara de Representantes; de esa manera se frustró la experiencia positiva que muchas empresas ya venían realizando con la estrategia de reducción horaria¹¹. La disminución de la jornada laboral es una de las estrategias centrales para pensar en un mundo con trabajo para todos; su filosofía es compartir el trabajo existente y su implementación es absolutamente factible a condición de que se realice a escala planetaria¹².

Mientras esto no ocurra, la única vía de estabilización precaria del modelo es lograr que los que consumen consuman más –sea esto provechoso o no para sus vidas humanas–. “En su forma original consumir significaba destruir, saquear, someter, acabar o terminar. Es una palabra forjada a partir de un concepto de violencia y, hasta este siglo, tenía tan solo connotaciones negativas. A finales de los años 20 la palabra se empleaba para referirse a la peor de las epidemias: la tuberculosis. La metamorfosis del concepto de consumo desde el vicio hasta la virtud es uno de los fenómenos más importantes observados durante el transcurso del siglo XX”¹³.

La denominada “sociedad de consumo” no es un resultado natural de la evolución de la humanidad. Por el contrario, instalar la idea de consumo como idea positiva obligó, entre otras cosas, a derrotar las estrategias de ahorro y sacrificada previsión que gran parte de la población mundial había desarrollado durante el siglo XIX y principios del XX como recursos para enfrentar las crisis cíclicas del capitalismo.

La aplicación de mayor tecnología a la producción de bienes y servicios tenía históricamente dos posibilidades de desarrollo: liberar tiempo humano dedicado al trabajo disminuyendo la coerción de la supervivencia y ampliando los espacios de libertad personal, o aumentar las ganancias de los inversores mientras las compañías pudieran colocar de alguna manera su producción lograda a menores costos. Se siguió este segundo camino y, a pesar de las advertencias de Keynes, no se ha podido modificar el resultado general de desempleo creciente, subempleo y trabajo precario.

La acumulación de riqueza y la vida social

Pero, para seguir este camino también debieron producirse importantes cambios en la cultura. El principal de ellos fue abandonar la ancestral experiencia humana que indicaba que el exceso de riqueza es algo malo. Efectivamente, la relación entre el éxito y la riqueza, que parece tan natural hoy –hasta existe un ranking de las personas más ricas del mundo–, no siempre fue algo aceptado como “normal”. Al contrario, empezando por el “es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja a que un rico entre en el reino de los cielos”¹⁴, todas las constelaciones humanas conocidas establecieron algún tipo de limitación para la riqueza aceptable. Es probable que las calamidades sociales producidas por la acumulación de riqueza sin límites haya inscripto esta prescripción en distintos discursos: religiosos, políticos, filosóficos.

Aristóteles, en la *Política*, indica cinco géneros de vida de los hombres, a saber: el pastoreo, la agricultura, la piratería, la pesca y la caza¹⁵. Considera “naturales” estas maneras de vida, a diferencia del comercio, al que juzga resultado de la práctica y de la técnica desarrolladas por los hombres a partir de los excedentes y las carencias a las que su producción natural o bá-

¹⁴ Evangelio según San Mateo, 19, 24.

¹⁵ “En mucho se diferencian los géneros de vida humana. Los más perezosos son los pastores. Estos obtienen su alimento de los animales domésticos, sin trabajar, aunque les es necesario cambiar de lugar los rebaños, en busca de pastos, y ellos mismos se ven forzados a acompañarlos, como si cultivaran un cultivo viviente y móvil. Otros viven de la caza, y unos de un género de caza y otros de otra distinta. Por ejemplo, los unos de la piratería, otros de la pesca –los que viven vecinos a lagos, pantanos, ríos o a un mar– y otros de la caza de aves y animales salvajes; pero la mayoría de los humanos vive de la agricultura. Son, pues, más o menos, éstos los tipos de vida que tienen una actividad productiva por sí misma y que no se procuran el sustento mediante el cambio y el comercio: el pastoreo, la agricultura, la piratería, la pesca y la caza. Otros viven con holgura combinando esos géneros de vida, supliendo así lo que más falta a su género habitual para ser suficiente. Por ejemplo, combinan el pastoreo y el bandillaje, o la agricultura y la caza”. Aristóteles, *Política*. Siglo IV AC. Libro primero, Capítulo VIII. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1995.

¹⁶ Vamos, Aristóteles.

¹⁷ Aristóteles, *Política*. Siglo IV AC. Libro primero, Capítulo X. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1995.

¹⁸ I'll be back. Aristóteles.

¹⁹ "A tu viejo le pasó lo que al mío: la deuda lo estragó, le partió el mate, le demacró su sonrisa, esa de andar en casa, como soberano del aire construido. Nunca se perdonaron. Para ellos, si uno debe, uno no es, uno es una lacra, un pedazo de carne invadido por la plata que no tiene, tomado por la voz que dice y dice, por el síncope, por el terror de despertar. Tu viejo no fue un malhechor, tu viejo, como el mío, no se patinaban el sueldo en farras de champán. Tuvieron sus quimeras –la parra, la tranquilidad del patio, el fondito, la parrilla, sembrar unas verduras–, todo se lo llevó el pagaré, la hipoteca, la parca grúa de la deuda. [...] A tu viejo le pasó lo que al mío, a vos te pasa lo que a mí: cada cual vive en una casa cercada por la deuda, cada cual ocupa un cuerpo tironeado por la zarpa del trabajo".
"Deuda", de Luis O. Tedesco, en *Lomas del Mirador*.

sica los somete. El comercio ya presenta problemas, ya que "se obtienen ganancias a costa de otros"¹⁶, pero tanto el comercio como las actividades básicas tienen los límites de lo que los hombres pueden administrar y usar. Esto se modificará con la aparición del dinero. Inventado según Aristóteles para favorecer el intercambio, el dinero parece abrir la posibilidad de una acumulación de riqueza ilimitada. Ya en aquella época se lanza una advertencia: "Con la mejor razón es aborrecida la usura, ya que la ganancia, en ella, procede del mismo dinero, y no para aquello para lo que se inventó el dinero, que se hizo para el cambio. El interés resulta como dinero hijo del dinero. De forma que de todos los negocios, éste es el más antinatural"¹⁷.

Y esto dice Aristóteles, quien considera que "el esclavo es una posesión animada"¹⁸ y que la piratería o bandidaje es uno de los géneros naturales de vida. Nuestro autor resulta, en este sentido, un testigo notable. La única manera que considera no permitida para obtener ganancias es la que deriva del préstamo de dinero. Y es muy comprensible: los hombres libres griegos, que defendían valerosamente sus ciudades de sus enemigos, terminaban perdiendo su libertad a manos de los prestamistas¹⁹.

No es muy difícil de comprender esta lógica de reflexión: si el trabajo humano crea una cantidad determinada de riqueza en el mundo, lo que se apropia uno no puede ser apropiado por otro. Si unos pocos se quedan con mucho, la sociedad resultante será calamitosa. Por ejemplo, en la Argentina de principios de los 70 la relación entre el decil que más ingresos tenía y el de menores ingresos era de 7 a 1; en el 2001 esa relación llegó a 41 a 1. ¿Qué había ocurrido en el medio? Treinta mil desaparecidos y una sociedad resultante permeable al discurso neoliberal que recién en la última década está retomando, de a poco, la reflexión política sobre los modelos de desarrollo.

Estos fenómenos sociales también se constru-

yen al interior del mundo del trabajo. En un mismo mercado hay gerentes y ejecutivos cuya remuneración equivale a la de 200 operarios. Si se toman ejemplos de casas matrices en países centrales y plantas en países periféricos, la relación va entre 800 y 2000 a 1. No vamos a desarrollar el tema, por demás interesante, de la valoración de los distintos trabajos y sus factores de remuneración. Solo indicaremos que las necesidades de persona a persona nunca varían en ese rango de amplitud.

Esto lleva a otra observación aristotélica –retomada luego por Locke y otros en la modernidad–: el límite de la riqueza tiene que ver con los bienes que cada uno puede manejar. El exceso de bienes se expresa en forma de dinero o de activos que producen dinero, y ese dinero pasa a ser el origen de más dinero. Esa descripción de cuatro siglos antes de Cristo parece ser aplicable a la realidad del capitalismo financiero actual. Y a quienes creen que Aristóteles no es un buen testigo económico, les recordamos que es el que plantea las ideas de valor de uso y valor de cambio luego retomadas por Marx²⁰. Quizás tenga razón Engels al señalar que la aparición del dinero en la Grecia antigua “les hizo sentir a los atenienses toda la brutalidad de su juventud”²¹.

En las diversas culturas se pueden rastrear fuentes que ratifican esta sencilla sabiduría de la humanidad, hoy puesta en segundo plano. Estas expresiones, que relacionan la riqueza excesiva con el mal, han recibido dos tipos de crítica. Por un lado, se ha indicado que eran parte de una ideología de adaptación para que las clases populares, mayoría en todas las sociedades conocidas, aceptaran su situación de pobreza como virtuosa. Esta idea no es excluyente de la otra línea de interpretación que se resume en la pregunta “¿es que está mal ganar dinero?”, la que se esgrime cuando se esboza alguna crítica a la obscena desigualdad social. En esta última versión, la crítica a la riqueza excesiva

²⁰ “De cada objeto de propiedad resulta posible un doble uso. Uno y otro son usos del objeto como tal, pero no en un mismo sentido, ya que uno es propio del objeto, y el otro, no, como, por ejemplo, el uso de un zapato como calzado y como objeto de cambio. Es decir, tanto uno como otro son usos del zapato. Porque también el que cambia un zapato suyo al que lo necesita a cambio de dinero o comida utiliza el zapato en cuanto zapato, pero no es su uso natural. Ya que no se ha hecho para el cambio. Del mismo modo los demás objetos de propiedad”. Aristóteles, *Política*, Libro I, Capítulo IX.

²¹ Federico Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

habría significado un freno al desarrollo, ya que se considerará a todas luces beneficioso para los individuos y para la sociedad orientar todos sus esfuerzos a enriquecerse.

Pero esta controversia entre los fines humanos no nace con el capitalismo. El capitalismo solo proveyó maneras de acelerar la unilateralidad de estos fines.

Como indica André Gorz, “la reproducción material y cultural de las sociedades entra en crisis y la anomia, la barbarie, las guerras ‘civiles’ larvadas o no, el miedo a un desfondamiento de la civilización y la implosión de la economía globalizada basada en las finanzas, en la cual el dinero produce dinero sin vender ni comprar nada más que dinero, se extienden a todos los continentes.”²²

²² André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Introducción. 1997.

El trabajo como actividad socialmente codificada¹

En algo tenía razón Marx: el capitalismo llevaba en sí una contradicción insalvable. Que el proletariado –hoy envidiado por millones de seres humanos que quisieran estar en su lugar– no haya sido su sepulturero, o que el desarrollo de las fuerzas productivas no hayan impulsado a la historia en la dirección deseada, no cambia lo acertado del análisis. Efectivamente, un modelo de creación social y apropiación privada tenía un límite en sí mismo.

El fluctuante “ejército de desocupados” destinado a regular el precio de la mercancía “fuerza de trabajo” se transformó en “los condenados de la tierra”². Nadie los espera para que se incorporen al mercado de trabajo en las fases expansivas del ciclo económico, tampoco para que trabajen por menos precio, ni siquiera para constituir una amenaza para los ocupados sobre cuál sería su situación de no someterse a ese trabajo: básicamente, nadie los espera.

Esta creciente porción de la humanidad que “está sobrando” es el resultado de la “abolición del trabajo” en el sentido planteado por Gorz³. No es que se haya abolido la obligación de trabajar, lo que se ha suprimido es la posibilidad de que todos tengamos la oportunidad de hacerlo. Aun iniciativas que tienden a remediar radicalmente el problema de la falta de empleo como son las que impulsan diversas variantes de “ingreso ciudadano”⁴, aceptan la división de la humanidad en aquellos que tienen derecho a participar en la transformación del mundo y aquellos que tienen derecho a tener ingresos pero se deben abstener de dejar su huella en el proceso productivo.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? De ma-

¹ Este capítulo sigue una serie de reflexiones aportadas por André Gorz, filósofo francés fallecido en 1997, planteadas entre otros escritos en sus obras *La metamorfosis del trabajo* y *Miserias del presente, riqueza de lo posible*.

² Franz Fanon.

³ André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. 1997. Primera edición en Argentina por Paidós 1998.

⁴ Se volverá sobre el particular en el capítulo 9.

nera muy sencilla: compitiendo. La idea fantástica de que el progreso sería resultado de la competencia y no de la colaboración es la que está en la base de este resultado.

Como ya se ha dicho, en el mundo actual es casi imposible sostener una ventaja tecnológica por un período superior a algunos meses, tanto en lo que se refiere a la tecnología aplicada en el proceso de producción de bienes y servicios, como a la utilizada para el desarrollo de diseños organizacionales que hagan más productivo el trabajo humano. Tampoco constituyen ventajas decisivas el acceso geográfico a recursos naturales.

Como se dijo, cuando la tecnología y el acceso al recurso natural no pueden producir ventajas competitivas, la competencia queda limitada a la reducción del costo del recurso humano. Esta es la línea que lleva a la “eliminación” del trabajo a través de tres expresiones principales: una es pagar menos por la misma prestación humana y esa fue la experiencia del traslado de trabajo a sociedades donde por la disrupción cultural, la falta de organización de los trabajadores o los contextos políticos represivos, éstos debían aceptar realizar su trabajo por menor precio. Esta práctica produce la ilusión de que se están generando puestos de trabajo aunque en realidad éstos disminuyen no solo en los países centrales sino en general, ya que el aumento de la explotación del trabajo que conllevan estas prácticas hace que, a mayor productividad por puesto de trabajo, se generen menos puestos de trabajo⁵.

⁵ Esta afirmación se irá aclarando al avanzar en esta lectura. La opción de a mayor productividad mayor producción está seriamente limitada por el proceso de eliminación de consumidores que supone el actual modelo de competencia.

La otra manera de “eliminación” del trabajo, que se ha transformado en permanente, es el reemplazo de mano de obra por aplicación de tecnología. Mientras preparamos estas líneas tomamos un remise desde Villa Constitución, en la provincia de Santa Fe, hasta San Nicolás en la provincia de Buenos Aires. Este recorrido atraviesa una de las regiones más importantes en la producción de acero y derivados (chapa, alambre, etc.) y

productos de fundición de hierro. Le preguntamos al joven que manejaba cómo estaba el trabajo en la zona. Nos dice que parece que va a mejorar, pero que por ahora las fábricas no están llamando. El ahora perteneciente al área de los “servicios” por cuenta propia relata que trabajó cinco años en la industria, de los 21 a los 25 años. Prestaba servicios en una empresa contratista de Acindar, actualmente una empresa integrada al grupo Arcelormittal en la Argentina. Eran 15 empleados que en tres turnos de cinco personas movían ciertos materiales dentro la empresa. Pero, “trajeron un bichito”, entiéndase robot, “que él solo hacía más trabajo que nosotros 15 juntos”. La empresa contratista cerró y con la indemnización compró el vehículo con el que nos estaba transportando. Preguntado sobre la viabilidad de la actividad actual nos relató lo que nosotros ya conocemos por nuestros trabajos: “vivo, pero me estoy comiendo el auto”. Efectivamente, el servicio de remise, aun en grandes ciudades, es una actividad transitoria donde la persona va transformando en efectivo su capital y, al momento de tener que renovar la unidad, se hace evidente que ya no tiene ni dinero ni trabajo⁶.

La tercera manera de eliminación de trabajo es suprimir funciones socialmente necesarias con el argumento de que “no son sustentables”. Como es de imaginar, estas supresiones, en general, afectan a las poblaciones de menos recursos, pero en muchas ocasiones también hacen difícil la vida de otros sectores de la sociedad. Esto es lo que le sucede al trabajador que debe caminar seiscientos metros para sacar el boleto que le permita viajar en tren, ya que tener un boletero que expida boleto en cada andén se considera “un costo excesivo” o la colocación de expendedoras automáticas de boletos “una inversión imposible de realizar”. O lo sufre la persona que tiene un desperfecto en algún servicio como puede ser la telefonía, un servicio financiero o el funcionamiento de algún aparato electrodoméstico: el contestador automático le hará elegir opciones cada vez más sofisticadas y, si

⁶ Esto explica por qué en las agencias de remises está permanentemente colgado el cartel que dice “Tomo Auto”, indicando la permanente necesidad de incorporación de nuevas unidades al servicio sin que aumente la demanda global del mismo.

tiene la suerte de que luego de mucho tiempo invertido lo atienda alguna persona de carne y hueso, ésta le dirá que “toma nota del reclamo”. Ni qué decir de los hospitales sin médicos o las escuelas sin docentes.

De esta manera, el fenómeno de la reducción del costo de mano de obra vía su menor remuneración, su eliminación por la generación de tecnología o por la supresión de servicios necesarios se va acelerando.

A principios de los 2000 una empresa norteamericana con planta en la Argentina nos consulta sobre el siguiente tema organizacional: la empresa estimula la innovación y tiene diversos mecanismos para que el personal exprese sus ideas para la mejora de procesos, pero los aportes son cada vez más esporádicos. Revisando los ejemplares de la revista corporativa bimensual de los últimos años descubrimos que se destacaban notas sobre distintos innovadores que habían propuesto formas de aumentar la producción o, lo que es lo mismo, producir ahorros significativos de tiempo en los procesos. Buscados estos innovadores destacados, descubrimos que casi ninguno de ellos trabajaba ya en la empresa; en muchos casos sus innovaciones habían hecho desaparecer equipos completos de trabajo que, en algunos casos, los incluía. La experiencia realizada transformó el concepto positivo de innovador en una categoría negativa de “alcahuete de la patronal” para decirle cómo podía hacer para “sacarse de encima gente”.

“Varios desarrollos producidos a finales de la Edad Media sentaron las bases para la total conversión de la vida económica al poder de la máquina. [...] El motor a vapor se convirtió en un nuevo tipo de esclavo del trabajo, una máquina cuya potencia física excedía con mucho la fuerza conjunta de animales y seres humanos”⁷. Bella declaración que explica cómo comenzaron a quedarse sin trabajo los “viejos esclavos”.

Las condiciones de desarrollo de la técnica y el

⁷ Nuestro ya conocido Jeremy Rifkin, *El fin el trabajo*. 1996.

conocimiento aplicado al trabajo no significaron hasta ahora para la humanidad una posibilidad de progreso. En vez de permitir una mayor libertad humana disminuyendo la cantidad de horas aplicadas al trabajo para reproducir la vida, nos da como resultado una mayor explotación del trabajo, mayores jornadas con mayor productividad... y una desocupación creciente. El triunfo de la humanidad no puede ser disfrutado por las mayorías: alguien escamoteó la victoria.

Pero el modelo ha encontrado su límite. La competencia basada en la eliminación de puestos de trabajo constituye, como otro lado de la moneda, la permanente eliminación de consumidores. Competimos para producir más bienes que cada vez menos personas pueden comprar. Y allí aparece la población excedente. Sobra en tanto no es necesaria para el proceso productivo y se refuerza su exclusión ya que tampoco puede constituirse como consumidora porque la principal vía de acceso a renta para la casi totalidad del género humano es el trabajo⁸.

Pero, con razón, se pregunta Gorz de qué trabajo se habla cuando se anuncia el fin del trabajo. “No se trata del trabajo en sentido antropológico o en sentido filosófico. No se trata del trabajo de la parturienta, ni del escultor ni el poeta. No se trata del trabajo como ‘actividad autónoma de transformación de la materia’, ni del trabajo como ‘actividad práctico-sensorial’ por la cual el sujeto se exterioriza produciendo un objeto que es su obra. Se trata sin duda del ‘trabajo’ específico propio del capitalismo industrial: un trabajo al que nos referimos cuando decimos que una mujer ‘no tiene trabajo’ si consagra su tiempo a educar a sus propios hijos, y que ‘tiene trabajo’ si consagra aunque más no sea una fracción de su tiempo a educar a los hijos de otra persona en una guardería o un jardín de infantes”⁹.

Pero un trabajo del otro ha quedado distanciado, frente a frente ya no se podrían dar la mano. “Es urgente reconocer que el *verdadero trabajo no está más*

⁸ Justamente es esta realidad la que hace aparecer formas alternativas de acceso a la renta aunque hasta hoy sean muy limitadas, como son los subsidios estatales directos –transferencias de ingresos–, subsidios estatales indirectos –a bienes y servicios como luz, gas o transporte– y filantropía privada.

⁹ André Gorz. *Miserias del presente, riqueza de lo posible*.

¹⁰ Del griego, 'producción', "lo que se hace". También la poesía como creación.

¹¹ Gorz, *Introducción*. No deje de leer esa introducción, no tiene desperdicio.

¹² "El poder financiero al que púdicamente llaman "los mercados", se autonomiza respecto de las sociedades y de la economía real e impone sus normas de rentabilidad a las empresas y los Estados". ¿Quién escribió esto? Gorz. Adivinó.

¹³ " 'El trabajo solo es fuente de riqueza y de cultura como trabajo social', o, lo que es lo mismo, 'dentro de la sociedad y a través de ella'. Esta tesis es, indiscutiblemente, exacta, pues aunque el trabajo del individuo aislado (presuponiendo sus condiciones materiales) también puede crear valores de uso, no puede crear ni riqueza ni cultura". Carlos Marx, *Crítica del programa de Gotha*. 1875.

¹⁴ Se denomina "modernidad" a una corriente heterogénea de pensamiento que identificó en la capacidad racional del hombre, independizado de los mitos y las religiones, la posibilidad de construir una sociedad amable para el ser humano. "Libertad, Igualdad, Fraternidad", como propusiera la Revolución Francesa en 1789, tan lejos de haberse realizado a más de 200 años de su proclama.

en el 'trabajo'; el trabajo, en el sentido de *poiesis*¹⁰, que se *hace*, no está más (o no está más que de manera cada vez más rara) en el 'trabajo' en sentido social, que *tenemos*"¹¹.

La idea de que existe un "verdadero trabajo" claro que es una metáfora, ya volveremos por ello. Pero aquí Gorz llama la atención sobre la diferencia entre la necesidad humana de obtener medios de vida y enriquecer su posibilidad expresiva a través del trabajo, respecto de la intención de utilizar el trabajo como medio de enriquecimiento del capital y, en la actualidad, al servicio de los negocios financieros. La modificación de la tasa de interés por parte de la Reserva Federal de los EEUU. determina, en gran medida, cuántos puestos de trabajo aparecerán o desaparecerán y qué países y regiones serán viables o inviables¹².

***El trabajo como práctica social*¹³**

La modernidad¹⁴, contrariamente a uno de sus programas consistente en el dominio racional del hombre sobre su vida, ha devenido en una experiencia social de máximo control sobre las personas y los procesos. La aparente "diversidad" que muestra el mundo actual es la uniformidad de sistemas que garantizan la reproducción y el aumento de las posiciones de privilegio de los grandes centros de poder económico. La racionalidad, en vez de habitar en el sujeto liberado, reside en las estructuras burocráticas que garantizan la aplicación de las normas del capital.

No sabemos si el proyecto de la modernidad fracasó, como plantean diversos autores, o solo está demorado en su realización. Pero para nuestro tema lo importante es percibir el carácter disciplinario de esta sociedad, quizás mucho mayor que sociedades pasadas en la vida humana. Desde las tarjetas de crédito hasta los distintos sistemas de ayuda social, toda la población está absolutamente identificada hasta en sus hábitos de

consumo. Las nuevas posibilidades comunicativas, como Internet, también refuerzan ese control¹⁵.

El trabajo también ha seguido ese camino. Si bien el aumento de la división del trabajo ha diversificado las actividades laborales, el control institucional sobre éstas es inmenso. Por eso no trabaja la madre que educa a sus hijos, porque esa actividad no está tipificada como trabajo. “La madre que se queda en el hogar seguiría sin tener ‘trabajo’ aunque existiera un subsidio social igual al salario de una puericultora. Seguiría siempre sin tener ‘trabajo’ aunque también tuviera un diploma de educadora. ¿Y eso por qué? Porque el ‘trabajo’ está definido como una actividad social, destinada a inscribirse en el flujo de los intercambios sociales a escala de toda la sociedad. Su remuneración testimonia esta inserción, pero tampoco es lo esencial¹⁶: lo esencial es que el ‘trabajo’ llena una *función socialmente identificada y normalizada en la producción y la reproducción del todo social*. Y para llenar una función socialmente identificable, él mismo debe ser identificable por las *competencias socialmente definidas* que pone en funcionamiento según *procedimientos socialmente determinados*. Debe, en otros términos, ser un ‘oficio’, una ‘profesión’, es decir, *la puesta en obra de competencias institucionalmente certificadas según procedimientos homologados*. La madre que se queda en el hogar no llena ninguna de estas condiciones”¹⁷.

No está en discusión que la madre trabaje en el sentido de atender innumerables responsabilidades y agotar su energía física y espiritual en la realización de sus tareas maternas; lo que se está diciendo es que no “tiene” trabajo. Como no tiene trabajo el que construye su propia casa, o el que anima las veladas de su comunidad cantando o bailando. Esas actividades, que en diversas sociedades pueden ser consideradas muy importantes, no son “trabajo” (copiando las comillas de Gorz para referirse al trabajo capitalista).

¹⁵ Una de las principales líneas de acción que financia el BID –Banco Interamericano de Desarrollo– dentro de las acciones de mejoramiento social, se destina a favorecer la obtención de documentación personal de la totalidad de la población de los países latinoamericanos. El registro de la población enfrenta dificultades, en especial en los grupos más pobres. La idea de que tenerlos identificados va a mejorar su vida pasa la raya de la ingenuidad; sí parece ser necesario para tenerlos más controlados y, en caso de necesidad, más reprimidos. Ver *Oportunidades para la mayoría*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, 2006.

¹⁶ Efectivamente. Hay trabajos no remunerados que se identifican como “trabajo voluntario”, pero este tampoco es el caso del trabajo de la madre. Nadie diría que una madre trabaja voluntariamente, solo que es su elección cumplir con las tareas maternas. La voluntariedad, en este caso, no se asocia con el trabajo. (Esta nota es de Pauselli)

¹⁷ Y, Gorz de nuevo, qué le vamos a hacer...

Que no se “tiene” trabajo quiere decir una de dos cosas, o que se lo perdió o que nunca se lo obtuvo. Perder el trabajo es una experiencia lamentablemente generalizada en las últimas décadas. No haberlo obtenido puede, a su vez, deberse a que no se lo pudo adquirir o a que nadie nos lo dio. En todos los casos, el “trabajo” es algo ajeno a las personas, independiente de su voluntad. Se tiene o no se tiene, depende de no haberlo perdido o de haberlo recibido de alguna manera.

Pero: ¿quién tiene el trabajo-uno que no tenemos? Nadie lo tiene, no es necesario para los que dominan el mundo. Sencillamente, el trabajo-dos desapareció cuando la manera predominante de obtener ganancias se fue independizando del trabajo-tres. El trabajo-uno expresa nuestra necesidad de realizar actividades por las que se nos remunere y de esa manera sostenernos en la superficie del planeta. Esto es así porque la manera habitual de obtener medios de vida se realiza a través del dinero y éste se asigna para la mayoría de las personas a través del trabajo. El trabajo-dos es la modalidad asalariada del trabajo, la que constituyó la principal forma de trabajo en el capitalismo que conocimos¹⁸. El trabajo-tres fue la masa de actividad humana necesaria para producir ganancias para los poderosos en condiciones de baja productividad del trabajo humano.

Los teóricos del trabajo en el siglo XIX pensaron en los fenómenos de alienación del trabajo como extrañamiento del objeto producido. Ahora se le ha sumado a la alienación del producto la alienación de la actividad no en términos derivados de la primera, sino en sí misma. Quizás por eso la situación de estar empleado y ser explotado por el capital constituye una situación deseable, una manera de ser reconocido socialmente¹⁹. Y si bien subsisten actividades productivas no asociadas al capital, éstas resultan marginales respecto de la acumulación material y simbólica del mundo actual.

¹⁸ La falla insana de las propuestas que imaginan que, desaparecido el trabajo asalariado, éste será reemplazado por las actividades por cuenta propia se basa en la omisión del dato de que esos mismos poderosos han acaparado los medios de trabajo: herramientas, materias primas y recursos naturales.

¹⁹ Así, mientras en los 60 y los 70 se luchaba contra la explotación del hombre por el hombre, hoy reclamamos que se haga presente el que nos tiene que explotar, que no se haga el distraído y que nos explote ya.

Para evitar equívocos, vamos a aclarar que todo trabajo es una actividad socialmente codificada. Pensar el trabajo como una actividad natural del hombre aislado es, en términos de Marx, una *robinsonada*. Lo que se señala al denunciar que el trabajo ya no se encuentra en el trabajo capitalista, es que el código de esta forma social de trabajo ya no satisface aquellos requerimientos básicos que como seres humanos hacemos al trabajo.

Tampoco se afirma que el trabajo haya degenerado hasta la práctica social actual; no creemos en un paraíso perdido. De hecho, el trabajo capitalista reemplazó parcialmente formas de esclavitud personal y de servidumbre menos deseadas aún. Lo que se quiere afirmar es que la definición capitalista del trabajo ha devenido exageradamente unilateral ya que casi su único criterio es la rentabilidad del capital. Toda actividad que no produce ganancias al capital no es trabajo²⁰. No se trata ni siquiera de recuperar otros sentidos del trabajo, sino de crearlos. La ineficacia y la falta de futuro de la sociedad salarial no solo lo hace posible, sino necesario²¹.

Empleo, desempleo y control de las personas

Las sociedades de pleno empleo han encontrado en el trabajo un poderoso medio de disciplinamiento social. El Estado de bienestar permitía, aunque por distintos motivos, que coincidieran en gran medida las necesidades de las personas y las del control social.

La disminución del trabajo debería haber creado la posibilidad de una renovada expresión individual; también debió provocar una disminución de la eficacia de las estructuras burocráticas y tecnocráticas que reglamentan la vida humana. Pero eso no ocurrió.

Una de las razones es que la disminución del trabajo no implicó tiempo liberado de calidad para las personas. Por el contrario, mientras los “ocupados”

²⁰ Como se pregunta Viviane Forrester: “¿es ‘útil’ una vida que no le da ganancias a las ganancias?” *El horror económico*, 1996. En español por Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997.

²¹ Como expresa nuestro amigo Gorz: “Hay que atreverse al Éxodo. No hay que esperar nada de los tratamientos sintomáticos de la ‘crisis’, pues ya no hay más crisis: se ha instalado un nuevo sistema que tiende a abolir masivamente el ‘trabajo’”.

trabajan extensas jornadas, de alta intensidad, debido a la demanda de “eficiencia” y a la competencia con otros trabajadores, los que no tienen trabajo, si bien cuentan con tiempo no tienen ni los recursos ni la valoración social ni el estado espiritual necesario para transformar ese tiempo en valioso. Ni siquiera ocurre eso en el plano de la reproducción familiar; como nos decía una persona: “¿Con qué autoridad va a educar a su hijo si no le puede dar de comer?”.

Pero que los ocupados en “buenos” trabajos cumplan extensas jornadas no es un desajuste operativo del mundo del trabajo; es, por el contrario, una operación plena de sentido. “Es económicamente más ventajoso concentrar el poco trabajo necesario en poca gente, a la que se le ha inyectado el sentimiento de ser una elite privilegiada que merece sus privilegios por un celo que la distingue de los ‘perdedores’ ”²².

²² Definitivamente, le recomendamos leer a André Gorz.

Una producción intelectual valiosísima enfocó en el siglo XX el problema de qué haría una sociedad una vez que hubiera satisfecho sus necesidades más urgentes. Así Adorno, Marcuse, Arendt, por mencionar algunos, plantearon la necesidad de rescatar las funciones valorativas de la razón para no quedar sumergidos en la sociedad de consumo. El riesgo era real: una abundancia de bienes para todos podría transformarnos en una especie de pollitos que, bajo la lámpara y comiendo el alimento balanceado, pasáramos nuestra vida engordando sin plantearnos ninguna cuestión de sentido alrededor de la existencia. Pero ese mundo no se concretó: la televisión ilumina bastante, pero escasea el balanceado. O, dicho de otra manera: la crítica a la sociedad de consumo comienza cuando todos pueden consumir.

La otra razón que ha hecho que las personas no generaran una nueva impronta civilizatoria a partir de la disminución del tiempo global dedicado al trabajo, ha sido la planificación del control a través de prácticas sociales alternativas al trabajo. Ante la potencial

pérdida de eficiencia del control ejercido sobre las personas por el poder económico, en tanto éstas son productoras y consumidoras, éste “debe ahora buscar dominarlos también en su tiempo disponible, en las actividades no productivas, no materiales, por las cuales se producen a sí mismos. [...] El aflojamiento de las restricciones socializadoras y las posibilidades de una autonomía creciente de las personas deben entonces ser presentadas como vacíos amenazantes, en los cuales las identidades de recambio ofrecidas en el mercado por las industrias de la moda, de la “comunicación”, de la cultura, del entretenimiento y de la salud evitarán que caigan los individuos”²³.

²³ No me haga decir lo que usted ya sabe: Gorz.

A este respecto juega un papel destacado la educación superior. Cada vez nos acobardamos más los que tenemos alguna actividad en selección de personas para puestos directivos de empresas al tener que enfrentar a los candidatos “potables” para esas funciones. Parece existir una relación directa entre la realización de posgrados, maestrías, doctorados y otros estudios, y una profunda incompreensión del mundo. Las relaciones sociales del trabajo pasan a ser funciones y la materialidad de la producción una esfera desconocida.

Claro que estas personas, así entrenadas, son funcionales a las necesidades de las organizaciones actuales, ya que éstas no progresan en base a su eficacia ni a su eficiencia, sino a sus relaciones de poder, especialmente financiero. Si usted se siente escandalizado por esta afirmación le pedimos disculpas, pero si en algún lugar no habita la racionalidad humana es en las actividades de las empresas capitalistas. Y no nos referimos a temas de largo plazo, como la conservación del medio ambiente o la preservación de la sociedad humana. Nos referimos a su actividad diaria, a la suma de decisiones irracionales que se toman por moda, por conveniencia o por la necesidad de mantener los inestables sistemas de poder en estas organizaciones.

²⁴ Escuela de Frankfurt: nombre asignado a una corriente filosófica iniciada en esa ciudad de Alemania para la tercera década del siglo XX y orientada inicialmente a partir del pensamiento de Max Horkheimer. Algunos de los pensadores que en mayor o menor medida transitaron ese camino han sido Theodor Adorno, Löwenthal, Pollock, Erich Fromm, Herbert Marcuse, Jürgen Habermas, Alfred Schmidt. La escuela de Frankfurt plantea dos usos de la razón, un uso instrumental y un uso valorativo. La manera de desarrollo capitalista de la sociedad occidental estaría representando una preeminencia del uso instrumental de la razón –que enlaza causas y efectos– y sería la causa del deterioro de la relación entre el hombre y la naturaleza. Por otra parte, se habría reducido el uso valorativo de la razón, el que permitiría a los seres humanos reflexionar sobre la elección de los fines.

Ciertamente, la empresa capitalista no encarna la racionalidad ni siquiera en la aplicación de la razón instrumental, para pensarlo en términos de la Escuela de Frankfurt²⁴. Se tiene la idílica idea de que en la empresa capitalista se hacen las cosas “bien”, se cuidan los costos, no hay ningún gasto innecesario, se aplica la tecnología apropiada, etc.; lamentamos informarle que no. Esta idea surge de identificar como costos productivos aquellos que incluyen a las materias primas y al mundo del trabajo, pero no se consideran los costos empresarios. Estos últimos están compuestos por las ganancias de los accionistas y de sus administradores: los altos ejecutivos. La aparente eficiencia de la empresa capitalista solo responde a la fórmula que Gorz atribuye a Alain Lipietz: costos salariales bajos y costos patronales altos.

Y cuando se dice que una empresa pierde plata, uno de los argumentos habituales para el cierre de plantas, se está diciendo una de dos cosas: o que gana menos que el promedio del grupo al que pertenece o que hay un mejor negocio en otra parte. En el primer caso, no hay CEO que se pare ante una asamblea de accionistas a explicar que aunque el retorno promedio del grupo es del 17 % anual esa operación va a retornar solo el 5%, porque sabe, con razón, que en ese mismo momento la asamblea está pensando en cómo reemplazarlo. Por eso, lo que termina diciendo es que hay que terminar esa operación porque “se pierde plata”. En muchos casos, de esta manera, está haciendo perder ganancias futuras a esos mismos accionistas al resignar la posibilidad de trazar estrategias para la evolución probable de los escenarios futuros. Pero el mundo es muy inestable, mejor gano hoy –piensan los ejecutivos– y mejor gano hoy –piensa el accionista–. Esta es la pobre racionalidad de las decisiones de negocios.

El otro caso es el de replanteo de negocios. Cierro una planta no porque no sea eficiente sino porque

quiero quedarme con su mercado y fabricar en otra parte. Bueno, es más barato fabricar en otra parte, dirá alguien con razón. Pero no es este el caso en muchas ocasiones y ésta va a ser una experiencia cada vez más frecuente ante la necesidad de los países centrales de recuperar trabajo para sus sociedades. ¿Es que es más barato fabricar válvulas para motores en Alemania que en Rafaela? La Argentina, lamentablemente, es todavía un país donde los capitales internacionales pueden comprar fábricas para cerrarlas. Esto parece natural porque es una de las estrategias que desde antiguo han utilizado también los capitalistas argentinos para ampliar su dominio del mercado, siendo probablemente el caso paradigmático el del acero.

Pero hemos llegado hasta aquí hablando de cómo el poder económico ha desarrollado maneras alternativas de dominio sobre las personas. La manera en que algunos miles de personas, todas ellas con estudios superiores, dirigen las empresas y los países es un serio llamado de alerta. La reciente estafa que entre los dirigentes políticos de las principales potencias y los banqueros han realizado con la consecuencia de millones de puestos de trabajo perdidos debe hacernos reflexionar al respecto. Sobre todo cuando las sociedades no pudieron impedir que esos mismos Estados favorecieran con billones de dólares a esos mismos bancos causantes del desastre.

Habrá que creer que, efectivamente, “el mundo que se instala bajo el signo de la cibernética, la automatización y las tecnologías revolucionarias, y que desde ahora ejerce el poder, parece zafarse, parapetarse en zonas herméticas, casi esotéricas. Ha dejado de ser sincrónico con nosotros”²⁵.

Ni las personas desempleadas o subempleadas pueden hacer de su tiempo libre una herramienta para construir una sociabilidad distinta, ni los dirigentes de todas las esferas pueden utilizar sus conocimientos y su información para incidir en la existencia de un

²⁵ Viviane Forreter. *El horror económico*.

²⁶ Y no es una metáfora. Personas quizás bien intencionadas afirman que no saber inglés y computación es ser analfabeto en el siglo XXI y, claro está, un analfabeto no va a conseguir trabajo en la sociedad de la tecnología.

²⁷ Los gobernantes menos fantasiosos reconocen que en el tema del empleo “todavía queda mucho por hacer”. Es un mérito que no se engañen con estadísticas preparadas para bajar artificialmente los índices de desempleo, pero siguen presos de la ilusión de que “el problema se va a solucionar”, aunque desconozcan cómo.

mundo mejor. En esta encrucijada se ignora que la falta de trabajo es un resultado derivado de la manera de producir y acumular riqueza y, en cambio, se lo define como un “problema social” equivalente a una epidemia o al analfabetismo²⁶. Lo que se quiere ignorar es que el desempleo no es una crisis del modelo, es el modelo²⁷.

La falta de trabajo transformado en “problema social”¹

La falta de trabajo no llega fácilmente a considerarse un problema social. “Trabajo hay, lo que ocurre es que la gente no quiere trabajar”. “Las capacidades que tienen las personas no son las que demanda el mercado de trabajo, por eso no consiguen empleo”. “No vieron a su padre trabajar, por eso no tienen la cultura del trabajo”. “A las personas les falta espíritu emprendedor, quieren la comodidad de un sueldo a fin de mes”. “Lo que faltan son inversiones, cuando vengan las inversiones habrá trabajo para todos”. “Lo que no hay es empleo, trabajo sobra”. “No hay seguridad jurídica, cuando se asegure la libertad de mercado va a haber trabajo”.

El lector podrá agregar otras expresiones que indiquen que la falta de trabajo no es un problema. O se trata de limitaciones de las personas o de políticas gubernamentales equivocadas. Mejorando aquéllas o corrigiendo éstas, la situación estará superada.

De poco vale decir que cada vez hay menos relación entre el crecimiento del PBI o el aumento de las inversiones y la creación de trabajo². Tampoco que durante los períodos de gobierno más libremercadistas es cuando más puestos de trabajo se pierden. Menos se nos cree aun cuando afirmamos que casi el cien por ciento de las demandas de sectores pobres y marginados es tener un trabajo.

En un ejercicio que hacemos de integración de audiencia con públicos heterogéneos generacionalmente obtenemos regularmente el siguiente resultado: las personas nacidas a mediados del siglo pasado expresan que la principal preocupación que marcó su vida ha sido la reivindicación de justicia y paz en el

¹ Años atrás, cuando estábamos sorprendidos por las distintas maneras en que se negaba que la escasez de empleo fuera una situación derivada del modelo de sociedad vigente y no una anomalía del mismo, nos encontramos oportunamente con la obra de Murray Edelman: *La construcción del espectáculo político*. Sus enfoques, que resumen aportes de Nelson Goodman, Jerome Bruner, Michael Foucault y Jacques Derrida, entre otros, han orientado las ideas presentadas en este capítulo.

² Para analizar qué mide y qué no mide el PBI, consultar *Qué es bueno, qué es mejor. La medida del progreso en economía*. Ing. Enrique Martínez. Presidente del INTI. En *Debates para honrar el Bicentenario*. N° 1, marzo de 2010.

mundo. Los nacidos hasta los años 70 señalan como sus prioridades las posibilidades de desarrollo personal y profesional. Las generaciones nacidas luego de los 70 indican que su principal angustia consiste en imaginar de qué van a vivir.

Eso está hablando de cómo percibió el mundo cada una de esas generaciones y hace suponer que hay un sustrato de realidad detrás de esas inquietudes. Las personas nacidas en las décadas del 50 y 60 del siglo XX sufren actualmente la falta de trabajo en mayor o menor medida que el resto de la población; la diferencia es que conocieron una sociedad de pleno empleo e interpretan su situación actual como una anomalía. Las personas más jóvenes, en cambio, encuentran un mundo donde la precariedad de los sistemas para obtener medios de vida es la regla.

Pero las ideas que circulan alrededor de la falta de trabajo como problema social no parten de registrar los cambios que se producen desde la salida del llamado “Estado de bienestar” hacia modelos de menor regulación del capital. Por el contrario, expresan las valoraciones morales que se tienen sobre el trabajo y, claro, las personas que no ejercen esa virtuosa actividad algún tipo de disfuncionalidad están expresando.

La condena al que no tiene trabajo, la culpabilización de la víctima, cubre un espectro importante de la atribución de responsabilidades por la falta de empleo. Otras causas se agrupan en críticas al Estado por la ejecución de determinadas políticas o la no ejecución de otras. En pocos casos la responsabilidad se atribuye a una causa sistémica, especialmente relacionada a lo que los centros de poder económico deciden, en orden a obtener las máximas ganancias posibles.

³ Murray Edelman, *La construcción del espectáculo político*. 1988.

Como dice Edelman³, “el espectáculo constituido por las noticias continuamente construye y reconstruye los problemas sociales, las crisis, los enemigos y los líderes, creando de tal modo una sucesión de

amenazas y seguridades”. Esta afirmación, que pone en duda la creencia ingenua de que en la actualidad a través de los medios de comunicación estaríamos informados de “lo que ocurre” en la realidad, nos lleva a preguntarnos sobre cuál es el verdadero estatus de verdad de las afirmaciones públicas sobre este y otros temas. La tesis de Edelman es que las noticias políticas no son un relato de hechos ante los que la gente reacciona, sino la creación de públicos interesados en el tema. “Convertir la ambigüedad en certidumbre, las personas multivalentes en egos con ideologías fijadas, y las predilecciones del observador en la esencia de la racionalidad, es un incentivo que penetra el discurso cotidiano y la práctica de la ciencia social”⁴.

⁴ Edelman sí.

Así, la explicación de por qué millones de personas no tienen trabajo o tienen un trabajo precario, no resultaría de un estudio sistemático sobre la generación y la eliminación de lo que se denomina “trabajo”, sino que estaría expresando en sus distintas versiones intereses y creencias de diversos actores sociales. Estas versiones también se interpenetran: así, es posible oír a dirigentes de agrupaciones de desocupados hablar de que sus representados deben recuperar la cultura del trabajo, o a empresas que sistemáticamente reducen puestos de trabajo incluir en sus logros de responsabilidad social empresaria la creación de fuentes de trabajo.

Esa ambigüedad es posible porque los “problemas sociales” siempre tienen dos caras: una habla de los perjuicios mientras otra habla de los beneficios que producen. “El término ‘problema’ solo vela tenuemente el sentido en el que las condiciones deploradas crean oportunidades. Hay otros modos de referirse a los beneficios que producen los problemas: abundancia de mano de obra, evitación de la interferencia gubernativa en los mercados del trabajo y de productos, un clima comercial favorable, incentivos para la ambición”⁵.

⁵ Edelman vuelve.

⁶ Por ejemplo, en la Argentina de estos años es un “problema” recurrente el de la “seguridad” en relación con la concreción de delitos. Pero la construcción del problema elude sistemáticamente analizar el papel de la policía en el manejo del tráfico de drogas, de la trata de personas y del robo “controlado”. Aumentar la seguridad ciudadana sin afectar a las mafias policiales es algo absolutamente imposible. Por eso los distintos gobiernos que se suceden enuncian enfáticamente el problema pero no producen ningún cambio efectivo en la situación. Claro que no es un problema cognitivo; ese funcionamiento mafioso también ofrece garantías a otras cadenas ilegales en las que obtienen ganancias muchos dirigentes políticos, sociales y empresarios.

⁷ Edelman pa' todo el mundo.

En esta ambivalencia se expresa el hecho de que las situaciones socialmente disfuncionales no lo son para todos. De allí que cualquier política de mejora, programa social o de desarrollo que no indique con claridad a qué beneficiarios de esa disfuncionalidad se estará desplazando, no puede ser sometido a un análisis serio⁶. Tanto el desarrollo económico como la ejercitación de derechos no favorecen a todo el mundo: atiende a las necesidades de algunos e impide los beneficios obtenidos por otros. La posibilidad de mejora en el capitalismo parece muy amplia ya que siempre los afectados resultan ser una pequeña minoría, aunque su habilidad política ha consistido históricamente en presentar sus intereses como los de la mayoría.

Una de las estrategias más comunes para mantener esta ambigüedad entre perjuicios y beneficios que producen los problemas sociales, radica en hacer responsables de su situación a los que viven los efectos aparentemente no deseados. “La construcción de los problemas a veces lleva consigo un efecto perverso de más largo alcance: ayuda a perpetuar o intensificar las condiciones definidas como el problema, un desenlace que típicamente proviene de los esfuerzos tendientes a superar la condición cambiando la conciencia o la conducta de los individuos, mientras se preservan las instituciones que generan conducta y conciencia”⁷.

Esta situación se vive de manera amplificada en el tratamiento social de los problemas del trabajo. Si bien la percepción del problema ya lo identifica como una situación global que se sufre en todo el planeta, las explicaciones y estrategias correspondientes a su “superación” son siempre particulares y mágicas. Ocupa un espacio relevante en el discurso de los políticos aunque luego no se expresa en acciones de gobierno. Se sigue privilegiando a las empresas como “dadoras de trabajo” cuando en realidad reducen permanentemente los puestos de trabajo. Se “educa” a los desocupados para un trabajo que nunca le ofrecerán.

Días pasados recibí en mi casa un folleto de un grupo religioso que estaba encabezado por la siguiente pregunta: “¿Sabe usted quién gobierna el mundo?” La respuesta, claro está, era “el demonio”. Me quedé pensando que, en algún sentido, yo también estaba hablando de ese tema. Pero a diferencia de ese ser maligno que se ocupaba activamente de que ocurriera el mal, mi demonio era un ser anodino que cuidaba de sus inversiones y poco le importaba lo que ocurría en el planeta salvo que afectara su manera de obtener ganancias. Es más, hasta era un demonio inconsciente que, como subjetividad, incluso se lamentara de que tantas otras personas no tuvieran una vida medianamente digna; situación con la que, obviamente, él no tenía nada que ver y, sobre todo, nada que hacer⁸.

¿Cómo se sostienen esta mecánica de explicación mágica e inacción social frente al tema? “Las personas angustiadas, temerosas y desalentadas por la condiciones de sus vidas responden con esperanza y entusiasmo a promesas enfáticas de mejoramiento de esas condiciones, y también a definiciones claras de los enemigos responsables de sus privaciones. La privación y la angustia pueden alentar la credibilidad y la credulidad”⁹.

Como vemos, poco podemos esperar de la manera habitual en que la sociedad trata los problemas del desempleo y la precarización del trabajo. Sin embargo, muchas de las políticas se orientan, justamente, a producir mejoras en ese terreno. En el próximo capítulo analizaremos el carácter de esas políticas y comprenderemos, así sea parcialmente, por qué no producen ninguno de los efectos buscados.

Desocupación y desocupados

Hace muchos años, en una entrevista de selección laboral, pregunto a una mujer si en ese momento se hallaba desocupada. La entrevistada me corrigió di-

⁸ “¿Por qué esta casta habría de ocuparse de las turbas de inconscientes que insisten maniáticamente en ocupar perímetros concretos, establecidos, conocidos, donde clavar clavos, atornillar tornillos, operar máquinas, clasificar cosas, hacer cuentas, meterse en todo como moscas, con circuitos lentos a la medida del cuerpo, esfuerzos evidentes, cronologías y ritmos tan antiguos como las carrozas?” Viviane Forrester de nuevo.

⁹ Vamos Edelman todavía.

ciendo: “Nunca estuve desocupada, en verdad tengo muchas ocupaciones. Lo que estoy es desempleada”. Tomé debida nota y nunca volví a usar, en ese contexto, el término “desocupación”.

La persistencia del uso del término “desocupación” como sinónimo de “desempleo” no es una operación inocente. Está expresando los valores morales que giran alrededor del trabajo considerado como actividad principal del hombre, donde el “ser” y el “hacer” se confunden, en español, hasta fonéticamente. ¿Cómo diferenciar la pregunta de “qué vas a ser cuando seas grande” de la pregunta “qué vas a hacer cuando seas grande”? Hay allí un *vasaser* y un *vasahacer* indistinguibles.

Estar desocupado es malo, ya lo dice el refrán: “el ocio es el padre de todos los vicios”. Un sinónimo de “desocupado” es “vago”, alguien indolente que no se ocupa de hacer las cosas obligatorias que constituyen una vida decente. Así, el trabajar queda asociado a una decisión personal, como el dar el asiento a una embarazada en el colectivo. El que lo hace es una persona educada, el que no lo hace es un cafre. ¿Pero es ese el estatus del acceso al trabajo?, ¿depende de la decisión de cada persona? Los que vemos deambular a las personas de aviso en aviso, las largas colas que se forman ante el anuncio de un trabajo, la utilización de conocidos para acceder a alguna oportunidad de entrevista laboral, estamos convencidos de que hace rato el acceso al trabajo ha dejado de ser un bien universalmente disponible.

Pero esta realidad se choca con dos sistemas de valores creados a lo largo de los años: uno corresponde al embellecimiento moral del trabajo que hizo el capitalismo que, para constituirse, ha debido desposeer a amplios sectores sociales de sus medios de producción y destruir sus maneras de vida; de este modo podía contar con mano de obra para sus emprendimientos. Otra es el recuerdo de una sociedad de

pleno empleo asociada al Estado de bienestar donde, efectivamente, el acceso al trabajo era un problema absolutamente menor.

Sobre el primero de los fenómenos, no hace falta remontarse a la Europa de hace cuatrocientos años ni volver a leer *La situación de la clase obrera en Inglaterra*¹⁰. Basta con reconstruir, por ejemplo, la historia del desarrollo de los ingenios azucareros en el norte argentino. ¿Por qué iban a querer las familias que pertenecían a diversas culturas agrarias autosuficientes ir a trabajar al ingenio que quedaba en otro lugar y donde el sistema de trabajo era totalmente ajeno? Las principales maneras de reclutamiento de mano de obra fueron dos: la más difundida era el endeudamiento de las poblaciones locales en condiciones que éstas nunca podrían resolver y la cancelación de esas deudas a través de trabajo en el ingenio. La otra manera, más brutal aún, era directamente la destrucción de los sembrados de estas comunidades para privarlas de medios de vida, obligándolos a trabajar en el ingenio para sobrevivir. Trabajar en el ingenio era bueno, no trabajar en el ingenio era ser un vago, perseguido por la policía, castigado por la sociedad.

¹⁰ Federico Engels, 1845.

La otra influencia sobre el sistema de valores asociados al trabajo es de más reciente data. Las sociedades de pleno empleo surgidas luego de la finalización de la segunda guerra mundial representaron una oportunidad de ascenso social para muchas personas. Con razón quedó asociada la idea de trabajo al de mejora personal y familiar. En los 70 casi no considerábamos el índice de desempleo como un factor de análisis del mercado de trabajo, más bien se tomaba el dato de rotación entre un trabajo y otro, o sea, el tiempo que tardaba una persona entre que dejaba un empleo y adquiría otro nuevo. Cuando la rotación media percibida superaba las dos semanas se consideraba que había “problemas” en el mercado de trabajo.

Son innumerables las historias de este tipo en la

Argentina. Personas que un día tenían una diferencia con su patrón, se desvinculaban y al día siguiente empezaban en un nuevo empleo. Historias de migración a las ciudades, donde antes de conseguir hotel para alojarse ya habían conseguido trabajo. Los que crean que fantaseamos sobre estas cosas, tómense la molestia de hablar con personas de más de 60 años y pregunténtenles cómo fue su historia laboral.

Nosotros, en muchas ocasiones, estaremos utilizando indistintamente los términos “desocupación” y “desempleo”, atendiendo a esa comprensión cultural sobre el tema. Más adelante estableceremos algunas distinciones que consideramos útiles para pensar creativamente sobre estos problemas.

La desocupación, además de un problema que afecta a muchas personas y de una categoría de explicación social, también es un índice. Ese índice ha naturalizado discusiones que en otras condiciones serían insostenibles, por ejemplo, considerar casi un éxito de las políticas públicas que la desocupación sea “menor a dos dígitos”, como si un problema que afecta a millones de personas sea totalmente aceptable si no afecta a más del 10% de la población económicamente activa –o sea, aproximadamente al 30 o el 40% de la sociedad–.

Durante el año 2010 se discutía en la Argentina sobre la cantidad de pobres existentes. Mientras que el oficialismo decía que la pobreza afectaba a 4 millones de personas la oposición señalaba que eran 8 millones los incluidos en esa condición. De alguna manera, esos interlocutores habían perdido de vista el horror que significa millones de personas sumidas en la pobreza, con las secuelas de desnutrición, falta de educación y deterioro de su habitat, en un país especializado en la producción de alimentos.

La funesta magia de los índices, lejos de ponderar la gravedad de los problemas sociales, hace olvidar la magnitud de los mismos. Un amigo, en ocasión de

ser informado por su médico que tenía pólipos intestinales y que debía someterse a una cirugía, hizo una lipotimia y se desmayó. Luego de reanimarlo, el facultativo le dijo: “Amigo, no se ponga así, el 99% de estos casos son benignos”, a lo que mi amigo, avisado en cosas de la vida además de las derivadas de las estadísticas, le respondió: “Es que, sabe usted, si a mi me toca el 1 % para mí va a ser el cien por cien”. Para el cien por ciento de los millones de desocupados que habitan el planeta la vida es un infierno.

Pero los índices tampoco son neutrales, en su definición se expresan las ideas que la sociedad tiene sobre el trabajo y, más grave aún, se establecen categorías que no resistirían el menor análisis de sentido común. Por ejemplo, para que una persona no esté desocupada, en muchas mediciones basta con que haya trabajado una hora la semana anterior. Si preguntáramos a diversas personas si consideran que una persona en esas condiciones está ocupada, creo que difícilmente alguien respondería afirmativamente. En otras mediciones, si la persona no ha buscado trabajo en el último mes, tampoco se la considera como desempleada, desconociendo el fenómeno tan estudiado del desánimo que va ganando a las personas que buscan trabajo durante largos períodos sin hallarlo.

Tampoco se repara en la calidad ni el estatus legal del trabajo de las personas. Las mismas estadísticas que muestran este tipo de “ocupación”, reconocen que gran parte de la fuerza laboral trabaja en condiciones precarias, fuera de la ley, “en negro” como se dice en Argentina, o que la formalidad de su trabajo se reduce a un “contrato basura”, sin ninguna obligación de permanencia en el tiempo para el empleador, o directamente se cuenta como ocupados a los beneficiarios de diversos planes sociales que no tienen ninguna relación con el trabajo.

Aun contruidos de esta manera, los índices de desempleo muestran a una parte importante de la po-

blación con serios problemas de trabajo o sin trabajo. Imaginemos si se midiera la situación de acceso al trabajo a través de categorías del sentido común: nos avergonzaríamos aún más del tipo de sociedades en las que vivimos. Una manera de aproximar la magnitud estadística del problema se obtendría si sumamos el índice de desempleo al de subempleo, tanto demandante como no demandante. Esa sería una cifra aproximada de la parte de la población que enfrenta los más serios problemas de trabajo. Para comprender el problema en su conjunto hay que agregar, a la cifra anterior, aquella población que se desempeña en trabajos ilegales denominados “empleo en negro” que, en muchos casos, incluye formas de servidumbre y de trabajo esclavo. Con seguridad esta cifra abarca a más de la mitad de la población de nuestras sociedades.

Ese tipo de índices acompañan lo que algunos autores denominan el paso de la sociedad de "pleno empleo" a la sociedad de "plena empleabilidad". La plena empleabilidad se lograría cuando las personas aceptan como trabajo ocupaciones precarias, ilegales y, en muchos casos, poco dignas para el ser humano.

Ambigüedad en los discursos sobre el empleo y el trabajo

Uno de los mitos ya mencionados es aquel de que trabajo hay, lo que falta es empleo. Sobre esta ambigüedad se monta gran parte de los discursos públicos sobre el tema del trabajo. Los índices que se utilizan hablan permanentemente de empleados y desempleados, reconociendo que el acceso al trabajo sigue ocurriendo, primordialmente, a través del empleo. Por otra parte, se imaginan soluciones al tema del desempleo que no pasan justamente por el empleo sino por emprendimientos autogestionados, ya sean individuales, familiares o comunitarios.

Pero cuando el mercado tiene un pico de de-

manda de trabajadores, como fue en algunas ramas desde el 2003 hasta el 2005 por procesos de sustitución de importaciones en Argentina, recrudece el discurso sobre la cultura del trabajo. Esos trabajadores que necesitan las empresas no están disponibles para trabajar, justamente porque han desarrollado algún sistema autogestionado de vida. No quieren volver a la empresa ya que han hecho la experiencia de lo efímero que es el compromiso de ésta con él: apenas disminuya el trabajo, nuevamente serán despedidos.

¿En qué quedamos entonces? Cuando la empresa no necesita trabajadores es virtuoso que éstos se arreglen de alguna manera por su cuenta. Pero cuando los necesita porque tiene una oportunidad de ampliar sus ganancias, entonces los trabajadores deben abandonar sus actividades y volver a emplearse. Esta ambivalencia es expresada permanentemente por los decisores políticos y los responsables de áreas de empleo, no se sabe si por la falta de comprensión del problema o simplemente por otras causas.

Por un lado se habla de “trabajo decente” cuando, en la realidad de las sociedades latinoamericanas, aproximadamente la mitad del trabajo existente es, justamente, indecente. Por otro lado se insiste en estrategias de precarización del empleo, disminuyendo las obligaciones para los empleadores controlados y permitiendo, por no ejercicio del poder de policía del Estado, la existencia de formas de trabajo no permitidas por la ley.

En fin, esta es una breve reseña para mostrar la poca seriedad del discurso y de las políticas referidas al trabajo. La misma ambigüedad en la expresión del problema se expresa a la hora de posicionarse frente a los afectados por el desempleo. Éstos son vistos alternativamente como víctimas de un problema social a los que hay que proteger, o como desadaptados sociales. Una de las tácticas-consuelo que emplean los gobiernos es considerar que el desempleo es siempre he-

redado de otras gestiones, y que su propia gestión está en vías de resolverlo, sin reflexionar sobre la manera en que sus propias políticas están creando las bases del desempleo futuro.

Lo que en definitiva no se puede asumir es que la existencia de estos grupos con trabajo precarizado o sin trabajo son, en verdad, funcionales a todo modelo social que haga del mercado su categoría central, ya sea por su orientación libremercadista –neo liberales–, o porque dispongan controles para evitar los peores efectos del libre funcionamiento del mercado –social liberales–.

Aun desde el enfoque de las políticas sociales y de la militancia política comprometida con el mejoramiento de las condiciones de vida de la población, el tratamiento de estos temas también está impregnado de ambigüedad. La imposibilidad de analizar el agotamiento de un modelo basado en la competencia de todos contra todos lleva, a la hora de analizar sus efectos, a “una forma reveladora de ambivalencia [...] con respecto a las personas de las que normalmente se habla con afecto y compasión, pero que en muchas situaciones son tratadas como si fueran peligrosas, inmorales e incompetentes para vivir vidas autónomas. [...] Ellas son vulnerables en todas partes a la explotación en el trabajo, a la negación de derechos y oportunidades de los que otros disfrutaban rutinariamente, y a formas severas de disciplina típicamente denominadas ‘de ayuda’. [...] El lenguaje del afecto, la piedad, la compasión y la ayuda, oculta ante uno mismo y ante los otros la importancia de la explotación de esos grupos para el mantenimiento del orden social”¹¹.

¹¹ Murray Edelman. Obra ya muy citada.

Desde el paradigma neoliberal la comprensión del problema es peor aún. La pregunta que resume su perplejidad ante el tema es: ¿por qué hacen falta políticas específicas para garantizar el trabajo? El problema del trabajo es un problema de cada individuo, cada cual verá cómo lo resuelve. Es el mito de que “no trabaja el que no quiere” o, peor aún, toda política que

mitigue los efectos de la falta de trabajo será un estímulo para que las personas no trabajen.

El diario *Ámbito Financiero*, vocero de intereses empresariales, lo explica con brutal crudeza: indica con título catástrofe que “falta mano de obra para la cosecha” de uvas y aceitunas “por auge de los subsidios”. Pero veamos la nota. “La causa principal [de la falta de mano de obra] según los empleadores es el temor de los obreros de perder la Asignación Universal por Hijo y demás subsidios y programas sociales que el Gobierno otorga a los desocupados”. Claro, ¿cómo es que no prefieren trabajar dos o tres meses, que es el período que dura la cosecha, y despreocuparse de lo que pasa el resto del año con sus ingresos!¹² Pero el diario termina aclarando su idea: “La crítica situación se repite igual que la campaña pasada pero con el agravante de la intensificación de los controles de indocumentados dispuesto por las autoridades nacionales, que frenó el impulso de la mano de obra ‘golondrina’ que año a año peregrina desde Bolivia”¹³. En fin, está claro que son estos gobiernos que dan subsidios a los desocupados y se oponen al trabajo esclavo y al abuso de extranjeros indocumentados los que acaban con las posibilidades empresariales de progreso y de creación de puestos de trabajo; un tanto exageradamente precarios y breves, pero puestos de trabajo al fin.

En realidad, la respuesta a esta perplejidad es muy sencilla: los Estados deben tener políticas que garanticen el empleo en tanto garantizan sistemas de propiedad que hacen del empleo algo aleatorio. Como se pregunta el economista José Luis Coraggio: “¿Puede una sociedad definir el trabajo como mercancía y dejarlo librado al funcionamiento del mercado, cuando el resultado termina siendo que una gran cantidad de sus ciudadanos no logra resolver sus necesidades más elementales?”¹⁴

“Una mayoría de seres humanos ha dejado de

¹² Por otra parte, esta interrupción es una situación contemplada por dichos planes aunque puede a veces existir alguna complicación administrativa para hacerla efectiva.

¹³ *Ámbito Financiero*, Buenos Aires, 10 de marzo de 2011. Nota seleccionada y sugerida por Nancy Boufflet.

¹⁴ José Luis Coraggio. *La economía como construcción social*. Buenos Aires, 2010. En “Economía Social y Agricultura Familiar”. INTA.

¹⁵ Viviane Forrester. *El horror económico*.

¹⁶ “Porque te dan tu parte. Cuando te jubilas, por una ley que hay, dividen... dividen, dicen, a ver: tantos kilómetros de país, no sé, los que sean, entre tantas personas, tanto... no sé, ponle dos kilómetros cuadrados, tres kilómetros cuadrados, lo que toque... y te lo dan, a cada uno su trozo. ¿Te imaginas? Toma, pum, lo tuyo,... pa ti pa siempre. Ahí haces lo que te salga de los huevos”. Monólogo del actor Javier Bardén en la película española *Los lunes al sol*.

ser necesaria para el pequeño número que, por regir la economía, detenta el poder. Según la lógica dominante, multitudes de seres humanos carecen de motivo racional para vivir en este mundo donde, sin embargo, llegaron a la vida”¹⁵.

Para que funcione el paradigma de que el trabajo es un problema de cada uno, deberíamos vivir en la Australia de *Los lunes al sol*, donde se divide la tierra por la cantidad de habitantes y se le da a cada uno lo suyo¹⁶. Este concepto de “suyo” está muy lejos de la percepción del mundo dominante.

¿Qué hace la sociedad ante un problema acuciante pero construido de manera absolutamente equívoca? Interpreta la danza de la lluvia.

Las distintas versiones de la danza de la lluvia

Dicen que nuestros antepasados, cuando los fenómenos climáticos les eran desfavorables, ensayaban procesos mágicos tratando de conjurar esas fuerzas desconocidas e indomeñables. La versión más popular que ha llegado, caricaturizada, hasta nuestros días, es posiblemente “la danza de la lluvia”. Cuando la sequía hacía peligrar la progresión de los sembrados amenazando con un hambre cierta en el futuro próximo, los miembros de la comunidad se reunían y, posiblemente conducidos por sus jefes, realizaban una danza ritual para convocar a las nubes proveedoras de agua y así salvar su existencia inmediata.

La sociedad contemporánea, también conducida por sus jefes, organiza acciones del mismo tipo para conjurar la falta de trabajo decente. Aunque el cálculo de probabilidades favorecía a nuestros antepasados, no por eso los líderes políticos e intelectuales actuales ponen menos esmero en ejecutar procedimientos mágicos para ver si ese fenómeno incontrolable se vuelve más propicio para los humanos.

Hoy, en relación con esas poblaciones originarias, conocemos algo más del ciclo de las lluvias y las sequías. Quizás es hora de comenzar a indagar con más seriedad los ciclos del trabajo y el desempleo.

El acceso al trabajo se presenta como una demanda de carácter universal, pero el ciclo de vida tradicional se ha visto interrumpido. Ya nacer, crecer, estudiar y trabajar no es un proceso garantizado. Una gran parte de las personas que nacen lo hacen en hogares pobres e indigentes, así que ya crecer para ellos es una actividad problemática. La posibilidad de estudiar se ha acrecentado en nuestras sociedades, aunque de manera cada vez más fragmentada. Mientras unos

pocos concluyen estudios superiores y realizan posgrados y doctorados de especialización, la mayoría cierra su ciclo educativo en la enseñanza primaria o media en los mejores casos. De allí a obtener un trabajo el paso es aún más largo. Mal alimentados, poco instruidos, son las mayorías menos favorecidas las primeras en sufrir los efectos de la sequía.

En la Argentina, la desaparición del trabajo como un bien accesible para todas las personas es un fenómeno relativamente nuevo: data de inicios de la década del 90 del siglo pasado. Así, mientras hasta principios de 1992 el índice de desempleo oscilaba alrededor de los 4 puntos, en mayo de ese año llega al 6%, en octubre de 1993 al 12%, y en junio de 1994 al 18%. Antes de ese período se consideraba el desempleo como “friccional”, resultado de ajustes momentáneos entre la oferta y la demanda de puestos de trabajo¹.

¹ Sobre este tema se puede consultar Héctor Palomino. *La crisis del mercado de trabajo y los distintos enfoques sobre la solución del desempleo*. 1999. Centro de Documentación en Políticas Sociales. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Documentos / 23.

La triplicación de las personas sin trabajo en un período tan corto de tiempo –menos de tres años–, acompañada de la permanencia de muchas de esas personas en su nueva condición de desempleados, tuvo un tremendo impacto en el tejido social, aunque sus efectos fueron diferidos, entre otras causas, por la incumplida profecía de que ese cambio del mercado de trabajo tenía que ver con el progreso y el ingreso en el primer mundo. La eficacia de ese discurso tendió un velo que disimuló el importante proceso de pauperización que en esos años se había iniciado, la proyección de una sociedad dual –con incluidos y marginados– y, en definitiva, la transformación del trabajo en un bien escaso, de imposible acceso para todos.

En los últimos veinte años se desarrollan en el cono sur de América Latina acciones cuya intención declarada es paliar la situación de falta de trabajo que afecta –de manera variable– a segmentos más o menos importantes de la población. Llamen la atención tres características que rodean esos esfuerzos: la primera, su falta de concordancia con los diagnósticos de orga-

nismos especializados en la materia que ya venían alertando sobre esta situación en la región desde los años 80 del siglo pasado². La segunda, y en parte relacionada con la primera, su falta de eficacia. La tercera, que dichas acciones, preformateadas y financiadas por organismos multilaterales de crédito, no han sufrido prácticamente modificaciones cuando esa financiación cesó y pasaron a ser parte de los presupuestos de los propios países donde se aplican.

Finalmente, puesta ante la nueva realidad, la sociedad ensaya distintas estrategias para controlar el mal. En este capítulo lo introduciremos en esa danza ritual y, en los próximos dos capítulos –la educación y la economía social– lo acompañaremos en una visita guiada por los postgrados de la especialidad.

Conocimientos y habilidades: el primer paso de la danza de la lluvia

La mayoría de las acciones que actualmente se despliegan como programas orientados a generar trabajo están moldeadas en la matriz de las políticas de organismos financieros multilaterales: Banco Mundial y Banco Interamericano de Desarrollo. Debería llamar la atención, en primer lugar, que las políticas sociales sean elaboradas y fiscalizadas por dos entidades financieras. Superada esa perplejidad, no es posible ignorar la relación de esos organismos con un modelo de “progreso” que hoy está en crisis en todos los lugares del mundo donde sus políticas han sido las predominantes. Eso genera una lógica que, aplicada a los programas sociales, desplaza la mirada de las causas que generan la inequidad y eliminan la necesidad de trabajo humano, trasladando la responsabilidad a distintos tipos de factores, como son las denominadas escasas capacidades de las personas sin trabajo, la supuesta falta de espíritu emprendedor por parte de las mismas, el denominado mal hábito que implica la

² Ver la producción de la CINTEFOR – Centro Interamericano para el Desarrollo del Conocimiento en la Formación Profesional. Organización Internacional del Trabajo– en ese período, donde con lucidez se indica que los cambios que están ocurriendo en el mercado de trabajo no podrán ser impactados a través de intervenciones de formación profesional. En los años 90 y actualmente la mayoría de los esfuerzos con los que se cree se resolverá el tema del desempleo se orientan, justamente, a acciones de formación profesional.

existencia del empleo estatal, el acostumbramiento a los planes sociales de ingresos y otras. No es un problema de bondad o maldad de estos organismos, o de oscuras intenciones. Solo se trata de la coherencia con un punto de vista que, sosteniendo la corrección y pertinencia del modelo denominado de “libertad de mercado” –que sería mejor llamado de “desprotección de los elementos social y productivamente más débiles”– como factor del desarrollo, se obliga a velar porque todos los efectos que contradigan esa creencia sean atribuidos a factores externos al mismo.

En esa línea de pensamiento, las principales acciones orientadas a mitigar la falta de trabajo se han desarrollado sobre la idea de que capacitando a las personas desocupadas éstas conseguirían incorporarse al mercado de trabajo. Estas orientaciones, además de un profundo desconocimiento de lo que ocurre en ese ámbito, parten de un diagnóstico implícito: el problema reside en las personas o, como se dice hasta el cansancio, éstas no tienen los conocimientos que el mercado demanda.

Los cultores de tales ideas, impasibles ante la falta de resultados de programas millonarios como el PARP³ o como el Seguro de Capacitación y Empleo⁴, esgrimen la prueba que consideran el fin de toda discusión: las empresas requieren de mano de obra y no la consiguen, es necesario formarla.

Allí comienza la clase inicial: tome al aprendiz por los hombros y gírelo hasta que visualice la computadora. Luego, con delicadeza, lo vuelve un cuarto de vuelta y ve los destornilladores y las pinzas, otro cuarto de vuelta y lo esperan la pala y el serrucho. Claro, si el indeciso no sabe manejar ninguna de esas herramientas, mal futuro le aguarda a la hora de buscar trabajo.

Permítale elegir: ¿qué quiere ser / hacer? Pero no le haga creer que es Julio Boca, nada de salto triple.

³ Programa de Apoyo a la Reconversión Productiva, desarrollado en la Argentina durante la década de los 90; fue creado por los contratos de préstamo con el Banco Interamericano de Desarrollo 925/SFAR y 816/OC-AR. Incluyó dentro de sus componentes el Proyecto Imagen, Proyecto Joven y Proyecto Microempresas. Se calcula que su presupuesto fue del orden de los 400 millones de dólares. Durante el período de su vigencia –1994 a 1997– se produjo la triplicación de la desocupación en la Argentina, situación que se mantuvo sin variantes hasta aproximadamente el 2005. Su impacto fue nulo.

⁴ Programa desarrollado desde el 2004 y hasta la actualidad, creado por Decreto Presidencial N° 336/2006 del 29 de marzo de 2006. En verdad, aprovechando el prestigio que da el discurso de “impulsar” el trabajo, este programa estuvo destinado a desarmar un Programa de ingresos universal como fue el Jefes y Jefas de Hogar Desocupados. Ver *Método, metodología y reconocimiento del otro*, Pauselli, 2008.

Carpintero, albañil, electricista, operador de PC, mozo..., puede ser. Médico, abogado, contador, ingeniero, historiador..., ni se le ocurra, eso no es para él.

En el año 2003 estábamos realizando un taller en la Provincia de Jujuy con personas que atendían comedores comunitarios y estaban incorporando la idea de que la solución a mediano plazo para las personas que concurrían a los mismos no era la asistencia alimenticia sino la obtención de trabajo. Paralelamente, existía una oferta variada de programas que estimulaban la formación en oficios. En una dramatización realizada en ese taller, dos personas informaban a los jóvenes sobre esas posibilidades que incluían, efectivamente, albañilería y carpintería. Uno de los que personificó a “un joven”, cuando escucha la oferta, queda dubitativo, no se decide por ninguna de las dos alternativas. Entonces quien personificaba a “la institución”⁵ le pregunta que, si no le gusta ninguna de las dos opciones, ¿qué es lo que quiere hacer? El “joven” responde: “Me gustaría seguir estudiando la secundaria”. La “institución” piensa unos segundos y se escucha decir a sí misma, con espanto propio y generalizado: “Pero..., eso no es para vos”.

Queda pendiente la afirmación de que las empresas no encuentran la mano de obra que necesitan. Las reflexiones circulantes basadas en las demandas específicas de especialidades, que hoy el mercado de trabajo no logra resolver satisfactoriamente, pierden de vista la desproporción entre la escasa magnitud de los especialistas solicitados por un lado y los millones de personas que no tienen un puesto de trabajo ni ofrecido ni autocreado.

Cuando desde el mundo empresario se dice que falta tal o cual tipo de mano de obra especializada, la primera respuesta no debería ser invertir recursos para formar personas en esas especialidades. La primera reacción debería ser constatar esa afirmación. Coordinando un taller de desarrollo productivo donde parti-

⁵ Cuando usamos la palabra “institución” nos estamos refiriendo, en un margen, al resultado de la actividad instituyente de la sociedad, en el sentido que lo utiliza Castoriadis en la obra citada, por lo que en muchos casos será sinónimo de “instituido”. En el otro margen estaremos usando la idea de institución como red de prácticas reconocibles, en el sentido que lo usa Ignacio Lewkowicz: “Nuestro principio historiador de existencias es laxo pero pródigo. No antepone requisitos de coherencia lógica ni de consistencia ontológica. Algo existe para el discurso si se anota con su nombre en una red de prácticas. Si hay un nombre y una red de prácticas en que algo funciona, ese algo constituye una institución”, en *La locura enloquecida*, 2004.

cipaban varios empresarios, se instaló el tema de las especialidades faltantes⁶. Pregunté a uno por uno si podía describir aquellos puestos de su empresa que no lograban cubrir satisfactoriamente. El resultado fue que ninguna de las empresas allí presentes sufría esa situación, pero “sabían por otros” que había empresas que no conseguían los trabajadores necesarios.

La segunda pregunta debería ser: ¿por qué no se consigue contratar a esos trabajadores? No necesariamente es que no existe esa calificación. Se trata de indagar cuánto se paga por ese trabajo, qué relación establece con otras oportunidades de ingresos que tienen las personas que poseen esa calificación, en qué condiciones culturales se prestan esos servicios y cuáles son las condiciones demandadas ahora por las empresas.

Vamos a tomar cuatro casos para ejemplificar el tema, que son otras tantas formas de entrar y salir de este primer paso de la danza:

Año 2005: una empresaria de la construcción nos informa que no consigue yeseros. Le pregunto cómo se las arregló habitualmente para realizar esos trabajos y me cuenta que ella tenía un excelente equipo de yeseros, pero ahora que los había vuelto a convocar “no querían trabajar”. La realidad es que esa empresa había atravesado una serie de altibajos, habituales en ese mercado, y en los momentos en que el trabajo disminuía, los yeseros, claro, eran desvinculados. Luego de una serie de desvinculaciones consecutivas la mayoría de ellos consiguió otros trabajos. Algunos en diferentes empresas y varios como vendedores ambulantes. La convocatoria no era atractiva y por ello las personas privilegiaban otros trabajos más previsibles. De hecho, desde su perspectiva, en caso de responder positivamente a la empresa solo iniciaban un nuevo ciclo de empleo-desempleo.

Año 2002: un empresario del rubro de mantenimiento industrial indica que “no hay” matriceros. Este

es un oficio efectivamente diezmado por los largos años de importaciones sin barreras que destruyó gran parte de la industria nacional. Como su empresa prestaba servicios en un parque industrial, hicimos una investigación sobre el volumen de la demanda de matriceros en dicho ámbito. En verdad, era la única empresa de las que necesitaban operarios con esa especialidad que carecía de ella. La política de la empresa consistió durante muchos años en la importación de piezas de repuesto, lo que la llevó a no desarrollar una capacidad de matricería propia, salvo para demandas muy simples. La modificación de la situación cambiaría hacía conveniente comenzar a fabricar y, ante esa oportunidad de beneficios, resultaba que “no había mano de obra”. La verdad es que en poco tiempo conseguimos la persona que la empresa necesitaba: ésta indicó que solo trabajaría de lunes a jueves porque de viernes a domingo se dedicaba a sus nietos, y que debían buscarlo en auto en su casa y llevarlo nuevamente a su domicilio al finalizar la jornada de trabajo. ¡Eso es funcionamiento del mercado!

Año 2006: una cámara de empresas de la construcción solicita se forme a oficiales albañiles ya que la demanda de trabajo supera en mucho la oferta de esa especialidad. Consultados al respecto, indicamos que, de acuerdo a estudios realizados recientemente, en ese mercado no faltaba tal tipo de mano de obra. ¿Los empresarios eran unos mentirosos? No, solo que no conseguían contratar a precio de convenio. ¿Por qué?: esos precios eran tan bajos que cualquier albañil experimentado obtenía el mismo ingreso haciendo dos o tres pequeños trabajos por mes que trabajando de lunes a sábado para la empresa. En un convenio entre el Estado y la UOCRA⁷ se formaron seiscientos jóvenes en esas actividades y se le entregó a las empresas demandantes los listados con las personas capacitadas. A un año de esa experiencia, las empresas habían contratado solo a nueve personas de esas seiscientas.

⁷ Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina, sindicato que agrupa a los trabajadores el sector.

Año 2009: en una zona rural se detecta la necesidad de algunos tractoristas ya que, en los momentos de cosecha, éstos eran insuficientes. El carácter estacional de la demanda hace pensar en la conveniencia de formar personas que habitualmente desarrollan otras tareas en esa zona agrícola. Hecho un relevamiento entre los agricultores del lugar, con 6 ó 7 tractoristas adicionales se cubrían bien las necesidades y era relativamente sencillo proponer a los candidatos. Justamente, en ese momento estaban disponibles cursos dictados por el Ministerio de Trabajo que podían incluir formación de tractoristas, pero... no se pudo hacer. El formato de trabajo establecía taxativamente que no se habilitarían cursos para menos de veinte personas. Ese es el paso de baile, todo lo que choque con la figura será desestimado.

Para discernir sobre esas situaciones es necesario un correcto diagnóstico. De otra manera, nunca sabremos si se están generando nuevas oportunidades de trabajo, o solo se están precarizando puestos que podrían ser cubiertos por mano de obra calificada existente.

Una generación más moderna de acciones se ha concentrado en mejorar los procesos de intermediación laboral. Redes de Oficinas de Empleo tratan de detectar necesidades de formación y el acceso a puestos disponibles. El capital simbólico necesario para circular en estas redes no es pequeño, por lo que su acción se hace más efectiva en segmentos de desocupados con cierto nivel de escolaridad e inserción previa. No llegan a tocar el núcleo duro de la desocupación y, en general, arrastran muchas de las ideas mágicas que circulan en el mundo de los programas sociales relacionados con el trabajo.

También se corre permanentemente el riesgo de estar afectando puestos de trabajo de mayor calidad y su sustitución por otros más precarios. Un Secretario de Seccional de la UOM⁸ me confiaba: “En la UOM el precio mínimo de la hora es de \$ 8, nadie trabaja

⁸ Unión Obrera Metalúrgica, sindicato que agrupa a los trabajadores de esa especialidad.

menos de 200 horas, nadie gana menos de \$ 1.600”. Pero un programa de “fomento” del empleo denominado Jóvenes por Más y Mejor Trabajo⁹ ofrece a los empresarios aprendices por valor de 500 pesos mensuales, de los cuales 375 paga el Estado. Mucha tentación ¿no?

⁹ Desarrollado por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de la Argentina

Pero puede ocurrir que, una vez dominado este primer paso, siga sin llover para esa persona. Domina el baile pero le falta actitud: allá vamos.

Segundo paso: la actitud proactiva

En América Latina millones de personas han pasado largos períodos sumidos en el desempleo o desempeñando trabajos precarios. Eso hace creer que esas personas no han podido construir la actitud necesaria para postularse a un empleo o no cuentan con la disciplina personal para desarrollar una actividad por cuenta propia. Como se ve, es más de lo mismo: otra vez la culpa la tienen las personas que sufren la falta de trabajo.

Pero esta lamentablemente extendida creencia es la que define el segundo paso de la danza de la lluvia. Usted deberá, con gracia y donaire, impulsar tediosos talleres donde se le explique a las personas “qué se espera de ellos” en el mundo del trabajo. Esto no será muy original, claro, aunque sí un tanto contradictorio. Se les pedirá creatividad para resolver problemas y obediencia a las normas internas establecidas; control de su personalidad y agresividad para destruir a otros en el mercado; compromiso con la empresa y comprensión de que la empresa no puede hacerse cargo “de todo”; observancia estricta de la ley salvo en los casos de seguridad industrial, defensa del medioambiente, pago de impuestos, cumplimiento de las leyes del trabajo y otras minucias. En fin, la proactividad es hacer en el momento justo, justo lo que el patrón, jefe o supervisor crea que hay que hacer en ese momento.

Usted puede empezar este segundo paso sin exigirle mucho al físico. Basta con enseñar a hacer un curriculum vitae y ya se estará moviendo en la dirección correcta. Cuando el aprendiz esté acostumbrado a esa figura, se podrá agregar intensidad modelando el desempeño que deberá tener en una entrevista de trabajo. Así, sucesivamente, se podrá ir agregando fantasía: trabajo en equipo, solución de conflictos, relación con la autoridad, capacidad de liderazgo.

Pena que dance para nadie o, en el mejor de los casos, para desplazar a otros danzantes menos afortunados en el proceso de selección para el único puesto de trabajo que estaba disponible¹⁰. No hay una coreografía que lo incluya de acuerdo a sus condiciones: el baile es ajeno y se necesita tarjeta de invitación. Si usted no cree en todo eso, corte camino. Enséñele a resolver test psicológicos y a hacerse amigo del jefe de recursos humanos. No suena tan bello pero suele ser muy efectivo a la hora de despeñar a otros bailarines por las escaleras.

Hace pocos años conocimos un programa de empleo en Uruguay denominado “Uruguay Trabaja” y luego “Trabajo por Uruguay”. Éste representaba una versión más humana de este segundo paso. Consistía en incorporar a las personas desocupadas a un programa de empleo estatal durante seis meses donde gozaban de todas las protecciones de la ley, incluidos servicios médicos. Estos grupos de personas, durante esos meses, hacían trabajos necesarios en distintos lugares públicos de su comunidad y... se arreglaban la dentadura¹¹.

De más está decir que los logros obtenidos eran inmensamente superiores a cualquier diseño teórico de enseñar cómo es “el trabajo”, suponiendo que alguno de ellos no lo supiera. Pero al finalizar el período del programa venía el trago amargo. Éste consistía en que esas personas volvían a quedar desempleadas y a perder sus coberturas sociales, pero no alcanzaba con eso: debían escuchar la lectura de una carta firmada

¹⁰ “Los consejos ofrecidos a título individual a los desocupados en los organismos especializados les indican cómo ganar un puesto milagrosamente disponible, lo cual significa que otro no lo obtendrá. Se les aconseja sobre las mejores artimañas para hacerse preferir, hacerse elegir en lugar de otro”. *El horror económico*. Viviane Forrester. Agrega Félix Bombarolo que este es el adiestramiento para “competir” con otros, el “sálvese quien pueda”, el “tú puedes”...

¹¹ Era notoria la diferencia entre los participantes del programa y sus familiares. Mientras estos últimos ocultaban los pocos dientes que quedaban en su boca, aquéllos mostraban orgullosos su nueva dentadura. La capacidad de nuestros pueblos para sobrevivir(nos) no tiene igual.

por una ministra que terminaba afirmando más o menos lo siguiente: “Después de realizar esta experiencia, su futuro depende de usted, porque se acabó el Uruguay del ‘no se puede’ ”.

Las personas, para evitar el sufrimiento de la culpa, podemos hacer cualquier cosa. En este caso, responsabilizar de su situación de postergación social a los postergados. Yo le enseñé el paso con esmero durante seis meses y si usted no logra que llueva, ya no es mi problema.

Un buen manejo de la actitud también agota rápidamente la vida útil del bailarín. Así lo certifican centenares de jóvenes profesionales captados por las grandes organizaciones a través de programas de Jóvenes Profesionales o directamente contratados para ocupar lugares subalternos en las distintas gerencias de la empresa. Mientras estos jóvenes roban el tiempo a su descanso y a su familia para entregarlo a su contratante, otros jóvenes se están formando aceleradamente para reemplazarlo; son los que –como él antes– pueden subvencionar su desocupación. En pocos años, ese profesional que trabajó promedio 12 horas diarias para la empresa ha quedado obsoleto: no tuvo tiempo para actualizarse, para leer, para hacer nuevos cursos; un nuevo “joven exitoso, talentoso y pujante”, con excelente actitud, tomará su lugar.

Claro que no estamos diciendo que no tengan importancia los conocimientos, las habilidades y el dominio de los códigos. Sería como decir que no es bueno un analgésico para el dolor de cabeza. Lo que estamos diciendo es que el analgésico no cura el cáncer.

Los microemprendimientos: usted ya es un bailarín

Pero pudiera ocurrir que, aun realizando el paso uno con solvencia y el dos con gracia, la persona no lograra un lugar en el escenario del trabajo. ¿Qué hacer entonces? A no desesperar: el trabajo por cuenta pro-

pia, donde uno decide dónde y qué bailar, resultará una estrategia infalible. Claro que el entrenamiento aquí ya se complica: mercado, costos, actitud emprendedora, planificación, control, competencia..., todos serán como piecitos dibujados en el piso del emprendedor y éste deberá aprender a desplazarse por ellos sin cometer una sola falla. Una cosa es bailar donde uno quiere, otra cosa es caerse de narices en la mitad de la pieza.

En ese sentido, otra de las acciones destinadas a personas sin trabajo consiste en “desarrollar su espíritu emprendedor” porque, de esa manera, se incorporarán al mercado de trabajo como oferentes de productos o servicios. Algunas corrientes imaginaban que estas unidades pequeñas, insertas en la lógica de la tercerización del trabajo por parte de las unidades más grandes, proveerían bienes y servicios a éstas. La creación de micro y pequeñas empresas en el contexto de la privatización de YPF¹² constituye un ejemplo de esta orientación. Otros enfoques solo consideraban que la creación de una oferta de servicios dirigida a un mercado indeterminado iba a producir inclusión y generación de valor. Mientras la lógica del primer modelo se agotó rápidamente en el contexto del desgaste de los puestos de trabajo generado por la incorporación de tecnología, casi nunca disponible para esas miniempresas; lo que la lógica del segundo enfoque nunca explicó es a qué mercado podrían concurrir esos oferentes, ni atendiendo a qué franjas de consumo desarrollarían sus microemprendimientos.

Pocos actores sociales detentan el poder económico y de decisión, y la mayoría de la sociedad sobrevive en los intersticios de trabajos que aún no han podido ser eliminados. El modelo ideal sería el modelo “soja”, casi sin trabajadores. Una tierra, una semilla, unos químicos, unas máquinas, permiten con la participación de poquísimas personas obtener una renta elevada. Porque, cuando se habla de aumentar la

¹² Yacimientos Petrolíferos Fiscales, empresa estatal argentina de prospección y extracción de petróleo y elaboración de derivados, privatizada durante los años 90.

eficiencia, de mejorar la estructura de costos, de hacerse competitivo a nivel internacional, se habla en verdad de utilizar menos mano de obra, o más barata.

Con este resultado de la evolución social producido en las últimas décadas, asociar estrategias de inserción productiva al estímulo del carácter emprendedor equivale a decirle a millones de personas: “el 98 % de los recursos ya tiene dueño, con el 2 % restante todos ustedes deben organizar su vida”. La única manera ética de asociar desarrollo con capacidad emprendedora estará vinculada a una profunda redistribución progresiva de la tierra, la tecnología y el dinero. En cualquier otro contexto dicho discurso constituye una variante de la ideología neoliberal vigente en los años 90, o, más propiamente, gatopardismo¹³.

Pero si usted ya domina los pasos uno, dos y tres, no se detenga: los estudios superiores lo esperan.

¹³ “Gatopardismo” es una expresión derivada del refrán que dice “De noche, todos los gatos son pardos”, que hace alusión a la imposibilidad de distinguir, en ciertas situaciones, un gato de otro. En política, expresión usada para indicar que no es fácil diferenciar una intención de otra distinta.

La educación y el acceso al trabajo: la profesionalización del baile

Educación y trabajo han estado ligados desde hace muchas décadas, tanto en términos reales como imaginarios, y dicha relación era consistente en sociedades de pleno empleo. Una demanda sostenida de trabajadores hacía del aprendizaje de profesiones y oficios una vía segura no solo de inclusión sino también de ascenso social para las personas.

El fracaso creciente de las estrategias formativas como facilitadoras del acceso al trabajo no hace mella en esta institución tan antigua. Ella tiene su poder y sus secretos. Ese bailarín fracasado, cuando caiga en sus manos, va a aprender cómo se hace tro-nar y caer rayos con el poderoso meneo de sus cade-ras. Quizás, lo que se dice agua, no abunde: pero un título es un título; y si no lo cree, pregunte a todos los que no tienen uno y verá cómo su vida es mucho más difícil. “La desocupación afecta en especial a los que no han terminado estudios primarios y etc., etc., etc.”.

La gradual desaparición de la economía domés-tica o de autoconsumo y el crecimiento de la economía de mercado, impulsó fuertemente el aprendizaje de oficios. Significó un hito en la liberación social de millones de personas, especialmente mujeres y jóvenes, que de esa manera pudieron ampliar su capacidad de elección y no seguir forzosamente los mandatos de la tradición familiar.

Pero la evolución de ese proceso se ha visto inter-ferido por el desarrollo que siguieron nuestras so-ciedades a partir de la forma en que se generalizó la in-corporación de tecnología orientada a la producción de ganancias. Se ha roto la relación entre el creci-miento de la producción y el crecimiento del empleo.

Un trabajo humano cada vez más productivo hizo que la demanda de trabajadores fuera mermando hasta la actualidad, donde el empleo constituye una oportunidad de inserción social solo para una parte –variable– de los integrantes de la sociedad.

La desaparición de las sociedades de pleno empleo ha afectado desde la base el valor de la educación como práctica social, como así también la formación profesional y, más en general, la capacitación para el trabajo. Antes, estas acciones educativas adquirían eficacia en tanto se relacionaban con demandas reales del mercado de trabajo. Ahora que la demanda de mano de obra, por lo general, o no existe o es muy limitada, la educación lucha con su propia sombra. Como nos dijera una profesora de adultos que trabaja en un barrio muy humilde de Buenos Aires: “Debemos sostener que la finalización de los estudios primarios es algo muy importante para ellos, pero no por eso sus condiciones de vida cambiarán”.

Sin embargo, el discurso normalizado sigue hablando de educar para que las personas puedan conseguir empleo. Ha quedado atrás, esperamos, la ilusión noventista de que los excluidos de América Latina se iban a insertar en el mercado como microemprendedores. La imposibilidad de producir y vender para sociedades pauperizadas ha estado en la base del fracaso de esas estrategias. No ha sido justamente la falta de espíritu de trabajo o de capacidad emprendedora lo que ha frustrado esta salida; ha sido más bien el resultado de una distribución regresiva del ingreso que achicó la capacidad de consumo de grandes poblaciones¹.

¹ *Microcrédito: una industria sin clientes*. Pauselli, 2002.

El final abrupto del paradigma donde lo valioso era ser un trabajador especializado y con el dinero percibido acceder a la esfera del consumo, significa un retroceso de ese proceso liberador que estuvo en la base de las sociedades de pleno empleo. Pero, a diferencia de aquellos productores para autoconsumo o para pequeños mercados locales, estos nuevos grupos

que no son incorporados por el mercado de trabajo no tienen bienes de producción –ni aun sencillos–, no tienen tierra para pequeñas producciones alimentarias, se ven sometidos a la competencia de los grandes grupos económicos y, lo que es más grave, no tienen ya los conocimientos culturales que les permitían sostenerse en ese círculo de autosuficiencia.

Esta tensión entre el discurso de la educación y la realidad de la falta de demanda de trabajadores es uno de los terrenos donde se expresa con crudeza la tensión entre la actividad instituyente de las sociedades y la resistencia de lo instituido². Es probable que la falta de opciones de las sociedades actuales para incorporar a la totalidad de sus miembros a procesos productivos y, de esta manera, garantizar su inclusión social, esté en la base de esta resistencia a aceptar que aun la formación profesional tiene un bajo impacto en la inserción productiva de las personas. Pero, aplicado a cualquier proyecto de capacitación para el trabajo que hace seguimiento de sus egresados, esto es una evidencia.

² Sobre este tema se puede consultar la obra de Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*.

Esta compleja situación se agrava cuando vemos las prácticas de la educación de adultos, concebida casi enteramente como una práctica remedial que apunta a compensar las fallas del sistema educativo que considera al niño en la escuela primaria, al adolescente en la escuela media y al joven adulto en la universidad. Todos los caídos de ese “tren de la educación” deben ser recogidos por la educación de adultos. Las necesidades educativas de los adultos que han completado con éxito esos tramos educativos y cuya expectativa de vida se extiende en un mundo cambiante, parecen no tener existencia en las estrategias educativas actuales.

Instrucción y acceso al trabajo

Como el fracaso en la trayectoria educativa viene acompañado, en casi todos los casos, por condiciones

socioeconómicas de base, dicha educación termina siendo una educación para pobres. Mientras el que puede financiar su propia desocupación accede a carreras –en general en el sector privado o posgrados del sector público también pagos–, que le parece pueden mejorar su posibilidad de acceder a un trabajo, aquél que no reúne esas condiciones es un sujeto deseable para la enseñanza pública en esta materia. El mandato dice que si aprende un oficio o algunas competencias laborales tendrá posibilidades de insertarse en un empleo, desconociendo las altas tasas de desocupación entre los mismos egresados de las escuelas técnicas o de las propias universidades e institutos terciarios³.

³ El concepto de desocupación que estamos utilizando incluye los índices propiamente de desocupación más la subocupación medible. A su vez, nos referimos también a la imposibilidad de aplicación de conocimientos profesionales adquiridos, como el del ingeniero que atiende un *drugstore* o el yesero que se dedica a la venta ambulante. Veremos que esta última noción tiene importancia para analizar la promesa actual de la educación para el trabajo.

Que la desocupación acompañe casi simétricamente los niveles de escolaridad alcanzados no debe llamarnos a engaño. Evaluemos la siguiente afirmación: “En el año 2004, la población joven entre 15 y 29 años en la Argentina ascendía al 26,8% de la población total del país, totalizando 9.789.629 personas. La información censal existente nos demuestra que es el segmento de edad con mayores dificultades relativas para insertarse laboralmente, problema que se agudiza cuando no se alcanzan los niveles de escolaridad requeridos”⁴.

⁴ Análisis realizado en el marco de la cooperación de la Comunidad Europea con el Ministerio de Educación de la Argentina.

Esta frase está tomada al azar y se puede encontrar en muchísimos documentos, tanto de organismos internacionales como locales, que fundamentan políticas de mejora social. A primera vista nos está presentando una verdad incontestable; cualquiera que haya revisado estadísticas al respecto sabe que, efectivamente, entre la población desocupada predominan los que tienen menores niveles de escolaridad.

Ahora, veamos un poco más en detalle: el mismo texto podría terminar con la expresión “problema que se agudiza cuando no se cuenta con agua potable”, o “problema que se agudiza cuando se ha sufrido o se sufre desnutrición”, o “problema que se agudiza cuando se vive en barrios de menores ingresos”, o “problema que se agudiza cuando se vive en condi-

ciones de hacinamiento”, o “problema que se agudiza cuando se muere de enfermedades curables”, o “problema que se agudiza cuando no se tiene cuenta corriente en el sistema bancario”, o “problema que se agudiza cuando no se ha viajado a Europa”, y todos esos finales tendrían la misma exactitud estadística que el primero mencionado.

Sin embargo, la afirmación citada es el fundamento de copiosos programas que suponen, sin ningún fundamento, que esa preparación le permitirá a los desempleados encontrar trabajo. Por el contrario, no se ha pensado en que proveer de agua potable a toda la población, mejorar su acceso a la salud, garantizar la vivienda digna, tenga algo que ver con el trabajo. Menos aún se ha pensado en hacerlos viajar a Europa.

En verdad, la afirmación citada contiene un enorme, monstruoso error. Con toda su apariencia de inocencia y de verdad está expresando una mentira mayúscula. ¿Por qué mayúscula? Porque no solo la realidad no es aproximadamente así, sino que es exactamente al revés. La población que no ha alcanzado mayores niveles de escolaridad ha sido porque ellos o sus padres no han tenido trabajo. La falta de trabajo es la misma causa por la que no tienen agua potable, vivienda digna, acceso a la salud ni cuenta bancaria.

Se puede decir en defensa de esa frase que, en todo caso, está expresando la verdad de un resultado. Pero no es esa la conclusión que se desprende de ese tipo de expresiones. Las afirmaciones como las mencionadas no se orientan a indicar consecuencias sino causas. Lo que vienen a decir es que, ¡oh!, descubierto el origen del problema –en este caso el bajo nivel de escolaridad– solo hay que poner manos a la obra: a educar se ha dicho. No hay ningún problema en el sistema, todo funciona bien, solo hay que ayudar a los retrasados a encontrar el paso.

Si hasta ahora la formación impartida no dio resultado es porque ha sido parte de acciones dispersas, programas focalizados, ONGs sedientas de ingresos. Ahora que la persona ha llegado hasta aquí ya está en nuestras manos, que son las manos de la redención, clavadas a la idea de que la verdad es evidente y todo lo puede. Y, claro, si se trata de la verdad, qué mejor lugar que venir a la escuela. Muera el postmodernismo que duda de nuestra capacidad de verdad.

De esta manera se realimentan, de la manera más nefasta, la ilusión social de que las personas no encuentran trabajo por su baja instrucción con la necesidad de autovalidación de las prácticas educativas institucionalizadas, cada vez más ineficaces.

La educación para el trabajo y la demanda social

Mientras los equipos educativos siguen pensando por qué sus diseños técnicos no impactan en el acceso de las personas a puestos de trabajo, la sociedad revierte sobre la educación una fuerte demanda en orden a su colaboración con la preparación de las personas –jóvenes en especial– para el trabajo. Creemos que esta demanda tiene dos componentes que es necesario diferenciar, ya que tanto su lógica como su posibilidad de satisfacción son realmente diversas.

Por un lado, se reclama a la educación que actualice sus *curricula* con el fin de que los jóvenes adquieran conocimientos y habilidades que les sean útiles al momento de incorporarse al mundo del trabajo. Ese requerimiento parece estar orientado principalmente hacia el nivel medio de la enseñanza, y coincide con las preocupaciones de muchas personas que trabajan en el sector educativo y dan cuenta de las dificultades que tienen también estas instituciones en adaptarse a los cambios que los procesos del trabajo han sufrido en las últimas décadas.

Mientras la enseñanza técnica ha logrado man-

tener cierto vínculo con las demandas productivas, otras ramas de la enseñanza probablemente tienen aún más dificultades en definir el perfil deseable de sus egresados. Segmentos educativos que en teoría deberían adaptarse mejor al cambio, como los denominados “no formales”, parecen tener más retraso aún: peluquería, prácticas de escritorio y corte y confección tienen poco que ver con estética integral, computación o industria textil.

Si a esto sumamos las condiciones reales de los formadores, tanto en lo que hace a las limitaciones de su preparación profesional como a sus condiciones de trabajo, estamos ante un nudo de problemas que efectivamente hay que desatar para favorecer la inclusión productiva.

Sin embargo, es en este terreno donde las posibilidades de mejora parecen más inmediatas. Lo que la sociedad no quiere ver es que la falta de trabajo no es causada por una formación inadecuada –aunque ésta pueda ser mejorada–, sino por un funcionamiento sistémico del modelo.

El segundo aspecto comprendido en la demanda que se realiza al sector educativo tiene ya que ver con lo actitudinal y es mucho más difícil de resolver. Los jóvenes egresados, en este caso tanto del nivel medio como del terciario o universitario, no cuentan con la actitud “proactiva”, “independiente”, “responsable” y “flexible” que demanda el mercado de trabajo. No logran relacionarse adecuadamente con otras personas que les permitirían acceder a trabajos, o les cuesta adaptarse a ámbitos de trabajo. No tienen el lenguaje ni la práctica adecuados para insertarse en el mundo del trabajo.

Sin desconocer lo que las escuelas y universidades pueden hacer en estos aspectos, esta demanda en muchos casos transfiere a la educación responsabilidades de socialización que tradicionalmente se re-

solvieron en el mundo del trabajo. Efectivamente, así como la familia se encargaba –y en gran medida se encarga aún– de la llamada “socialización primaria” de la persona, la escuela proveía la llamada “socialización secundaria”. Pero había una fase posterior de aprendizaje, indispensable para ingresar al mundo adulto, que era la socialización producida en el mundo del trabajo. Desde el joven que “no quería estudiar” y entonces se incorporaba a algún trabajo que en muchos casos otorgaba una especialización u oficio en pocos años; pasando por el egresado de la escuela media –especialmente las que brindaban formación técnica– que empezaba a hacer sus armas en alguna empresa, oficina o comercio, o se sumaba a las responsabilidades del negocio familiar; y terminando con el profesional universitario que, como todos saben en el ámbito del trabajo, cuando llega con su título de recién recibido “no sabe nada”; todos esos jóvenes empezaban el proceso de “adaptación al trabajo”, que era en realidad un proceso central en su adaptación al mundo adulto.

El desarrollo de habilidades relacionales, la construcción de conductas concretas de responsabilidad asociada a metas, el establecimiento y el manejo de relaciones múltiples de autoridad –distintas a la paternal y la profesoral–, el desarrollo de habilidades de negociación y muchas otras aptitudes se construían o consolidaban en el mundo del trabajo. El mundo del trabajo ha perdido esa capacidad, no solo para los desocupados, sino también para los millones de personas que se encuentran en una ocupación precaria. Aun los trabajadores de “cuello azul, de cuello blanco y de cuello de silicio”⁵ han comenzado a alternar su pertenencia a organizaciones de gran poder socializador con períodos importantes de inactividad profesional.

Mucho más grave, entonces, es esta situación para los jóvenes. Con escasas posibilidades de acceder a un trabajo ahora llamado “tradicional” o “formal”,

⁵ ¿Se acuerdan de Rifkin? Ese mismo, clasifica así a los trabajadores norteamericanos en su libro ya mencionado *El fin del trabajo*. Por aquellas tierras llaman “de cuello azul” a los trabajadores manuales, “de cuello blanco” a los que trabajan en oficinas y “de silicio” a los trabajadores del conocimiento.

van creciendo en edad y carecen de ciertas habilidades sociales que exhibirían si hubieran tenido la oportunidad de insertarse en el mundo del trabajo. Revertir esa demanda sobre la educación es como pedirle que produzca jóvenes que tengan una experiencia de vida como si hubieran vivido. Parece mucho ¿no?

Este tipo de demanda expresa, ante la desarticulación de los mecanismos que sostenían la vida social tradicionalmente, el deseo de que alguien se haga cargo de remediar el desastre. No incluye ni el análisis de las causas por las que esa manera de vida ha llegado a su fin, ni las reales posibilidades de las instituciones derivadas de ese modelo para hacerse cargo de los cambios. Así, las escuelas son crecientemente un recurso para paliar la crisis alimentaria, garantizando a sus asistentes el “vaso de leche” o instalando directamente comedores para sus asistentes; también se cuenta con ellas para aplicar distintos tipos de planes sanitarios, especialmente con la niñez, y así de seguido.

Mientras tanto, estas ilusiones son reforzadas desde el mensaje del poder. Muchos planteos generosos creen que la educación todo lo puede y solo se trata de aumentar sus recursos. Otros, más mezquinos e irresponsables, culpan de la situación “a los maestros”, quienes no cumplirían adecuadamente con sus funciones profesionales. Mientras tanto, éstos exponen diariamente su salud psíquica y física para enfrentarse a sus educandos y su entorno social, que resultaron totalmente distintos de aquello para lo que fueron preparados en los institutos académicos.

Si la escuela puede dar de comer, puede vacunar, puede prevenir, puede formar adultos antes de ingresar al mundo adulto, sería una buena idea disolver el Estado y toda otra organización social y transformar la sociedad en una gran escuela. Aunque, claro, empezaría la pelea por quién es el Director... ¿No hay una teoría sobre el origen divino del poder de los directores?

¿Cómo educar a la educación?

¿Cómo hacer evolucionar el concepto de educación para el trabajo en un modelo que suprime el trabajo socialmente codificado? Esto tiene por lo menos dos respuestas: la primera, educando ciudadanos que comprendan qué políticas y qué prácticas sociales suprimen el trabajo y cuáles lo alientan. La segunda, aprovechando los recursos disponibles en la educación —docentes, instalaciones, saberes, tradiciones— que son inmensos y están en gran parte desperdiciados porque miran hacia una sociedad que ya no existe.

El primer eslabón de la educación para el trabajo es la educación política de las personas, en el sentido más griego de la palabra política: lo que tiene que ver con la vida en común. Las personas accederán al trabajo, en especial las personas humildes, solo si logran revertir el dominio social de los grupos concentrados de poder que obtienen sus ganancias eliminando el trabajo humano.

Si las personas que participan durante meses y años en diversos procesos formativos institucionalizados no logran identificar los discursos que, hablando del trabajo, van en contra del trabajo, todo el proceso educativo ha sido en vano. No importa que haya aprendido tal escala de medidas o tal técnica para hacer algo en el mundo; no comprendió qué es lo que le permitirá hacerlo o no. Para hacer la instalación eléctrica de un edificio saber de electricidad es una condición necesaria, pero no suficiente. Las condiciones en que se contratan esos trabajos⁶ y, más en general, la parte de la población que puede tener acceso a viviendas y la seguridad eléctrica requerida para esas construcciones, serán los factores que determinarán si sus conocimientos son requeridos o no.

Mientras el mensaje siga siendo que para trabajar de electricista hay que aprender electricidad, de mecánico mecánica y de médico medicina, estamos

⁶ Estas condiciones incluyen las normas generales —legales— del trabajo, las normas específicas de la actividad, la remuneración, la extensión de la jornada, etc. Por ejemplo, una situación es si el mercado está obligado a contratar electricistas matriculados, hacerles los correspondientes aportes sociales y previsionales, garantizar una jornada razonable de trabajo. Otra situación es si el trabajo se encarga a un electricista que factura como “trabajador independiente” y para realizarlo contrata “en negro” a unos chicos que trabajan 14 horas por día pasando cables e instalando los tomas y llaves correspondientes.

ante una educación que engaña a sus educandos y que se coloca como una fuerza hostil frente a las necesidades de las clases populares. Eso es lo que expresa con crudeza Vivianne Forrester al decir sobre la educación en Francia que “cualquiera sea su valor y necesidad, los docentes y la institución escolar están vinculados con quienes excluyen y humillan, con quienes relegaron a sus padres (y por lo tanto a sus hijos) a callejones sin salida para abandonarlos ahí, encerrados fuera de la vida por el resto de sus vidas. Son los delegados de una nación que generalmente trata a esos alumnos y sus familias –sean ciudadanos o no– como ilotas o parias”⁷.

No se trata, claro está, de adjudicar este rol a una decisión voluntaria del trabajador de la educación: en ocasiones, éste llega a vivir casi tan marginalmente como sus alumnos. Nos estamos refiriendo al sentido real de la práctica social que constituye la educación instituyendo valores en desuso, mientras que ofrece “esos valores como se le ofrecían a Alicia, en el país de las maravillas, esos platos suculentos pero fugaces, retirados de la mesa antes de que pudiera probarlos”⁸.

Los verdaderos valores de esta sociedad no son los del trabajo, eso es ya a esta altura una cortina de humo; los verdaderos valores son los del formato televisivo de Gran Hermano: el que logra la libertad saliendo de la casa, pierde; el que logra permanecer encerrado en ella sobreadaptándose a las necesidades del guión hasta eliminar a todos sus competidores, gana⁹.

Un maestro –en el sentido más noble que se le pueda atribuir al término– que no haga un ejercicio de empatía con sus educandos poniéndose en su lugar, es un fraude. En ocasiones, algún colega o amigo llama para avisar que el trabajo está flojo, que cualquier oportunidad le avise. Yo siempre respondo con la misma broma: “Hacé lo que enseñamos en los talleres para desocupados”. Y cuando yo mismo tengo poco trabajo, me pregunto cuáles de las cosas que afirmo

⁷ Viviane Forrester. *El horror económico*. 1996. Fondo de Cultura Económica. Argentina, 2006.

⁸ Otra vez *El horror económico* de la Forrester. No deje de leerlo.

⁹ Sobre este tema se puede consultar de César Hazaki: *El cuerpo mediático*, Editorial Topía, Buenos Aires, 2010. “En la apología del encierro que el formato *Gran Hermano* repite en diversos programas se puede observar que todos los participantes, actores y espectadores glorifican y se apasionan por la claustrofilia, ese amor por el encierro que es un paradigma de adaptación social. [...] Requiere y estimula que el espectador tome su papel, que sea un actor de reparto imprescindible de la oferta de los *mass media*. No solo tiene que mirar el programa, sino que debe participar en los desarrollos y eventos que en la casa-cárcel ocurran. En el formato *Gran hermano*, para que dicha participación sea posible se lo invita, al espectador, a permanecer las 24 horas del día mirando la vida cotidiana de los encerrados; dándose así una situación interesante y reveladora: ¡el espectador de *Gran Hermano* está tan encerrado como los participantes de la casa o isla! Para que esta permanencia pueda sostenerse, se ilusiona al público con la creencia de que puede torcer el curso de los acontecimientos”.

sobre el trabajo tienen sentido y cuáles solo son creencias piadosas para no ponernos de frente a la realidad de fin de ciclo que tiene nuestra civilización.

El fin de un ciclo siempre es una experiencia muy fuerte, tanto en la historia personal como de grupos y organizaciones. Imaginemos el grado de pánico que nos produce imaginar el fin de un tipo de civilización costosamente construida durante cientos de años, la pérdida de las referencias, la incertidumbre acerca de dónde quedaremos en los nuevos tiempos.

¿Cómo hago yo, como formador, para educar políticamente, mientras todos los mecanismos sociales tienden a ocultar las causas sistémicas de los problemas?¹⁰

¹⁰ Claro que ésta no es una tarea individual. Estamos pensando que no se podrá incluir esta dimensión imprescindible en la educación para el trabajo si no comienza a ser tema de las autoridades educativas, de las comunidades escolares y de las organizaciones de los trabajadores de la educación.

Bueno, amigo, no estamos diciendo que sea fácil. Solo decimos que si usted quiere comer brownies necesita chocolate. La educación, para mantener su deteriorada imagen de veracidad, debería decir más modestamente que enseña algunas técnicas que, en ciertas ocasiones, pueden ser demandadas en el mercado de trabajo, aunque eso sea poco probable.

Pero además de esta dimensión política, que es la que realmente puede permitir a las personas mejorar sus posibilidades de trabajo, existe una dimensión propiamente educativa sobre la que queremos reflexionar: ¿cómo definimos el trabajo cuando hablamos de educar para el trabajo?, ¿por qué la educación identifica trabajo exclusivamente con actividades que rentabilizan al capital?, ¿por qué la educación para el trabajo no aborda las dimensiones antropológicas y filosóficas del trabajo?, ¿por qué la educación no esclarece sobre los procesos de alienación que los seres humanos sufrimos en el trabajo? En resumen, ¿por qué se cuenta una fábula en nombre del saber y de la verdad?

La inexistencia de estos objetivos hace de la educación para el trabajo una preparación calificada para

bailar la danza de la lluvia, ignorando la propia experiencia de los miles de docentes que deben luchar duramente para obtener un mínimo de dignidad en el trabajo que ejercen. ¿Por qué imagino que lo que yo apenas puedo resolver estando sindicalizado y actualizándome de manera permanente, mi alumno lo obtendrá gracias a unos conocimientos técnicos que le impartiré en un semestre o en dos años? Y además, no se trata de Maya Plisetskaya¹¹: las propias prácticas educativas derrapan con poca gracia por los escenarios sociales, es cierto que difíciles, en los que les toca actuar.

¹¹ **Legendaria bailarina rusa del ballet del Teatro Bolshoi.**

Creemos, como ya hemos dicho, que la formación profesional y la capacitación laboral son eficaces cuando coinciden con reales demandas del mercado de trabajo. Pero siendo estas demandas escasas también parece limitado el campo de estas prestaciones educativas. Y es efectivamente así cuando la única aplicación de esos conocimientos se relaciona con la venta de los mismos en el mercado.

La lógica de trabajar para un mercado que nos remunera con dinero, que a su vez nos permite adquirir los elementos que necesitamos para nuestro consumo, se ha roto y no resulta claro cómo se puede recomponer. Seguir pensando que la educación para el trabajo solo tiene sentido en tanto habilita para ser contratados en el mercado de trabajo implica una de dos posibilidades: o se está muy mal informado de lo que ocurre en el mundo o se acepta, sin decirlo, que dicha formación tiene poca importancia en orden a la inclusión social.

La salida del mundo privado que significó la generalización del empleo se hizo a través de un modelo construido históricamente. Así, la sociedad de consumo fue una creación hartamente trabajosa que apuntó a crear las condiciones para que las personas desearan adquirir los muchos productos que generaba la ampliación de la productividad del trabajo humano. La opción de que la mayor productividad del trabajo hu-

mano redundara en menor tiempo de trabajo naufragó a manos de la ambición de los fabricantes, quienes entendieron que esa mayor oportunidad de producir objetos debía aprovecharse para obtener mayores ganancias. El cálculo fue exacto en un sentido, pero produjo como consecuencia el excedente de gran parte de los seres humanos; una parte considerable de éstos dejaron de ser necesarios como productores.

A su vez, la demanda de trabajadores que esa sociedad requirió fue solventada no solo por los Estados sino por las propias empresas. En la Argentina hasta la década del 70 y principios de los años 80 muchas empresas líderes en su rama –FORD, GRAFA, HULY-TEGO, PHILIPS y otras– tenían sus propias escuelas técnicas para garantizarse la provisión de mano de obra especializada. Esas escuelas se fueron cerrando en la medida que la automatización hacía innecesaria la generación de tantos trabajadores calificados. Actualmente la oferta de trabajadores es excedente y se cubre con recursos que han podido acceder a esa formación a través de la educación técnica pública –todavía relevante en la Argentina– o a través de la educación privada en los casos de las personas que pueden desarrollar estrategias de inversión en su carrera profesional o subvencionar su propio desempleo.

Ya está dicho que la escasez de empleo no es una crisis del modelo, es el modelo. En ese contexto hay que volver a pensar qué cosas ganamos las personas al poder ampliar nuestras posibilidades de elección a través del acceso al empleo y qué cosas perdimos –innecesariamente– en ese mismo proceso. Porque no parece que sea posible el retorno a la vida de autoconsumo familiar en un mundo interconectado y que ha hecho del respeto a las aspiraciones personales un valor. Pero, por otro lado, hay que pensar en estrategias que permitan la real inclusión social de un número creciente de personas que no son demandadas por el mercado de trabajo entendido como empleo.

¹² En *La locura enloquecida*, Ignacio Leikowicz plantea la idea de que en cada sociedad es la exclusión la que define los límites de la inclusión. Sugiere que en la sociedad actual, donde se han invisibilizado los mecanismos generadores de exclusión, todos estamos cada vez menos incluidos. Se puede consultar este artículo en *Pensar sin Estado*, PAIDOS, Argentina, 2004.

¹³ No expresamos aquí la idea de “hombre en sociedad” o de “vida social” porque es redundante. No hay ningún “hombre individual” o “vida humana individual” que pueda oponerse a aquellos conceptos. Esto

Lo que está centralmente cuestionado es el propio concepto de trabajo. Dicho concepto está construido culturalmente sobre el par inclusión-exclusión¹² que determina, a través de las condiciones de desempeño de la actividad, qué será considerado socialmente como trabajo y qué no, aunque esté constituido por las mismas operaciones físicas e intelectuales en el mundo.

El trabajo, como actividad social, no puede tener una definición unívoca. De hecho ha sido considerado de diferentes maneras en lo que de historia tenemos como humanidad. Nosotros pensaremos, provisoriamente, que el trabajo es la actividad práctico-sensorial que realizamos las personas para proveernos de los medios que necesitamos para sostener nuestra vida¹³. Nuevas dimensiones del concepto de trabajo también abren nuevas posibilidades para las prestaciones educativas.

La danza de la lluvia es una danza tradicional, no incluye nuevos pasos ni otros ritmos. El trabajo es lo que hemos conocido como trabajo: una actividad humana que rentabiliza al capital. No le compliquen la vida a la educación: si van a hablar de otra cosa, pónganle otro nombre; una palabra, un objeto del mundo: si no le gusta, nos vemos en marzo¹⁴. ¿O no es ese el sueño de todas las épocas? A qué salir, si no, de la caverna¹⁵; si afuera todo va a estar tan confundido como adentro...

implica que lo necesario para sostener nuestra vida es una construcción cultural. “La sociedad misma, así como produce al hombre como hombre, es producida por él. La actividad y el goce, tanto por su contenido cuanto por su género de origen, son sociales; son actividad social y goce social. La esencia humana de la naturaleza está allí solo para el hombre social; porque solo en la sociedad es donde la naturaleza existe para él como lazo con el hombre, como existencia de él mismo para el otro y del otro para él, así como elemento vital de la realidad humana; solo allí ella es para él el fundamento de su propia existencia humana. Solo allí su existencia natural es para él su existencia humana y la naturaleza se ha convertido para él en el hombre”. Carlos Marx. *Manuscritos de 1844*.

¹⁴ En la Argentina, marzo es el mes en que los estudiantes reprobados durante el año anterior deben aprobar nuevos exámenes para pasar de ciclo.

¹⁵ Platón, en *La República*, plantea la llamada “alegoría de la caverna”. Los hombres vivimos mirando el fondo de una caverna oscura y nos llegan tenues resplandores desde el exterior; solo el que se anime a dar la vuelta y salir de la caverna podrá –superado el encandilamiento– conocer la verdad. Busquen este pasaje y léanlo, es de una belleza deslumbrante, como el sol que brilla en el exterior de la caverna. Por otra parte, el mismo Platón no desconocía la opacidad del lenguaje a la hora de conocer y a ello ha dedicado casi toda su obra. El conocimiento contemporáneo parece haber tomado de esta alegoría solo la idea de que, cuando las cosas son complicadas, mejor es mirar para otro lado.

El trabajo y la “economía social”: la maestría en danzas autóctonas¹

Amigo: si usted ha adquirido conocimientos y habilidades, tiene actitud, sabe desempeñarse por su cuenta y ha terminado los niveles educativos necesarios para obtener el título correspondiente, y aun así no logra obtener un trabajo decente, le decimos dos cosas: primera, usted es un *pata dura*; segunda, no está todo perdido, usted puede incorporarse a la economía social. Mire, la economía social hace llover hasta en los desiertos dejados por el capital.

Aquí vamos a vernos ante las mismas dificultades que encontramos al considerar la falsa promesa de la educación: tendremos que criticar prácticas sociales plenas de valores deseables pero que, en el actual contexto civilizatorio, se transforman en propuestas mágicas que invitan a las personas a esperar “que llueva”, a esperar que “aparezca” el trabajo, mientras todo el sistema se empeña en eliminarlo cotidianamente.

Tenemos que aclarar algunos términos para poder entendernos adecuadamente. En primer lugar, ponernos de acuerdo en qué sentido vamos a hablar de “economía social”. Todos sabemos que la economía es social ya que es el resultado de una serie de acciones que realizamos las personas que vivimos en sociedad². Podemos entender, como dicen algunos autores, que cuando hablamos de economía social nos estamos refiriendo a una economía solidaria. Creo que es una buena manera de entenderlo. Toda la economía es social, pero mientras la mayoría de la actividad económica se orientaría solo a obtener ganancias más allá de cómo les vaya a las personas, algunos proyectos también piensan en los efectos sociales que las actividades económicas tienen. Recuerden ustedes este sen-

¹Alguna de estas ideas fueron presentadas en el artículo *Trabajo, empleo y proyectos comunitarios, o los sospechosos de siempre*. Pauselli, 2003.

²“Por supuesto que toda economía es social y que toda sociedad tiene su manera de organizar la obtención y distribución de bienes para la provisión de sus necesidades. Ahora bien, toda economía es social pero el mercado no crea sociedad. Desde el nacimiento de la moderna economía se la denominó economía política (Smith, Ricardo, entre otros), pensando que la política reglaba las relaciones de los hombres conviviendo en una sociedad y la economía era una parte de la misma. Pero con el transcurso del tiempo se fue escamoteando la obvia incrustación del mercado en una sociedad y se nos trató de formar en la idea de que las relaciones de competencia y no las de colaboración, eran las ‘normales’ y ‘permanentes’ entre los seres humanos, priorizando objetivos individuales sobre los colectivos, lógica que se trasladó a la esfera pública”. Roberto Roitman, economista argentino, en diario *Los Andes*, Mendoza, 14-10-2010.

³ “La propuesta de la economía social no es la de ampliar la economía popular, porque la economía popular es parte de la economía capitalista, sino superarla. Desarrollar su potencial para constituirse en una economía solidaria, en una economía del trabajo –trabajadores libremente asociados y co-responsables por la vida de los otros trabajadores y de la vida en general. Debemos asumir que un sistema económico puede ser un proceso socialmente consciente de construcción”. José Luis Coraggio, *Pensar desde la perspectiva de la economía social*, 2010, en *Economía Social y Agricultura Familiar*, Ediciones INTA. Señalaremos en este capítulo que las iniciativas denominadas de “economía social” raras veces cumplen con esta orientación que tan bien expresa Coraggio, sobre todo la de la libre asociación de los trabajadores.

⁴ Estas denominaciones se refieren a enfoques que tienen diferencias entre sí, aunque no nos detendremos en su análisis. Sobre el particular pueden consultarse con provecho diversos artículos de José Luis Coraggio: *La Economía Social como vía para el desarrollo social*, en *De la emergencia a la estrategia. Más allá del “alivio a la pobreza”*, Espacio Editorial, Buenos Aires, 2004.

⁵ En verdad, la idea del “clasicismo” del mercado incluye varios contenidos, algunos comprobables y otros mágicos. Muchas veces denota creencias generalizadas sobre este tipo de organización económica, difíciles de encontrar luego en alguna formación histórica determinada. Pero a los efectos de estas líneas entenderemos como “proyectos de economía de mercado” aquellos cuyo único objetivo

tido del término “economía social”, como economía solidaria³. Porque luego veremos que hay otro sentido que acompaña al término “economía social”, que es bien distinto y tiene otras implicancias.

Lo desafortunado de la denominación de “economía social” para designar actividades que intentan resaltar la solidaridad entre las personas frente al egoísmo que propone el capitalismo no es solo el ocultamiento de que toda la economía es social, en tanto es el resultado de las acciones de las personas que viven en sociedad. Lo más dañino de esta caracterización es que deja a la economía capitalista en el lugar de la “economía natural”, aquella que se regiría por leyes eternas e inmutables de la competencia en la lucha por la vida.

A su vez, esta idea de “economía social” incluye prácticas en verdad diversas: desde la economía solidaria, la economía popular, la economía del trabajo, la economía cooperativa, y otras denominaciones⁴ que intentan diferenciar estas prácticas de aquéllas que se realizan bajo un esquema clásico de mercado⁵.

Habitualmente, las iniciativas generadas bajo el nombre de “economía social” están orientadas a la creación de trabajo e ingresos para personas que se encuentran desplazadas del mercado de trabajo formal. Consideramos en esta categoría desde el microemprendedor o el grupo familiar que desarrollan una actividad económica de subsistencia –en ciertos contextos denominada “autoempleo”–, hasta grupos comunitarios que encaran proyectos económicos y trabajadores que intentan reactivar sus antiguas fuentes de trabajo.

Estos proyectos son, efectivamente, muy diversos. Los proyectos individuales o familiares se diferencian de los proyectos de grupo. Estos últimos desarrollan en general una serie de valores y prácticas asociativas que son parte constitutiva de sus posibili-

dades de realización. Los primeros, en cambio, no incluyen necesariamente la construcción de vínculos intersubjetivos diferentes a los habituales en el mercado y, en muchas oportunidades, solo reproducen en su interior las relaciones de explotación del trabajo existentes. A su vez, los proyectos grupales comunitarios se articulan por lo general alrededor del territorio y la vecindad, mientras que los intentos de recuperación de antiguas fuentes de trabajo construyen grupos de carácter más profesional.

Pero todas estas iniciativas tienen en común el constituir intentos de generación de trabajo alternativos al mercado formal de empleo. Ante la escasez de la oferta de puestos de trabajo, las personas, familias y grupos transitan otros caminos para tratar de sobrevivir en la superficie del planeta. Claro que el hecho de que sean alternativos al mercado no quiere decir que se desarrollen fuera del mercado, o que puedan ignorar lo que ocurre en el mercado.

El trabajo y la economía “natural”⁶

En la comprensión clásica –liberal– de la economía, el trabajo aparece como un factor de producción “natural”, siempre disponible, ignorando su origen cultural y su construcción a partir de las inversiones sociales en educación, formación técnica y profesional. Comparar la no utilización del trabajo –la desocupación– en el mismo nivel epistemológico que la no utilización de otros factores naturales de producción, como, por ejemplo, la tierra, es una fuerte definición moral: restringe el carácter humano del trabajo y niega, por principio, todo derecho del trabajador.

Esta profunda incomprensión de la evolución cultural entendida como la relación de los hombres y el mundo lleva, por caso, a poner como ejemplo de “bien libre” al aire, desconociendo los efectos de la contaminación de la atmósfera, las diferentes posibi-

es la obtención de ganancias, con total despreocupación de las condiciones sociales que esa búsqueda genera. En otra oportunidad pensaremos críticamente cómo esta definición termina siendo gravosa para el desarrollo de proyectos económicos alternativos, dónde la obtención de ganancias queda así estigmatizada.

⁶ “Es el pensamiento económico hegemónico que nos dice que no somos libres como sociedad para elegir el sistema económico que queremos. La hegemonía económica nos dice que no somos libres de interferir en el sistema que tenemos porque la economía tiene sus propias leyes, ecuaciones, equilibrios, y no debemos interferirlos sino respetar ‘las leyes de la economía’. Esta visión hegemónica de la economía pretende situarla en un campo regido por leyes prácticamente naturales, similares a las que rigen la física o la astronomía. Lo real es que aun la economía liberal no puede funcionar sin un Estado fuerte”. José Luis Coraggio.

⁷ “La famosísima ‘unidad del hombre con la naturaleza’ se dio siempre en la industria”. Carlos Marx, *La ideología alemana*, Capítulo 1. 1845.

lidades de acceso a aire de calidad mínima que está disponible para distintos grupos humanos, e ignorando el creciente nivel de inversión que requeriría la existencia de aire de buena calidad en todo el planeta. El desconocimiento del carácter cultural de la naturaleza parece más propio del hombre primitivo que de los hijos de la modernidad⁷.

La fantasía profunda de que una naturaleza te-leológicamente dispuesta se presenta ante el hombre para que éste la explote debería llegar a su fin, no tanto para difundir la noción de escasez –lamentablemente tan bien conocida por la inmensa mayoría de las personas que en el pasado y el presente habitan la tierra, aun sin haber estudiado economía– sino para llamar la atención sobre la posibilidad de que un sistema irracional de producción de bienes, justificado en el carácter supuestamente egoísta del hombre, nos lleve a catástrofes inimaginables.

Una ciencia económica que ha perdido la conciencia de su carácter moral, como el de toda ciencia social, deja un inmenso vacío en la capacidad racional del hombre de controlar su futuro y establecer sus prioridades respecto a la vida que merece ser vivida. Los complejos modelos matemáticos que hoy se manejan en esa ciencia no parecen tener relación con la posibilidad de los hombres de vivir mejor y, en los últimos cuarenta años, esta disciplina ha superado a las predicciones meteorológicas en cuanto a pronósticos no cumplidos.

Claro que el problema que tenemos por delante no ha sido originado ni por los economistas ni por esa disciplina y, por el contrario, aquéllos y ésta tendrán seguramente mucho que aportar a una mejor generación y distribución de los bienes producidos por el trabajo humano en el futuro. Solo llama la atención cómo se puede sostener la producción de contenidos absolutamente disociados de los resultados que esos contenidos permiten obtener. La situación resulta insos-

tenible, como si asumiéramos una disciplina médica impávida ante la muerte reiterada de los pacientes que siguen sus indicaciones.

Pero iniciar una discusión moral sobre las maneras de creación de valor y sus repercusiones en la vida humana no se puede seguir postergando. La pobreza, aunque antigua, no es en principio inevitable. El nuevo fenómeno de la falta de trabajo para todos no es un cometa que se va a estrellar inevitablemente contra el planeta Tierra; es el resultado de un cambio en la manera en que la humanidad produce bienes y servicios.

Lo que parece estar en el fondo de esta crisis de comprensión es la idea naturalizada sobre las ventajas de la propiedad privada y la libertad de mercado. Esta última comienza a recibir ciertas restricciones, producto del aumento de la inequidad que supone esa supuesta libertad donde compiten “pesos pesados” con “pesos plumas”. La tesis de que el “peso pluma” se irá fortaleciendo mientras recibe el castigo del “peso pesado” no se ha visto confirmada aún. Es más, parece que este último se encuentra cada vez más maltrecho.

En un mundo globalizado, el agente “racional” que supone el mercado ya no podría estar circunscrito a decisiones que maximicen sus intereses en cuanto productor o consumidor; esta responsabilidad debería extenderse por lo menos en dos direcciones: una, la comprensión racional de lo que sus decisiones implican para otros seres humanos, y dos, las consecuencias que sus acciones “racionales” tienen para la viabilidad del planeta que, no está mal recordarlo, es nuestra única casa.

No parece posible sumar todas esas responsabilidades en la decisión de ofrecer o comprar por parte de personas y organizaciones. El Estado, como espacio privilegiado de lo público, debería facilitar la instalación y el respeto de los intereses sociales por en-

cima de los premios y castigos que el mercado otorga, sobre todo si reparamos en que los premiados son pocos, los castigados muchos y, salvo alguna excepción que confirma la regla, son siempre los mismos.

Los supuestos derechos que se estructuran alrededor de la propiedad privada mantienen aún cierto halo de “derecho inalienable”. Eso resulta curioso por varias razones. En primer lugar, en América Latina los títulos que pueden exhibir los propietarios son inmensamente precarios. Salvo el derecho de los pueblos originarios, si se quisiera tomar la conquista como origen de ese derecho, pocos de esos títulos pueden remontarse a la época colonial. La mayoría se construyeron durante el siglo XX sobre la base del despojo a los descendientes de esas sociedades originarias o de criollos empobrecidos, la destrucción de registros catastrales y la connivencia con el mandatario de turno.

A su vez, esta santidad atribuida a la propiedad privada permite conductas definitivamente antisociales. “Yo pago la leche y si quiero la tiro a la zanja”, dicho por un industrial lácteo. O: “Es mi frutilla y si me conviene le paso con el tractor por encima” dicho por un gran productor frutillero. Estas son expresiones que reflejan, en el límite, la incompatibilidad de ese tipo de concepción sobre la propiedad privada y la vida comunitaria. El reconocimiento de que toda propiedad es social, en tanto el derecho que la constituye solo se sostiene socialmente, deberá permitir el surgimiento de otra idea de “bien” relacionada con las consecuencias de la forma en que se usa la propiedad y el bienestar social que la manera de producir bienes y servicios genera para toda la comunidad.

O sea, que la “economía natural” es la menos natural de todas. Se basa en unos derechos de propiedad que se construyeron a través de los siglos mediante el saqueo de los más poderosos sobre los más desprotegidos. Los griegos obtenían fuertes tributos de sus posesiones⁸, los romanos de sus dominios, los

⁸ En Lesbos se sitúa el nacimiento del amor entre las mujeres y de ahí proviene el nombre de “lesbiana”. Eso no obedeció a una especial concentración de mujeres homosexuales en ese lugar sino a la aniquilación de los varones de la isla ante su negativa a pagar tributo a Atenas. Safo es otro ejemplo de que el ser humano produce belleza aun en las situaciones más extremas.

colonizadores europeos saqueaban a sus colonias de América, Asia y África; EEUU. a Irak y su petróleo, los capitalistas de la Argentina al pueblo al que hicieron cargo de su deuda privada estatizándola...; es muy larga la lista como para ignorarla.

Lamaré a esta “economía natural” economía de mercado y economía alternativa a las prácticas que caen bajo la denominación de “economía social”. Exagerando sus rasgos diferentes, la primera tendría como uno de sus principios rectores la competencia, la segunda la colaboración; la primera haría centro en la rentabilidad del capital mientras que la segunda en la rentabilidad del trabajo. Luego veremos que en el caso de las economías alternativas estas fronteras no son tan claras pero, al menos en principio, ésa sería su orientación.

Los nuevos pasos de la danza de la lluvia son cuatro y tienen nombre: se llaman asociatividad, desarrollo local, reagrarización y reindustrialización. Con esfuerzo y convicción usted irá aprendiendo. Tiene costos: los egresados de terciarios y tecnicaturas en economía social lo pueden demostrar, pero... ¿quién les quita lo bailado?

La asociación y la cooperación: ¿para todos o para los marginados?

Los sentimientos humanos de cooperación, fraternidad y ayuda mutua parecen aconsejables solo para los que quedaron fuera del modelo. Más allá de las declaraciones, loables por otra parte, de que la “economía social” no consiste en una economía para pobres, lo que no se comprende es cómo esto sea posible, en la medida que los puestos de trabajo de calidad solo existan en la economía formal. En sociedades duales, siempre el espíritu queda del lado de los pobres —así enaltecidos—, mientras que la riqueza material queda del otro lado —así escarnecido—. El problema del *Ariel*

de Rodó es que la historia no resultó como se preveía. Y como sabemos bien los argentinos: ¡qué lindo que es no ser campeones morales!

Una vez saqueado el capital de verdad queda el “capital social”. Éste estaría expresando la capacidad de coordinar acciones, llegar a acuerdos, construir nuevos espacios sociales, pero sin tocar lo que ya tiene dueño. El bailarín debe ir sorteando todos esos obstáculos. La tierra es un medio de trabajo que ya tiene dueño; por lo tanto, a saltar con gracia y ni tocarla. El dinero lo mismo, está bien guardadito en los bancos, nada de estrategias de boqueteros⁹: se termina en la cárcel. La tecnología, ni hablar: le caen encima con la ley de patentes y ahí nomás se acabó la danza. Semillas, ni se le ocurra, hay que exhibir factura de compra y no se puede reproducir por cuenta propia. En fin, nada de lo que usted ve, sabe o toca puede utilizarse en este baile. Justamente, la habilidad del danzante de la lluvia consiste en hacer llover sin utilizar más que las contorsiones de su cuerpo.

En el mundo actual, ese cuerpo cada vez más despreciado en el mundo del trabajo –no se puede comparar un robot con un cuerpo humano en orden a su productividad, queda a la vista– también se utiliza directamente para conseguir ingresos. Así lo certifican los soldados profesionales, la venta de órganos para trasplante y el turismo sexual. Ese cuerpo divino, el que no se puede matar, el que no se puede abortar, el que no se puede tocar, ese es el último recurso para los danzantes menos afortunados.

Es casi una estrategia de sobrevivencia el que esos cuerpos se junten, esas almas se unan, esas mentes se coordinen. Claro, siempre que no sea para reclamar aumento de salarios, trabajo decente o respeto a los derechos. Esa posibilidad asociativa depende, en parte, del bailarín. Pero, en parte, también de la música que toca el mercado.

⁹ Denominación que se da en Argentina a las bandas de asaltantes de Bancos que utilizan la técnica de realizar túneles de acceso al Banco en cuestión y robarlo sin producir enfrentamientos con las fuerzas que lo custodian. Por razones bien comprensibles este tipo de acciones cuentan con la simpatía popular.

Un ejemplo: en los últimos años en el norte argentino se han fortalecido muchas cooperativas y asociaciones de agricultores familiares que producen caña de azúcar. Eso se debió a un sensible aumento en el precio del producto y a la decisión del Estado de incorporar alcohol a las naftas. Muchas de esas mismas cooperativas fracasaron cuando las condiciones del mercado no favorecían la actividad, y cuando eso vuelva a ocurrir las personas irán abandonando las organizaciones, no porque no hayan aprendido el paso, sino porque ya no hay escenario donde lucirlo.

En especial en contextos urbanos, muchos de estos espacios asociativos constituyen lugares de paso para personas con serios problemas de trabajo. Apenas aparece una oportunidad en el mercado formal o informal de trabajo, muchos de los participantes de emprendimientos asociativos toman esas nuevas opciones. ¿Es que es tan frágil la voluntad humana?, ¿tan débil la comprensión de la necesidad de estar agrupados? Para nada, todos comprendemos muy bien lo que está en juego, pero necesitamos vivir. ¿Usted no lo necesita?

A su vez, estas iniciativas asociativas, cuando consiguen producir y vender algunos productos y servicios en un mercado determinado, comienzan la carrera por sostenerse y mejorar sus ingresos. Y adivine qué deben hacer: intensificar el trabajo, incorporar tecnología, lograr ventajas competitivas respecto de otros pobres.

La posibilidad de las personas de colaborar entre sí probablemente constituye uno de los pilares de cualquier modelo superador de sociabilización humana. Pero si restamos de la esfera de la colaboración a todos aquellos que revisten en situación de privilegio, ésta parece transformarse en una estrategia para entretener pobres.

No puede haber ningún modelo de economía so-

¹⁰ Como indica nuestro ya conocido Coraggio, “la economía real está fuertemente asociada a la capacidad política de una sociedad. La política, en una sociedad democrática, es la vía para evitar un proceso de concentración ilimitada de la riqueza”.

cial que no parta de la socialización de la riqueza y eso, lo sabíamos, depende de la política y no de la economía¹⁰. Pensar que en el contexto de prácticas dominantes que fomentan la depredación de los recursos naturales y humanos existe algo así como un modelo económico alternativo, no solo es poco serio; habría que pensar que hasta puede ser malintencionado.

La economía alternativa y el desarrollo local

Se plantea, con razón, que estos proyectos económicos alternativos solo podrán ser viables en la medida que se inscriban dentro de una estrategia de “desarrollo local”. Nos referimos con esta denominación a las ideas que imaginan que en este nivel, el local, se podrían resolver algunas de las articulaciones necesarias entre macro y microeconomía, e incorporar a distintos grupos sociales desde sus propias identidades, respetando así sus preferencias y construyendo un futuro deseado.

La posibilidad de planificar a nivel local, donde supuestamente la oportunidad de superar las diferencias entre actores diversos sería mayor, permitiría dotar a las comunidades de perfiles productivos adecuados que garantizarían su inserción en el mercado y, así, las condiciones para la reproducción de la vida. Detrás de estas ideas hay una potencialidad difícil de sobreestimar. De hecho, su desarrollo consecuente lleva a un nuevo enfoque del trabajo, posiblemente vinculado a la resolución de algunos de los problemas que aquí tratamos.

Pero en las condiciones en que se desarrollan nuestras sociedades estas intenciones pueden, fácilmente, transformarse en argumentos “científicos” para liberar de responsabilidades tanto al Estado como expresión de lo público¹¹, como a los beneficiarios privados de la actual estructura económica, depositando una vez más exclusivamente en la espalda de los pobres la responsabilidad por su desarrollo.

¹¹ No nos referimos aquí a que el gobierno promueva una ley o una exención impositiva que favorezca estas iniciativas comunitarias, o a que un juez produzca un fallo favorable a los trabajadores. Pensamos la responsabilidad del Estado como encargado de garantizar el desarrollo con equidad en tanto representante de lo público. ¿Cómo conciliar la imagen del Estado representando lo público con la realidad del Estado como representante de intereses de clases y grupos hegemónicos? Como anticipo solo diremos que esos grupos que controlan el Estado pueden imponer sus políticas en tanto las presentan como de interés público.

El desarrollo local tiene dos caras. Por un lado representa una oportunidad para realizar un ejercicio de ciudadanía y de soberanía, que permite a los afectados por la crisis social una instancia de participación más cercana donde influir en las decisiones sobre su futuro. Pero observando el camino que recorrieron estas ideas en la Argentina, uno duda si está frente a un intento de mayor participación ciudadana o si simplemente se trata de decirle a la sociedad: arréglense como puedan.

El desarrollo local así entendido parte de aceptar que la riqueza, la tecnología y la ciencia han quedado definitivamente acaparadas por los poderosos. Su lugar de existencia sería el mercado capitalista. Lo “nuevo” consistiría en reproducir una “economía con las sobras”, con aquello que la voracidad del capital no ha engullido aún.

Pero aun esta alternativa tiene obturada su vía de sostenimiento a futuro. La escasa práctica de desarrollos alternativos que han ocurrido durante estos años muestra que, apenas se han revelado como rentables, han sido capturados por la mecánica del “libre mercado”, vaciados de sus objetivos originales y transformados en actividades sometidas a la superexplotación del trabajo con el aniquilamiento respectivo de los puestos de trabajo generados. No tiene que ver con la maldad humana, solo es expresión de la incompatibilidad de una lógica de todos contra todos y una lógica de todos para todos.

Claro que la demanda no consiste en que un Estado centralizado se encargue en soledad de planificar el desarrollo. La idea de desarrollo local, si algo tiene de potente, consiste justamente en imaginar que muchísimas personas puedan participar de la discusión de los destinos comunes. Implica, por lo menos, el enriquecimiento del ejercicio de una ciudadanía que para la experiencia de la mayoría de las personas solo consiste en votar.

¹²En todo caso, es comprensible que una dictadura militar haya instalado un modelo de este tipo, intentando eliminar toda oposición por parte de la sociedad. Es menos comprensible cómo el mismo modelo se ha podido sostener durante veinte años de democracia. Era impensable sostenerlo sin represión después de la huida de un presidente por los techos de la casa de gobierno. Hoy parece haberse abierto en varias sociedades latinoamericanas una discusión sobre cómo debería ser un modelo social sostenible. Estas líneas pretenden ser un aporte en esa discusión.

Solo alertamos sobre la falta de consistencia que tienen los planteos que esperan que el desarrollo local produzca efectos de manera independiente al modelo de país que sepamos construir. Es indispensable que la sociedad se comprometa con el desarrollo del trabajo, pero es una falacia que eso pueda suceder si no se modifica la asignación de recursos establecida¹².

Otro intento por generar más trabajo consiste en la denominada re-agrarización de algunas comunidades tradicionalmente agrícolas, algo así como una vuelta a un pasado mítico donde “todo estaba bien”, o al menos mejor. Esta idea de volver a economías agrarias que produzcan para el autoconsumo y cuenten con un excedente para comercializar en algún mercado regional muchas veces choca con los deseos de las propias personas de esas comunidades pero, principalmente, deben responder a realidades que se han modificado sustancialmente. Así, mientras el relato de los abuelos se refiere a pequeños grupos que muchas veces no excedían a algunas decenas o cientos de habitantes, hoy esas comunidades cuentan con varios miles de personas, jóvenes que deben emigrar por falta de posibilidades de sostener su vida en esos lugares, adultos que oscilan entre el empleo público y la poca demanda de mano de obra en las actividades productivas de la zona. Paralelamente al crecimiento de esa población, la mayoría de las veces los medios de trabajo se han concentrado en el mismo período. Mayor inversión y tecnificación, menor cantidad de puestos de trabajo, mayor población: una mezcla realmente explosiva.

El otro mito es el de la reindustrialización. Habría un pasado donde todos podían fabricar y vender, que se habría abandonado por razones de comodidad o “pérdida” de la cultura del trabajo. Se trataría, entonces, de volver a incentivar ese afán productivo acercando tecnologías posibles para las inversiones destinadas a esos proyectos. Se elude el estudio dete-

nido de esa sociedad “de oferta” y las condiciones en que pasó a ser una sociedad “de demanda”. A su vez, ignora la actividad desarrollada por los grandes grupos industriales justamente para atender, de ser posible, las demandas de todos los sectores sociales.

Esto no niega la posibilidad y la conveniencia de incentivar mercados locales y regionales, protegerlos con legislación específica, favorecer las ventajas competitivas de la agricultura familiar y la pequeña industria. Lo que se alerta es contra la idea mágica de que esas acciones, que efectivamente en algunos contextos alivian la situación de los más postergados, constituyan un nuevo modelo con la posibilidad de modificar la actual impronta civilizatoria.

El modelo social basado en el trabajo para el capital se quiebra y no hay uno nuevo. Y uno nuevo no es cualquiera, no es uno viejo pintado de nuevo. No es autoempleo si falta empleo, no es un mercado de pobres si los pobres no tienen acceso al mercado. Es un cambio en la organización política y productiva de la sociedad.

¿Economía alternativa o “economía para pobres”?

Los proyectos de la “economía social” son impulsados, en la mayoría de los casos, desde las políticas sociales. Como decíamos años atrás, las políticas sociales son la Cruz Roja de las políticas gubernamentales. Mientras la guerra se libra en los ministerios de Economía, Finanzas y Obras Públicas –y allí hay presupuestos para comprar tanques, aviones y municiones pesadas–, los empleados del desarrollo social son enviados al campo de batalla con una libreta y un lápiz. En la libreta deben anotar a los sobrevivientes y, de acuerdo al estado de cada uno, prescribirle la medicina que necesita: al que perdió el brazo, un Seguro de Capacitación y Empleo; al que nunca logró un trabajo en blanco, un Jóvenes por Más y Mejor Trabajo;

el que esté dado vuelta por la droga, un Programa Vida, y así de seguido.

El carácter de “política social” que acompaña a estos proyectos, lejos de hacerlos viables, por lo general contribuye a su fragilidad, los deja fuera de los circuitos económicos sustentables y, apenas finaliza el subsidio o las condiciones especiales en las que nacieron, dejan de existir y con ellos los precarios puestos de trabajo tan dificultosamente generados.

Se agrega a estas dificultades un detalle que no es menor: los funcionarios y técnicos que alientan y asesoran estos emprendimientos tienen un sistema personal de ingresos que es independiente de la suerte del emprendimiento. Esto permite que puedan existir simultáneamente programas y funcionarios exitosos que desarrollan acciones –algunas que insumen grandes sumas de dinero– sin que las mismas signifiquen una mejora en la condición de trabajo de las personas a las que están destinadas. Aquí sí se aplica la canción de Serrat: “Bienaventurados los que dan consejos...”¹³.

¹³ “... porque serán sabios a costa de los errores ajenos”.

Finalmente, cuando una actividad alcanza su punto de equilibrio y puede ser reproducida en condiciones de mercado, en general otros agentes económicos no motivados socialmente comienzan a participar competitivamente de ese mercado. El modelo de explotación del trabajo vigente les permite alcanzar rápidamente ventajas comparativas, arruinan los proyectos comunitarios y reinician el ciclo económico bajo la modalidad de bajar costos reduciendo la inversión en trabajo humano.

Acá tampoco estamos libres de las modas. Mientras en los años 90 parecía que las iniciativas comunitarias iban a sostenerse si sus miembros aprendían a calcular costos, llevar la contabilidad y tener un plan de comercialización, ahora parece que van a ser exitosas si justamente ignoran todas esas cuestiones y solo privilegian la construcción de vínculos.

Pero posiblemente el principal elemento a considerar para impulsar iniciativas que no sean “actividades de pobres” sea la atención puesta en la calidad del trabajo generado.

Un matrimonio mayor que, con gran esfuerzo, contrató trabajos de remodelación de su casa, al ver la baja calidad de las refacciones realizadas reclamó a las personas encargadas. La respuesta los dejó estupefactos: “para lo que estaba, bastante bien ha quedado”.

La calidad de los trabajos generados en el contexto de iniciativas comunitarias parece responder a la misma lógica de pensamiento. Si la persona está desempleada y la posibilidad de obtener medios de vida se encuentra comprometida, cualquier tipo de inserción laboral será, por definición, “bastante buena”, como le habían contestado a los apenados propietarios.

Un puesto de trabajo se puede medir de diversas maneras. Para nuestro análisis, será suficiente reparar en algunos puntos fácilmente registrables, como las horas trabajadas, la remuneración percibida –tipo, monto y regularidad¹⁴– y la protección legal de la relación de trabajo. Estas informaciones, y el conocimiento del mercado de trabajo, nos permitirá reflexionar sobre el principal peligro que enfrentan estos proyectos: el de estar aniquilando puestos de trabajo en lugar de crearlos, o el estar sustituyendo puestos de mayor calidad por otros más precarios.

La remuneración del trabajo es siempre un aspecto clave para diferenciar “economía social” de economía de pobres. La comparación con la remuneración de puestos equivalentes en el mercado formal e informal de trabajo nos dará una pista confiable en este sentido.

Los organismos técnicos encargados de respaldar estos proyectos económicos alternativos tienen especial dificultad en comprender el carácter de la remuneración que en los mismos obtienen los trabaja-

¹⁴ Tipo de remuneración: en dinero, especies o derechos. Monto: valor en dinero de lo percibido. Regularidad: variabilidad de monto y período de percepción.

dores. Se confunde habitualmente remuneración del trabajo con obtención de ganancias. Así, muchos de los integrantes de estos proyectos quedan a expensas de los resultados obtenidos: si éstos no son buenos, mala suerte. Como nos dijo un estudiante de un terciario de Economía Social: “El resultado es aleatorio, lo importante es que te guste lo que hacés”. Extraña manera de encarar la desalienación del trabajo haciendo que... ¡el trabajo ya no provea medios de vida!

En los últimos diez años hemos interactuado en contextos de capacitación, asesoramiento e implementación, con algunos cientos de personas en proyectos orientados a estas variantes económicas alternativas. Podríamos decir que más del 90% de estas personas consideran la remuneración del trabajo, en los contextos aludidos, como un costo variable. Lo cual está lejos de indicar una dificultad de comprensión de los implicados; demostración suficiente de ello es que comprenden perfectamente y sin errores el resto de los conceptos referidos al análisis de costos. Y cuando algo “todos lo entienden mal”, más no sea por economía de pensamiento, es muy útil permitir el crecimiento de la sospecha: quizás todos estén entendiendo bien.

Efectivamente, la realidad de muchos de estos emprendimientos es que el trabajo humano es la variable de ajuste, y ésta es la principal fortaleza del proyecto. No ha faltado quien creyó descubrir en esta penosa realidad que, al ser los trabajadores de estas iniciativas sus propios dueños —una especie de proto-capitalistas—, en verdad lo que perciben no es remuneración por el trabajo sino retiros personales de ganancias.

Vamos a compartir un caso por demás ejemplificador: un grupo de trabajadores desocupados se asocian para ofrecer servicios de reparaciones de viviendas. Reúnen en el grupo las principales destrezas necesarias para tal fin, abarcando los gremios más requeridos en ese tipo de trabajo: construcción, gasis-

tas, electricistas, pintores. El grupo tiene acceso a conceptos básicos de comercialización de servicios, lo que lo lleva a realizar su oferta en mercados de capacidad adquisitiva acordes. Finalmente, al definir la manera de circulación de su producto, establecen como “diferenciador” de la competencia el siguiente: “el cliente pone el precio”. Así, ante las demandas de trabajo, sus presupuestos constan de gastos en materiales y el cliente debe agregar lo que esté dispuesto a pagar por ese trabajo¹⁵.

Este grupo tiene una razonable capacidad asociativa y una información media sobre economía solidaria y cooperativismo, o sea, no es una suma de personas desinformadas¹⁶. Lo llamativo no es que la dinámica de proyectos de este tipo exacerbe la competencia entre trabajadores, eso ha existido siempre. Lo realmente extraño es que sean presentados como un modelo superador de la economía capitalista.

Cuando participan organismos especializados la cosa no es mucho mejor. Analizando distintos emprendimientos que cuentan con importante apoyo técnico del Estado y de ONGs especializadas, nos encontramos con que, por lo general, no hay datos sobre la remuneración a percibir por los trabajadores. Años de trabajo de técnicos en elaboración del producto, en comercialización y en desarrollo cooperativo no registraron la necesidad de contemplar este tipo de costos fijos. Nuestra perplejidad fue superada por la perplejidad con que esos técnicos escucharon nuestras observaciones, tan fuera de la lógica de esos proyectos: son pobres, ganarán lo que ganen, eso no es algo a calcular¹⁷.

De esta manera, la comparación entre la protección legal del trabajo en estas iniciativas y las existentes en el mercado formal es un capítulo obligado en la reflexión sobre la calidad del nuevo puesto de trabajo generado. Entre otras, el acceso a servicios sociales para todos los trabajadores del proyecto, la previsión

¹⁵ Imagine usted la situación en la que queda el trabajador independiente que durante años ha peleado por percibir una remuneración digna por su trabajo, ante la competencia de este nuevo grupo de trabajadores.

¹⁶ Lo que son es un grupo de personas necesitadas, con toda la autoridad que tiene la necesidad en la vida. Y el proyecto no es en sí mismo inviable, todo lo contrario: ajustando algunos temas como la amortización de herramientas y reservas por imprevistos, puede sostenerse en el tiempo. Cada vez que realizan un trabajo, se repartirán lo que el cliente haya considerado adecuado pagar, de acuerdo a algún criterio también factible, como calificación de los miembros del grupo y horas trabajadas.

¹⁷ Las variables más simples que se pueden aplicar a la remuneración del trabajo se refieren a la regularidad y modalidad de su percepción. éstas dan lugar a cuatro alternativas, resumidas en el siguiente cuadro:

	Percibida aleatoriamente	Percibida regularmente
Remuneración variable	Muy incierta	Variable
Remuneración fija	Incierta	Previsible

La previsibilidad del ingreso del trabajador es un aspecto difícil de sobreestimar a la hora de evaluar la calidad de un puesto de trabajo.

¹⁸ El “trabajo capitalista” también ha incorporado las reivindicaciones de los trabajadores y los reclamos sociales. La salida del “trabajo capitalista” no nos debería hacer retroceder en esos logros.

¹⁹ Esto sí que está bien: solo en sueños se pueden resolver los problemas más graves que afectan a nuestra sociedad. Quizás en su vuelo el Chamán también soñaba con un mundo mejor. Como dice el chiste popular: “Hay un mundo mejor, pero es carísimo”.

²⁰ El programa se llamaba Recursos Humanos, iba de lunes a viernes a las 19 horas por canal 13 y lo conducía el popular Néstor Ibarra. Reseña Adriana Bruno en el diario *Clarín* del 17-4-2002: “El esquema es bastante básico. Primero se presenta a la empresa o comercio que ofrece el trabajo. Para el debut, fue un supermercado de Ramos Mejía y el puesto en juego era el de repositor y cajero. Luego se muestra a los dos participantes y, en distintos bloques, se los va presentando mediante el relato propio y el de sus familias. En el medio se les hacen preguntas —con el sistema de múltiple choice— tendientes a averiguar hasta qué punto están capacitados para ese trabajo y también son sometidos a un test grafológico público. Mientras tanto, ya desde el primer corte publicitario, el público va votando cuál de los dos es más merecedor de ese trabajo. ¿En base a qué vota el televidente? Por simpatía, porque le gustó más una cara que la otra, porque lo conmovió más el testimonio de la mamá de uno que el de la tía del otro, o porque le pareció que uno era más pobre que el otro. Cualquiera de estos motivos puede ser válido, y cualquiera puede determinar quién se queda con el tesoro, o sea, con el trabajo”.

para la vejez, los seguros de riesgo de la actividad, el estatus de los empleados si los hubiera y otros¹⁸.

Se ha hecho famoso por estos años un formato televisivo llamado *Bailando por un sueño*. El sueño es mitigar alguna de las calamidades sociales diseminadas a lo largo y lo ancho de nuestras geografías, las desgracias compiten entre sí a través del esfuerzo de los farandulescos bailarines. Salas precarias de atención médica, casas de atención a la niñez en lugares postergados, comedores comunitarios y fundaciones que atienden discapacitados se disputan el honor de ser los más desamparados y la causa más bella al mismo tiempo. El premio para la pareja ganadora es el dinero para cumplir ese “sueño”¹⁹.

Hace pocos años, otro programa de competencia televisiva ofrecía como premio la obtención de un trabajo decente²⁰. Se presentaban candidatos desocupados, mostraban sus habilidades y actitudes, y el que ganaba a través del voto del televidente era contratado por una de las empresas auspiciantes del programa. Era otro tipo de baile, un antecedente de la danza de la lluvia. Quizás por eso *Quién quiere ser millonario*²¹ termina con un trepidante baile en los andenes de la estación de Bombay.

El riesgo en las actuales condiciones es que se refuerce el otro sentido que tiene la expresión “economía social” sobre el que alertábamos al principio de este capítulo. ¿Cuál es ese otro sentido? Ese otro sentido es entender, no en el discurso pero sí en las acciones prácticas, a la “economía social” como economía de pobres. Sin afectar el poder simbólico y real del capital concentrado, pretender desarrollar una economía diferenciada es hablar de economía de pobres.

Como decíamos del desarrollo local, también hay una poesía de la “economía social”: los emprendimientos comunitarios, las fábricas recuperadas, la construcción de un nuevo sujeto del trabajo, el desa-

rrollo de nuevos modelos de asociatividad. Y nadie podría negar lo deseable de esos valores. Pero también hay una prosa de los mismos procesos, donde la mayoría de las personas que participan de ellos viven de manera mucho más precaria que los trabajadores de la economía formal y generan un producto o servicio de mucha menos calidad que aquélla. La “economía social” así entendida se transforma en un lugar de paso donde las personas obtienen algún ingreso mientras no consiguen algo mejor. Claro, comparado con no tener ningún trabajo es un paso adelante. Pero justamente esa es la concepción heredada de los años 90 y que, probablemente sin decodificar, se repite en algunos de los planteos que insisten en la “economía social” como modelo alternativo.

Es valioso que las personas, en una sociedad donde la riqueza se ha concentrado de la manera antedicha, busquen resquicios donde poder obtener algún medio de vida, aunque éste sea precario. Pero otra cosa es hacer teoría de esa realidad y justificar, de ese modo, la naturalidad de la existencia de una economía de dos pisos: la del mercado que ya se ha apropiado del 99% de los recursos y la denominada “social” que, con el 1% sobrante, debe proveer medios de vida para amplios grupos marginados.

Los seres humanos somos, en el sentido técnico, depredadores. Para subsistir necesitamos destruir y asimilar recursos de nuestro medio ambiente. Mientras no podamos crear con nuestra mente una energía que alimente el metabolismo de nuestras células, esa es nuestra suerte. Cada constelación humana a través de la historia puede ser analizada, también, como un sistema para garantizar la destrucción y la asimilación de lo otro necesario para sobrevivir. De los sistemas conocidos hay dos que sobresalen por su grado de crueldad: el canibalismo y el capitalismo. El español es un gran idioma, suenan casi igual. La crueldad de estos sistemas consiste en que el otro humano es nada

²¹ El título original de esta película fue *Slumdog Millionaire* y está basada en la novela de Vikas Swarup, *Q & A*.

más que un recurso para la sobrevivencia. Un recurso alimenticio en el canibalismo, un “recurso humano” en el capitalismo.

Quizás hasta era más disimulado el canibalismo, el otro destruido era el derrotado, el de otro grupo. Ahora hacemos convivir a los derrotados en la misma sociedad y después nos escandalizamos de que falte seguridad. No hagamos de la denominada “economía social” una economía de derrotados.

“En el barrio del Retiro hubo un mercado de esclavos...”²² o, como actualizara el padre de la cibernética, “recordemos que la máquina automática es justo el equivalente económico del trabajo con esclavos. Cualquier forma de trabajo que compita con él deberá aceptar las consecuencias económicas del trabajo de esclavos”²³.

Qué lío, ¿no?

²² *Milonga de marfil negro*, Jorge Luis Borges

²³ Norbert Weiner, *The Human Use of Human Beings: Cybernetics and Human Beings*. Citado por Rifkin.

El mercado de trabajo y la destrucción de la cultura del trabajo¹

Hace más de una década que todos los discursos sobre el tema del trabajo apelan a la necesidad de recuperar la cultura del trabajo. La pregunta que es legítimo hacer es: ¿de qué hablan los que hablan de que hay que recuperar la cultura del trabajo?, ¿qué creen que se ha perdido?, ¿cómo imaginan que se la puede volver a encontrar?, ¿a qué llaman trabajo?, ¿a qué llaman cultura?

Vamos a empezar por el final: entenderemos por cultura el conjunto de recursos que una época, sociedad o comunidad tiene disponibles para enfrentar y resolver diversos problemas planteados por la reproducción de la vida. Es una definición muy amplia, impugnable en algunos aspectos –¿cuál no?–, pero creemos que nos va a permitir pensar con coherencia el tema de la cultura del trabajo.

La segunda serie de preguntas, si las primeras pudieran ser decididas, se orientarían a pensar: ¿cómo se pierde la cultura?, ¿es una decisión de las personas?, ¿es el resultado de cambios sociales profundos que hacen innecesarios los recursos culturales contruidos? Por ejemplo, hoy pocas personas podrían hacer arrancar a manija un auto con motor de explosión. ¿Qué es la manija? Ay, Dios, cuánta gente joven hay en el mundo: la manija era una varilla de acero de sección redonda, con forma de taladro manual y un trinquete en su punta. Ese trinquete se enganchaba en una pieza conectada con el cigüeñal que sobresalía del block del motor y permitía hacer girar los pistones hasta que la ignición se producía y el motor arrancaba. Claro que la rejilla delantera del auto tenía especialmente previsto un agujero que permitía alinear manija y cigüeñal. ¿Por qué hoy no se arrancan a ma-

¹ Este capítulo incluye ideas expresadas en el artículo *¿Se ha perdido la cultura del trabajo? o cómo confundir las causas con las consecuencias*. Pauselli, 2005, inspirado en una investigación realizada en la Provincia de Tucumán sobre la inclusión de jóvenes en el mercado de trabajo que incluyó, desde personas que toman decisiones sobre esos temas en las empresas y el Estado, hasta las propias personas para las que el acceso al trabajo es problemático. Mi agradecimiento a todos los tucumanos y tucumanas que nos recibieron en sus casas privadas o institucionales y se emocionaron hablando del trabajo. Sin conocernos y sin tener nada que esperar de nosotros, nos abrieron sus puertas, compartieron su mate, y nos permitieron salir de allí un poco menos ignorantes sobre los temas que nos ocupan y con nuestra cultura del trabajo enriquecida.

nija los autos? ¿Porque la gente dejó de practicarlo o porque los automóviles dejaron de fabricarse con ese dispositivo?

Algo parecido se puede estar diciendo sobre la sociedad y el trabajo, pero la metáfora sería algo inexacta. El auto que arrancaba a manija era la sociedad de pleno empleo, si ella no regresa no hay manija que valga. Lo que sería más aproximado es imaginar a una persona con la manija en la mano, dando vueltas alrededor del auto, sin encontrar el agujero. Porque el agujero... ya no es el agujero.

Trabajo y pobreza

Existe en los últimos años una discrepancia notoria entre los índices de desocupación y la creencia social al respecto; independientemente del nivel de esos índices². Mayoritariamente se cree que la desocupación es mucho mayor que la que aparece reflejada en las mediciones estadísticas.

² En la Argentina ocurre este fenómeno en los últimos veinte años, período donde los índices variaron de manera amplia.

Esta situación puede estar alentada por la existencia de comunidades donde efectivamente la desocupación es, como nos dijeran algunos de nuestros entrevistados, “del 50 %”. Esto es posible ya que los índices toman algunos conglomerados urbanos donde la situación difiere bastante de los pequeños poblados que siembran la geografía de la patria.

Pero, a su vez, las personas toman nota de la manera en que se releva esta información y creen que, por ejemplo, sumar como ocupado a alguien “que vende una bolsita de dulces regionales por día” no está bien, ya que esa persona “con eso no puede vivir”. O que la persona que trabajó un día la semana anterior tampoco sea considerada como desocupada.

Aquí no subyace una discusión técnica sobre cómo debe medirse el desempleo, aquí lo que se expresa es una diversa definición del trabajo: nuestros

interlocutores, en este caso, definen trabajo como una actividad que le permite a la persona vivir, categoría transformable, sin mucha posibilidad de error, a obtener recursos culturalmente considerados mínimos para existir con alguna dignidad.

En esta articulación y contraposición de sentidos se juega la relación entre trabajo y pobreza. Se ha comprobado en los últimos años la posibilidad práctica de coexistencia entre trabajo y pobreza, y el aumento de la pobreza incluso sin aumento de la tasa de desempleo. A diferencia de las sociedades de pleno empleo de la postguerra, donde tener trabajo era justamente lo contrario a ser pobre, o donde salir de la pobreza estaba directamente relacionado con obtener un trabajo, en la actualidad la práctica social del trabajo no siempre garantiza condiciones de vida mínimamente dignas.

Si volvemos a la definición anterior comprenderemos que la precariedad laboral hace que situaciones que se toman como trabajo no sean consideradas así por la sociedad; o los trabajos reales cumplen tan poco el requisito de “permitir vivir” que no son identificados como tales.

La adaptabilidad a esas prácticas sociales reñidas con lo que históricamente ha sido el trabajo establece ventajas ocasionales para distintas franjas de la población. En algunos casos los jóvenes tienen ventaja a la hora de incorporarse al mercado de trabajo ya que son demandados para empleos de alta intensidad, de baja calificación y baja remuneración. Consultas efectuadas con oficinas de Recursos Humanos y empresas dedicadas al empleo temporario así lo confirman. La preferencia por estos trabajadores parece estar vinculada a sus posibilidades de resistencia física, por un lado, y a su escasa experiencia en materia asociativa y sindical, y, en general, al desconocimiento de sus propios derechos. Esto no quita que se requiera, para trabajos de baja calificación, a personas

con secundaria completa, estableciendo así barreras artificiales –y por lo tanto discriminatorias– de acceso al trabajo para los menos afortunados en su recorrido escolar.

En otras franjas del mercado tienen algunas ventajas las mujeres. Se aprecia su mayor flexibilidad a la hora de acordar jornadas irregulares de trabajo, se cree que son más manipulables y, en especial, se valora la posibilidad de pagarle menos que a un hombre por la misma tarea. En gran parte de las prácticas informales de trabajo se recurre al trabajo de niños como recurso habitual y aun se rodea de belleza este hecho: “está aprendiendo a trabajar y además come”, dicen personas en las que se ha adormecido hace tiempo el reflejo cultural de protección a la infancia, más no sea que como instinto de permanencia de la especie.

A su vez, aparece connotado negativamente el deseo de las personas por acceder a un trabajo “tradicional”. Esta es una de las clásicas inversiones entre efecto y causa que hemos encontrado frecuentemente. Se identifica el deseo de acceder a un empleo como una de las causas de que esa persona esté desocupada. La lógica de esta inversión parece expresar: “Si en vez de querer un puesto de trabajo que no existe para él creara su propio puesto de trabajo o se aviniera a las ofertas reales que hay en el mercado, no sería un desocupado. Por lo tanto, su avidez por acceder a un empleo es una de las causas de la desocupación”. Lo llamativo es que, revisando nuestras notas, casi el cien por cien de las personas que expresan esta idea tienen un empleo, ya sea en el sector privado o público.

Resulta un poco difícil sostener a la vez la necesidad de recuperar la cultura del trabajo y condenar el deseo de las personas de acceder a un empleo. Como nos dijera uno de nuestros informantes, “queremos trabajo de verdad, con aguinaldo, obra social, vacaciones”. Una vez más parece que no se trata tanto de cul-

tura del trabajo, sino de a qué llamamos trabajo. La totalidad de las personas con las que hemos trabajado en estos años, especialmente los integrantes de organizaciones de desocupados, expresan una firme voluntad de trabajo. Aun jóvenes que prácticamente nunca han trabajado construyen el imaginario del trabajo desde el relato de sus mayores, que hablan de la época en que tenían trabajo, como imaginamos que hablaría Adán del paraíso luego de haber sido expulsado³.

Los jóvenes y el trabajo

En el caso de los jóvenes se acentúa la cantinela de que hay que recuperar la cultura del trabajo. “No han visto a sus padres trabajar”, dicen los instruidos, y concluyen con sabiduría que lo que no se ha visto no se puede hacer. Esto inaugura un mundo en verdad notable, donde, por ejemplo, todo el que no haya visto a sus padres tener sexo morirá virgen, el que no haya visto a su madre drogarse jamás consumirá sustancias y el que no haya visto a su padre jugar al fútbol mirará con ojos estúpidos a la gente saltar cuando Argentina sale campeón del mundo⁴.

En verdad, la falta de trabajo afecta tanto la obtención de medios de vida como el desarrollo cultural de las jóvenes generaciones. El no tener “nada que hacer” es uno de los castigos más crueles que puede sufrir una persona en su etapa de incorporación a la sociedad adulta. Se acrecienta por esta realidad la percepción de “prescindibilidad social”, y no se acierta a construir estructuras de valores compartidas con aquellos a los que la sociedad no tiene en cuenta. En muchos casos, el único aglutinante social que se mantiene operable es la comunidad de consumo y, ante la falta de recursos propios para volcar al mismo, las personas deben generar otras alternativas de ingresos no vinculadas al trabajo, constituyendo complejas formas de integración social.

³ Nos ha conmovido en uno de nuestros trabajos ver a una docena de jóvenes escuchando a una mujer contar cómo era la época en que ella era obrera textil, antes de que la empresa se vendiera, incorporara tecnología y redujera sustancialmente a su personal. El relato incluía cómo viajaban en el micro que las llevaba al trabajo, cómo era el trato con los jefes, cómo se festejaba el día del textil “donde todos era iguales, los jefes y los operarios”. Era difícil evitar la emoción al ver la cara de esos jóvenes, pendientes del relato, probablemente imaginando qué felices hubieran podido ser viviendo en esa época que había ocurrido... diez años antes.

⁴ A su vez, esta simplificación grosera de la relación del joven con la cultura desconoce un mundo cotidiano donde la influencia de la familia en sentido amplio es solo uno de los estímulos formativos que éstos reciben. Por ejemplo, la preocupación de la violencia que se asocia con la pobreza pasa por alto el contenido de violencia permanente que se exhibe en los noticieros televisivos y en especial a través de las películas norteamericanas aptas para todo público, donde nadie trabaja y casi todos matan, especialmente los buenos. Eso sí, no se ve ni una teta –de mujer, claro, porque la de hombre está permitida–... ya entendí, el problema es la leche. O se preguntan “¿qué estará haciendo el nene en Internet?” mientras los adultos se divierten y excitan cuando un conductor de televisión pellizca nalgas de mujeres o dice chistes soeces.

⁵ “Algunos de estos ‘jóvenes’ –tal vez todos– viven un sueño loco: integrarse en una sociedad geográficamente contigua, pero inaccesible a sus biografías. Muchos de ellos, muchos más de los que se cree, desean hacer realidad ese sueño tanto más irreal cuanto más concreto: conseguir trabajo. ¡El trabajo es para ellos lo que el Grial para los caballeros! [...] Sin embargo, se tiende a considerar que no se los prepara lo suficiente –o de manera directa– para ingresar en empresas que no los quieren. [...] Los jóvenes de esos barrios parecen presentir que la educación es impartida por personas engañadas. No se enseña la sórdida aspereza de los guetos miserables de los Estados Unidos, el hacinamiento de las villas miseria de Manila, las favelas de Río y tantas otras. Se pasa por alto esa geografía. Se desconoce la lista infernal de los famélicos de África, Sudamérica y otras regiones, así como la desgracia sufrida por un ser consciente que no estaba fabricado para convertirse en un miserable, una víctima, aunque ese fuera su destino. [...] ¿De qué sirve darle a los jóvenes los medios para adquirir conciencia de su situación, sufrirla más que antes y criticarla si ahora la aceptan tan tranquilos? Es mejor atraparlos más, hundirlos más que nunca en su condición de ‘buscadores de empleo’, ocupación que los mantendrá tranquilos y juiciosos por mucho tiempo.” Viviane Forrester.

⁶ Sube la señora al colectivo y viendo que todos los asientos están ocupados dice en voz alta: “Ya no quedan caballeros”, a lo que uno de los sentados le responde: “No, señora, lo que no quedan son asientos”.

A su vez, los jóvenes de las franjas sociales más afectadas por la falta de empleo⁵, enfrentan retos adicionales como permanecer en el sistema educativo y mantenerse dentro de sus propias familias, muchas veces en vías de desintegración por la carencia de trabajo de los adultos que la componen. En algunos casos no logran completar la escolaridad por las demandas del trabajo familiar y en otras por la limitación de recursos ocasionada por la falta de trabajo. Ya no es suficiente ser alfabeto para incorporarse al mercado de trabajo.

Las limitaciones para acceder al trabajo que enfrenta esta franja etaria se superponen también con el pico de actividad reproductiva. Pero la función reproductiva que se comienza a ejercer en esta etapa de la vida no genera solo demandas de carácter sanitario. Es especialmente importante la afirmación de los roles paternal y maternal, y la imposibilidad de acceso al trabajo implica un severo daño a la construcción cultural necesaria para ese fin. Así, a la desprotección de la madre y el niño, se suma la imposibilidad del padre de concurrir con eficacia a sostener a su propia prole. Como dijera uno de nuestros entrevistados, “si no le puede dar de comer, ¿qué autoridad va a tener para decirle algo?”

Los jóvenes ven agravada su situación: entre ser expulsado del paraíso y no haber ingresado nunca hay una diferencia sustancial. En el límite, se dice “vamos a hacer un trabajo” cuando en realidad se sale a robar. Hasta en estas actividades marginales se expresa la cultura del trabajo.

En términos generales, según nuestra experiencia, no existe tal problema como la inserción de los jóvenes en el mundo del trabajo; el problema real es la escasez de trabajos decentes para los jóvenes⁶. A los trabajos decentes los jóvenes no tienen ninguna dificultad en acceder, compiten por ellos. Los que no logran esos puestos también resultan en general igual-

mente exitosos en el acceso a trabajos más precarios, de corta duración y nulas oportunidades de carrera.

El problema real que existe ante la escasa oferta de trabajo del “que permite vivir” es que esta inserción es parte importante del proceso de socialización de los jóvenes en el mundo adulto, y de cómo se resuelva esa incorporación dependen muchos aspectos de la vida de nuestra sociedad futura. Una sociedad que ofrece a sus jóvenes precariedad e incertidumbre sobre el futuro de su vida poco puede esperar de sí misma. Más tenebroso aún es hacerlos responsables de esa situación.

Las limitaciones para la inclusión productiva de las nuevas generaciones afectan a distintos niveles socioeconómicos, no es una realidad exclusiva de la población más postergada social o económicamente. El joven que abandonó la escuela a temprana edad y quedó atrapado en el sistema de trabajo-no trabajo de los ciclos agrícolas o en trabajos descalificados en la ciudad, es el caso más penoso. Pero también deambulan buscando una ocupación digna los egresados de la enseñanza media o el egresado de la universidad. Ellos también tienen pocas opciones de incorporación a trabajos estables y dignos.

Parece ser que los factores que facilitan o limitan el acceso al mercado de trabajo son de orden general. No existe un mercado demandante de trabajo humano y jóvenes con dificultades de acceder al mismo. Por el contrario, existe un modelo cuyo desarrollo exitoso incluye la reducción permanente de la mano de obra y de su costo⁷.

Tampoco existen adultos que conocen el valor del trabajo y jóvenes displicentes que lo ignoran. Al contrario, cuando existen demandas específicas para jóvenes éstos hacen colapsar los mail de las seleccionadoras y abarrotan los pasillos de las direcciones de los avisos. A fines del año 2004 la Policía de Tucumán

⁷ “A propósito del trabajo, es común lamentar que se le quite a uno lo que se da a otro. O regocijarse que le den a uno lo que le quitan a otro. Leemos, por ejemplo, que se espera alcanzar el objetivo de que dos de cada tres contratados nuevos sean jóvenes. Esto expresa una muy buena voluntad, pero significa que dos de cada tres desocupados mayores no hallarán empleo. Lo mismo sucede cuando hay quien se regocija al ver disminuir el porcentaje de desocupados de larga data; en este caso los jóvenes habrán obtenido incluso menos empleos que lo que hacía temer el aumento de la desocupación”. Nuestra ya conocida Viviane Forrester.

hizo un llamado para contratar 1000 Agentes de Patrulla en San Miguel de Tucumán. Los requisitos eran ser menor de 25 años y tener el secundario completo. Se presentaron 10.000 jóvenes. En el mes de febrero de 2005 se presentaron 700 jóvenes para 60 vacantes de la Escuela de Cadetes de la misma institución. En el mes de marzo se realizó una nueva convocatoria para contratar 800 Agentes de Patrulla, esta vez para el interior de la Provincia: se presentaron 12.000 candidatos. Como dijera una de las personas responsables de la selección, “es imposible que exista tal vocación policial en ninguna sociedad del mundo”. Efectivamente, lo que esos jóvenes buscaban era una oportunidad de trabajo remunerado legalmente.

Lo que probablemente los jóvenes expresan con mayor crudeza es la pérdida de tracción del paradigma que ubica a la educación y al trabajo como vehículos de ascenso social. Pero eso no sería tanto una limitación sino más bien una virtud: sociedades cuyos jóvenes no aceptan las hipocresías cotidianas y llaman a las cosas por su nombre son sociedades con esperanza.

Es posible que esa serie de dificultades que enfrentan los jóvenes al momento de acceder al mercado de trabajo haga pensar que no poseen cultura de trabajo. Invitamos a los que así piensan a que se tomen tiempo para hablar con los jóvenes. La cultura del trabajo no depende exclusivamente de la experiencia del trabajo, así como la cultura en general no se adquiere viviendo personalmente todos los eventos que están en la base de su existencia. La cultura del trabajo pre-existe a los hábitos del trabajo y, según nuestra experiencia, en verdad es la que permite su formación.

Trabajo y derechos

¿En qué consiste el derecho a trabajar? Cuando una persona no “encuentra” trabajo, ¿a quién debe dirigirse? Las dificultades para responder a estas pregun-

tas son de dos órdenes: la primera, el término trabajo, como hemos visto, designa distintos tipos de prácticas sociales, desde el empleado en blanco de una firma multinacional hasta el trabajador precarizado o, en ocasiones, esclavizado en un circuito de dependencia ya no solo económica sino personal.

Esta no es una pequeña dificultad. “Buscaba trabajo, yo le ofrecí pero no quiso”. El trabajo ofrecido quedaba a una gran distancia de la vivienda del trabajador; la remuneración, una vez deducido el costo de viaje, era irrisoria; la asistencia a ese precario trabajo le impediría seguir buscando una oportunidad más razonable. El trabajo ofrecido tampoco era estable, no se sabía cuánto iba a durar. Pero, esa persona, ¿sigue sin poder ejercer su derecho al trabajo?, ¿qué tipo de oferta cumple ese derecho?

Otro ejemplo: si se prohibieran por inhumanos todos los trabajos que afectan la salud, ¿cuántas nuevas personas quedarían sin poder ejercer su derecho al trabajo? Pero, desde otro punto de vista, ¿qué pensamos de la persona que rechaza un trabajo porque es riesgoso para la salud?, ¿la seguimos considerando como alguien que no puede ejercer su derecho al trabajo o como el exigente que tuvo una oportunidad y la desperdició?

Como verán, la dificultad de a qué llamar “un trabajo” no es menor. Pero se agrega un segundo inconveniente: el derecho al trabajo no está instituido, solo declarado. Cualquier persona, independientemente de su condición, sabe que si está enferma debe concurrir a un hospital. Y nadie desconoce que para aprender a leer y escribir se va a la escuela, ni siquiera los analfabetos. A eso llamamos que un derecho esté instituido. La existencia de esas instituciones permite organizar el esfuerzo comunitario para que el hospital cuente con los medios adecuados y para que el acceso a la escuela sea real, y así de seguido.

Esa constitución de derecho, que hoy resulta tan natural, no ha existido desde la creación de los tiempos. Ha sido una construcción humana que, siguiendo ciertas ideas, conceptualizaron necesidades y elevaron valores que se consideraron relevantes para la vida. Esos conceptos y valores permitieron a las sociedades conquistar esos derechos.

La novedad que implica la desaparición del trabajo como un bien universalmente disponible —este proceso se ha desplegado en gran escala recién en las últimas décadas— aún no ha permitido constituir esta necesidad en el terreno del concepto. Tampoco se ha instalado la estructura de valores acorde para resolverla. En su lugar se apela a conjuros fantásticos, reflejos de un mundo construido pero ya desaparecido, y cuyas expresiones más sinceras no resisten ninguna indagación medianamente seria sobre lo que está ocurriendo en el mundo del trabajo.

Es más, hay una activa resistencia social a constituir el derecho al trabajo. Una de sus expresiones es el sentimiento de muchas personas de estar contribuyendo con “sus” impuestos a “mantener a esos vagos” que no quieren trabajar. Por otro lado, la asociación de delincuencia y desocupación es creciente, sin darse por avisados de la profunda responsabilidad institucional que está en la base de la inseguridad personal⁸. Finalmente, el que tiene un buen trabajo se siente un elegido y el que tiene un trabajo precario se siente un esforzado: la tautología implícita dice que nadie que trabaje es un desocupado⁹.

La diferencia con el hospital o la escuela no consiste tanto en la existencia del tipo de institución, sino en la convicción de que la enfermedad o la falta de conocimientos no es “culpa” de las personas¹⁰. Por el contrario, las dificultades de acceso al trabajo sí revisten en esa categoría: es una responsabilidad personal que nada tiene que ver con las condiciones sociales imperantes.

⁸ Dicho sea de paso, los bajos salarios de las fuerzas de seguridad hacen más difícil aún dismantelar las mafias en su interior.

⁹ Benditos juicios sintéticos a priori, ¡por qué no existirán!

¹⁰ Bueno, esto no es absoluto. Muchos han considerado al SIDA como la consecuencia de conductas sexuales irresponsables y, para muchos grupos religiosos, reprobables. La derecha política cree firmemente que la educación de las personas no es una responsabilidad pública y que las familias deben costear la educación privada de sus hijos y de ellos mismos.

Las organizaciones que agrupan a personas desocupadas, las redes de emprendimientos solidarios, la creación de proyectos cooperativos, son otras tantas formas de comenzar a ejercitar, a ensayar, una idea de derecho al trabajo. Pero en verdad no constituyen ese derecho, de la misma manera que un comedor comunitario no constituye el derecho de las personas a tener seguridad alimentaria. Este es el límite de la metáfora del hospital y de la escuela: el trabajador desocupado no es ni un enfermo ni un ignorante; es un ciudadano que no tiene trabajo.

Probablemente el ejercicio del derecho al trabajo no se pueda alcanzar a la vez en todas las dimensiones sociales del trabajo. Parece más accesible garantizar el derecho al ingreso económico que el trabajo incluye. Los aspectos relacionados con la identidad y el reconocimiento social son de más compleja resolución, aunque no imposibles.

La cultura del trabajo

Finalmente, se deberán decodificar fenómenos que ocurren en el mercado de trabajo y que generan atribuciones causales totalmente contradictorias. El caso más frecuente se refiere a las dificultades que enfrentan las demandas de trabajo fallidas realizadas por empresas. Hay empresarios que ofrecen trabajo y sienten que es muy difícil convencer a las personas de que se incorporen al mismo. De ahí a la conclusión de que “la gente no quiere trabajar” no hay mucha distancia. Consultoras en selección de personal nos relatan casos frecuentes en que el postulante desiste del puesto antes de ir a la entrevista en la empresa o a los pocos días de haberse incorporado¹¹.

Mientras tanto, las mismas personas convocadas sienten que no hay reales oportunidades de trabajo. Desean trabajar, y el hecho de que ya no lo bus-

¹¹ Una de las preguntas efectuadas en el marco de nuestros trabajos es: “¿Cuál es, en su opinión, la principal o las principales causas de la desocupación?” Muchas de las respuestas hacen referencia a la falta de educación de las personas, a que no dominan un oficio o a que prefieren recibir un subsidio del Estado. Bien mirado, éstas podrían ser respuestas pertinentes a la pregunta: “¿Cuáles son las principales consecuencias de la falta prolongada de trabajo?”

quen tan activamente tiene más que ver con reiterados fracasos en esa búsqueda que a la falta de deseo de estar incorporado a una actividad laboral. Lo que se ofrece en el mercado a veces no alcanza a compensar los gastos de traslado, o la ropa que hay que usar para poder desempeñarse en el mismo. En ocasiones, simplemente el trabajo cultural de la persona vale más que el precio ofrecido en el mercado de trabajo.

¿Cómo pueden ocurrir estos dos fenómenos a la vez? En verdad, se trata de que estos empresarios o consultoras en recursos humanos llaman trabajo a una cosa, y las personas desocupadas o con trabajos precarios llaman trabajo a otra. Mientras que para los primeros el trabajo es una actividad temporaria y asociada a necesidades puntuales de la empresa o el Estado, para los segundos constituye una actividad permanente y asociada a necesidades vitales de su existencia humana. Como nos dijeran en muchas oportunidades: “Queremos trabajo de verdad”.

Nosotros, para ayudarnos en la interpretación de estos fenómenos –aparentemente contradictorios–, diferenciamos entre dos categorías: Mercado de trabajo, y Mundo del trabajo.

Por Mercado de trabajo entendemos el conjunto de ofertas y demandas de trabajo –ya sea por / para terceros o por cuenta propia–, y los contratos reales –formales o de hecho– que se realizan entre empresas, trabajadores, cuentapropistas y familias.

Con la expresión Mundo del trabajo nos referimos al Mercado de trabajo más el conjunto de representaciones que las personas y los grupos sociales tienen sobre el trabajo como actividad social y económica del ser humano, incluida una ética del trabajo.

La perplejidad que produce la situación de demandas de trabajo no satisfechas efectuadas por las empresas contra un fondo de elevado desempleo está reflejando, en nuestra opinión, que los paradigmas del

Mercado de trabajo son divergentes de los paradigmas del Mundo del trabajo.

De alguna manera el primero está organizado sobre las formas civilizatorias actuales, que en muchos aspectos se hallan desfasadas de los mandatos culturales siempre más profundos y perdurables que las modalidades impuestas de organización económica. Y en América Latina, sobre todo, pensar en la victoria de la civilización sobre la cultura es estar poco informado.

La cultura del trabajo parece estar profundamente arraigada en nuestros pueblos. Desde el esfuerzo para producir el maíz y la papa por parte de las comunidades originarias, hasta el sincretismo que se produjo con la vieja España y la nueva Europa, la incorporación de la industria moderna y el desarrollo de economías regionales, han surgido inmensos recursos creados a partir del trabajo.

Los que dicen que hay que recuperar la “cultura del trabajo” debieran mejor ocuparse de generar las condiciones para que haya trabajo, pero respetando lo que se considera culturalmente como trabajo. Si no, es solo un juego equívoco. Es llamar trabajo a unas actividades precarias, inestables, imprevisibles, donde las personas consumen su tiempo y energías sin obtener a cambio los medios de vida necesarios. Y si las personas no quieren someterse a esas “nuevas” condiciones que no proveen los medios culturalmente necesarios para la reproducción de la vida, se los acusa de que han perdido la cultura del trabajo.

Cuando las empresas eliminan trabajadores por tecnología o cambios en las condiciones del mercado, las personas deben ser emprendedoras; cuando el mercado permite valorizar el capital incorporando trabajo humano adicional, entonces deben recuperar la cultura del trabajo. ¿Qué loco, no?

La cultura del trabajo pertenece al Mundo del

trabajo y no se la puede definir desde el Mercado de trabajo. Éste puede ofrecer alternativas más cercanas o más alejadas a la cultura del trabajo, pero no la define: la cultura del trabajo es preexistente, se ha formado a través de siglos y violentarla de la manera en que lo hace el actual Mercado de trabajo es, justamente, un intento de destruir la cultura del trabajo.

Lo que está ocurriendo en realidad es que esa violencia –que se lleva a cabo en el marco de procesos profundamente inequitativos– intenta acabar con la cultura del trabajo. La cultura del trabajo contiene los derechos del trabajo, el respeto a la salud del trabajador, el procurar una remuneración que garantice el acceso a los bienes indispensables para la reproducción de la vida humana, la existencia del descanso diario, semanal y anual, la garantía de que trabajando responsablemente se tendrá una vida digna. Eso es cultura del trabajo. Cada nueva “flexibilización laboral” ha sido una puñalada por la espalda a la cultura del trabajo.

Recuperar la cultura del trabajo pasa, entonces, por reducir la inequidad en el desarrollo, impedir la existencia de mafias que violan sistemáticamente las leyes que protegen a las personas y a los recursos naturales necesarios para el trabajo, y establecer políticas de Estado que permitan desarrollar estrategias eficaces para la inclusión de las personas en el Mercado de trabajo.

Identificar a un desocupado que hace años no logra incorporarse a un puesto de trabajo decente y, en el proceso de destrucción de su dignidad, termina aferrándose a un miserable subsidio estatal llamado Plan al que imagina más perdurable que cualquier changa que pueda ocasionalmente conseguir; identificar, decimos, a este trabajador desocupado con alguien que ha perdido la cultura del trabajo, es un ejercicio poco digno. Justamente porque ese trabajador desocupado está expresando la cultura del trabajo, frente a un mercado que no lo demanda como trabajador.

La demanda de recuperar una cultura del trabajo supuestamente perdida es especialmente llamativa cuando proviene de dirigentes políticos. Además de la ignorancia o mala intención que refleja la idea de que “la gente no trabaja porque no quiere”, es justamente la clase política la que está identificada por la sociedad argentina como la que –llegada al cargo– rápidamente se enriquece no justamente con actividades vinculadas al trabajo. Y la demanda de que la gente tiene que recuperar la cultura del trabajo es sencillamente lamentable cuando proviene de representantes de organizaciones de trabajadores desocupados que califican de esa manera a sus propios representados, mientras ellos “trabajan” de dirigentes, muchos en despachos oficiales.

“Ya nos quitaron el trabajo, ahora nos quieren quitar los planes” nos dice una apenada mujer de quince años de industria y diez de desocupada. La idea de que quitar los planes hace nuevamente disponible esa mano de obra, está expresando la posibilidad hipotética de destruir la cultura del trabajo para imponer las condiciones exigidas por el Mercado de trabajo. Personas a las que se les quite todo medio de vida estarían así dispuestas a abandonar su cultura¹².

¹²Es el viejo truco, ¿no? La rendición por hambre.

Claro que eso no es un destino. El cuestionamiento a este tipo de lógicas es creciente y en el propio Mercado de trabajo se hace dificultoso sostener prácticas consistentes con este modelo depredador del trabajo humano. Se inutilizan poderosas herramientas para estimular el rendimiento como son la motivación, la obtención de ventajas mutuas y la búsqueda mancomunada de beneficios.

Los modelos anti-culturales de trabajo exacerbaban la falta de compromiso con la tarea, el despilfarro de recursos, crean dificultades crecientes para alcanzar calidad y excelencia en los productos y servicios. Los propios estamentos gerenciales se ven sometidos a un inmenso stress ante la demanda de acciones permanentes para sostenerse en el propio puesto de trabajo.

La vida de un puesto de trabajo está en relación inversa a la capacidad y el compromiso de los trabajadores, sean éstos de mayor o menor calificación. La demanda de ahorrar tiempo y recursos, de innovar en dirección a la maximización de la ganancia empresarial, hace que los grupos más activos y comprometidos en las mejoras sean los que en primer lugar hacen innecesarios más puestos de trabajo.

En tanto aumente el desgaste de los puestos de trabajo, la entrada y salida de una persona en el Mercado de trabajo se hará más frecuente. En nuestra experiencia profesional es habitual encontrar personas entre 30 y 35 años que ya han pasado por cinco o seis trabajos, siendo común que a medida que aumenta la edad los tiempos entre un trabajo y otro se hagan más prolongados.

Muchas de estas personas, la mayoría de las cuales no perciben ningún plan social, alternan “changas” por su cuenta con períodos de desempleo, y van desarrollando nuevas estrategias de supervivencia acordes a la época donde el trabajo ha dejado de ser un bien universalmente disponible. ¿Eso deteriora la cultura del trabajo en esas personas? Vamos a responder con un ejemplo.

Nuestras actividades coordinando proyectos de reinserción laboral para personas desplazadas de la industria nos permite estar en contacto habitual con diversos contingentes de desocupados. En estos proyectos, que son extensos en el tiempo, por la propia metodología utilizada se establecen vínculos profundos con las personas y de ellos nacen no pocas amistades. Uno de esos amigos llama por teléfono a casa.

Nos habíamos conocido varios años atrás, una industria lo había desplazado y esta persona en un año de crisis y dificultades –esposa sin trabajo y dos niños pequeños– definió con su familia que se iba a dedicar a la cría de perros de raza. Los inicios no fueron muy

alentadores, pero la prudente administración de la indemnización le permitió sobrevivir con ese emprendimiento no muy rentable. Un año después de iniciado el proyecto colaboramos para hacer una reingeniería del sistema de ventas y eso trajo algún alivio y mejores perspectivas de desarrollo para la actividad. Finalmente, en cuatro años, esta persona logró una posición bastante segura en el mercado de cría. Es el ejemplo de manual ¿no?

Pero suena el teléfono y este amigo dice que tiene una gran noticia para darme. Por su entusiasmo yo imagino: espera otro hijo. O habrá firmado un contrato de venta de cachorros muy ventajoso que le permite hacer unos caniles proyectados para ampliar su criadero. O se habrá recibido la mujer, que estudiaba enfermería. No, nada de eso. La noticia era: “me llamaron otra vez de la fábrica, empiezo el lunes”.

Yo me angustié terriblemente. Otra vez a la fábrica, pensé, para que lo vuelvan a dejar en la calle apenas disminuya la demanda o se incorpore una mejora tecnológica. Va a cambiar su vida construida por una vida ajena. En fin, traté de disimular –mal– esos sentimientos y mi primera pregunta fue que qué iba a hacer con el criadero. Claro que el hombre ya tenía muy bien dispuesto cómo seguir con el criadero y me agregó: “No me pasa más lo de hace cuatro años, que me quedé en el medio de la calle”. Pero eso era el crecimiento, el aprendizaje. La verdadera alegría era que lo habían vuelto a llamar de la fábrica. ¿Lucha por el reconocimiento?¹³ De todo un poco, pero, por sobre todo, cultura del trabajo.

Resumiendo, lo que deteriora la cultura del trabajo es el Mercado de trabajo. La cultura del trabajo está profundamente arraigada en la sociedad argentina, no en el sentido arcádico de una disposición innata al esfuerzo incondicional, sino basada en el respeto a la propia dignidad que encuentra en el trabajo la manera de ser un ciudadano independiente, que

¹³ Hegel, *La fenomenología del espíritu*, 1807. La autoconciencia, o conciencia humana, es el resultado del reconocimiento que el otro hace de nuestro deseo. La empresa, al despedirme, hace prevalecer su deseo y desconoce el mío; al volver a convocarme me está reconociendo. Ver de Alexandre Kojève, *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*.

come lo que quiere, sale a donde quiere y se junta con quien quiere.

“Cuando mi papá se quedó sin trabajo entró la miseria en mi casa”, nos dice una persona ya hoy de unos 35 años que solo tuvo trabajos episódicos. Claro que esa persona ya tiene su familia y sus hijos, que crecen con un panorama similar por delante. La comprensión de la relación entre la miseria y la falta de trabajo es cultura del trabajo.

“No quiero que me hagan el baño, quiero que me den trabajo y yo hago mi baño como quiero”, nos dice otra persona objeto de un programa de mejoramiento de la vivienda. La comprensión de la relación entre la dependencia personal y la falta de trabajo es cultura del trabajo.

“Que no nos den una máquina de coser a cada una para que cosamos en nuestra casa. Que nos den un lugar, todas ahí. Que se controle lo que se hace”, nos dice una persona, objeto de un programa de emprendimientos. La comprensión de la relación entre la destrucción de los vínculos sociales y la falta de trabajo es cultura del trabajo.

Un Mercado de trabajo que ofrezca oportunidades para que las personas no vivan en la miseria, desarrollen su independencia personal y reconstruyan vínculos sociales encontrará, sin duda, una fuerte cultura del trabajo donde apoyarse¹⁴.

¹⁴ Nos estamos refiriendo tanto a empleos como a actividades de economía alternativa y por cuenta propia. Así como hay empleos de alta calidad y protección, también hay emprendimientos comunitarios y trabajadores independientes cuya actividad les permite una vida culturalmente considerada digna. A su vez, muchos empleos son inmensamente precarios y muchos trabajadores por cuenta propia laboran y viven en condiciones penosas. El Mercado de trabajo parece, con excepción de una franja “privilegiada”, establecer una media en este sentido.

Algunas reflexiones ante la limitación de los puestos de trabajo

Este capítulo ha tenido algún mérito en sobrevivir ya que es tal la desproporción entre los problemas descritos y las posibilidades de mitigarlos que, muchas veces, nos hemos acobardado ante la hoja en blanco. Sobre todo porque la posibilidad de construir otra historia no es un problema teórico sino práctico, en el sentido de producción y de creación de nuevas realidades por parte de las sociedades humanas. En todo caso, la teoría es una de las prácticas disponibles.

Pero quizás no ha sido esa la causa principal que le obturó durante mucho tiempo su inclusión en este libro: la razón de más peso ha sido el temor a que se interprete como una necesidad de proponer “soluciones”. Hay una literatura sobre el tema del trabajo –y en verdad sobre muchos otros temas– que descalifica todo análisis que no proponga “soluciones”. Es una postura difícil de interpretar: podría obedecer a un mandato que diría que aquellos problemas de los que desconocemos la solución no deben ser mencionados, como el cáncer cerebral o los terremotos. O también puede obedecer al proverbio atribuido a los chinos: “Si tiene solución, para qué preocuparse; y si no tiene solución, para qué preocuparse”, o sea, ante los problemas no hay que preocuparse: hay que solucionarlos o dejarlos estar. Por suerte el inventor de la rueda no participaba de esta idea.

Finalmente, alentó la inclusión de este capítulo la confianza en que el lector sabrá cómo interpretar y qué hacer con estas opiniones. Dos indicaciones importantes que valen para todas ellas: la primera, ninguna de estas estrategias es sostenible en un contexto exclusivamente local o nacional. Compartimos la idea

¹ “Negarse a la globalización, pretender sustraerse a ella nacionalmente, conduce infaliblemente a capitular frente a esta globalización. [...] La resistencia al capital transnacional no puede ser ella misma más que transnacional; la resistencia a los agentes de esta globalización exige, ante todo, agentes de otra globalización, guiada por una visión, una solidaridad, un proyecto de civilización planetarias”. André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Capítulo 1: *Del Estado Social al Estado de Capital*

con Gorz de que “no es contra *la* globalización que hay que luchar tratando de sustraerse a ella; es en el contexto de la globalización en curso que es preciso luchar por una globalización diferente¹”. Por ejemplo, no son sostenibles las estrategias de control horario del trabajo si no abarcan a una región y, a largo plazo, si no se mundializa una nueva definición de cuántas horas semanales de trabajo son aceptables.

La segunda indicación es que no es posible modificar las condiciones en el mundo del trabajo sin afectar la desigual y obscena apropiación de riquezas. No se trata de que todos consumamos a lo loco como los segmentos más pudientes de la sociedad humana por la sencilla razón de que eso no es posible. Un planeta, una naturaleza, una fuente de energía: no estaban muy lejos de la verdad las culturas que adoraban al sol. No se trata de imitar un “estilo de vida”, se trata de crear un estilo de vida sustentable.

Estrategias de control horario

Mi abuelo materno, inmigrante italiano en Argentina, decía de la crisis de 1930 que le tocó vivir: “A ningún obrero panadero italiano le faltó trabajo. Dividíamos los días que trabajábamos, si había muy poco trabajo tocaba dos o tres días por semana, pero no que uno trabajaba toda la semana y el otro nada”. Este es el principio simple de las estrategias de control horario de la jornada de trabajo: repartir el trabajo existente entre todos.

Está demostrado que la productividad del trabajo está en relación inversa a la cantidad de horas diarias trabajadas. Es más productivo el trabajo de una persona que cumple una jornada de seis horas de trabajo respecto al que cumple 10 horas diarias. De 9 o 10 horas diarias en adelante se achata la productividad de manera tal que la hora once o la hora doce equivale a algunos minutos de las primeras horas de la jornada. En los casos de los sistemas productivos en línea

que mantienen un ritmo uniforme, esa ineficiencia se va repartiendo a lo largo del día a través de distintos limitantes como paradas, reparaciones, accidentes o, simplemente, autorregulación de la fuerza de trabajo.

El análisis de la productividad del trabajo es la base para enfrentar la resistencia de empresas y trabajadores a las estrategias de control horario. El ideal de la empresa es tener disponible la menor cantidad posible de mano de obra por el mayor tiempo posible. El ideal del trabajador es trabajar la mayor cantidad de horas posibles para optimizar su remuneración². De esta manera se realimenta la tendencia a las extensas jornadas de trabajo que, entre otras cosas, elimina o impide la creación de nuevos puestos de trabajo.

La reducción de la jornada de trabajo es uno de los aspectos en que más se nota la necesidad de medidas conjuntas entre países de regiones económicas importantes. De otra manera, restricciones horarias de carácter nacional solo alterarían las condiciones de competencia entre unos mercados nacionales y otros. Los que eligieran estas estrategias quedarían en desventaja respecto a los que permanecieran con sistemas de jornadas de trabajo ilimitadas. Operativamente, construir estrategias de control horario requiere de modificar tres componentes: la reducción progresiva del trabajo en negro, el restablecimiento de una jornada semanal máxima y un fuerte aumento del valor de las horas extraordinarias³ que excedan esa semana.

Complementariamente, será beneficiosa toda ampliación de derechos de los trabajadores: por ejemplo, una licencia paga por nacimiento de un hijo de un año para la madre y de otro año para el padre aliviaría presiones sobre el mercado de trabajo y aportaría una inmensa cantidad de horas al cuidado de la reproducción cultural.

Como se verá, la implementación de este principio tan sencillo como repartir el trabajo existente, se

² Claro que esta demanda de los trabajadores no es “natural”, es la forma en que el trabajador ocupado puede acceder a un ingreso que le permita vivir dignamente. Históricamente, ha sido una reivindicación de los trabajadores la reducción de la jornada de trabajo. El 1º de mayo se rememora justamente a los Mártires de Chicago, asesinados por solicitar las ocho horas de trabajo diarias.

³ El precio de la hora extraordinaria se fija en la negociación atendiendo al esfuerzo adicional que hace el trabajador; así, oscila entre un 50% y un 100% más de su valor dependiendo de las condiciones de realización. Pero es necesario introducir el concepto del esfuerzo adicional que debe hacer la sociedad para sostener la posibilidad de trabajo extra que impide la creación de nuevos puestos de trabajo. Un análisis de las horas extras que se pagan en una empresa permite predecir con bastante exactitud cuál es el punto de no conveniencia de esta manera de contratación que permite abrir un nuevo puesto de trabajo y, no lo dude, con ventajas para la propia empresa. Ese nuevo precio que contemple el esfuerzo social en ningún caso debiera ser inferior al 600 % del valor de la hora normal.

orienta precisamente en dirección contraria a todas las normas de flexibilización laboral que se han implementado en las últimas décadas. Esas estrategias no solo no crearon puestos de trabajo, sino que aceleraron la destrucción de muchos puestos de trabajo que, aun en condiciones de incorporación de tecnología, tenían todavía una vida útil de muchos años.

Miremos cómo son nuestras sociedades de trabajo actuales: el que “tiene trabajo” cumple extensas y agotadoras jornadas. El que “no tiene trabajo” justamente de lo que dispone es de tiempo. Pero, ¿cómo es esto?, pregunta alarmado el trabajador ocupado, ¿debo compartir mi salario con otra persona? Estos delicados interrogantes tienen dos tipos de respuesta. La primera, que puede resultar tranquilizadora, es que el origen de los recursos para mantener los niveles de remuneración disminuyendo las horas trabajadas debe provenir, justamente, de la construcción de un mundo mucho menos desigual. Dicho en términos de mercado, de la baja de los costos patronales para transferirlos a los costos del trabajo. Dicho en términos de teoría económica, de la reducción de la plusvalía obtenida por puesto de trabajo⁴.

La segunda respuesta, quizás más movilizadora, es que compartir no es malo, sobre todo si nos va a devolver una sociedad más vivible⁵. Hoy nos cuesta más creer —ojala fuera solo una crisis momentánea de fe— en una clase obrera redentora de todos los oprimidos de la tierra; pero tampoco es imaginable una nueva sociabilidad humana basada en el egoísmo y el “sálvese quien pueda”. La apatía con que las organizaciones de trabajadores han visto reducirse sus filas y su total despreocupación por la situación de las personas desocupadas también ha colaborado en la aceleración de la eliminación de puestos de trabajo⁶.

Las personas, aun las que no son poderosas, también participan en la producción de sociedad. Esta realidad es difícil de ver, en parte porque los disposi-

⁴ Plusvalía: diferencia entre el valor de lo que produjo el trabajador y el valor de la remuneración percibida por ese trabajo.

⁵ “No puedo yo vivir bien, si los otros no viven bien también’. Es un concepto moral, pero también práctico. Es ser conscientes de que no podemos tener una buena vida en soledad, aislados de los demás, sin relaciones de afecto, sin relaciones sociales, sin sociabilidad”. Nuestro ya conocido José Luis Coraggio.

⁶ “Una complicidad estructural liga al trabajador con el capital: para ambos, la meta determinante es ‘ganar dinero’, la mayor cantidad de dinero posible. Ambos consideran al ‘crecimiento’ como un recurso indispensable de alcanzar. Ambos están sometidos al apremio inmanente del ‘siempre más’. ‘siempre más rápido’ ”. Andre Gorz en *Crisis mundial, decrecimiento y salida del capitalismo*, 2007.

tivos de dominio hacen sentir justamente que la vida depende de otros, de los que tienen, de los que pueden. Como contrapartida, muchos imaginan que son el Estado, las empresas, las universidades, las responsables de proveer una vida mejor y que, sinceramente, ellos no tienen nada que ver. Unos padres poderosos y unos hijos que pueden maldecirlos, pero que no los matan ni los comen porque después, ¿quién se hace cargo?

Días pasados escuchaba una discusión sobre la inconveniencia de la construcción de una nueva represa hidroeléctrica sobre el río Uruguay, en la frontera entre Argentina y Brasil. Muchas personas creen que puede producir alteraciones no deseables en la ecología de la región. Uno de los participantes del intercambio agregó: “Si no queremos la represa tenemos que empezar por tirar todos los aire-acondicionados de nuestras casas y oficinas que consumen elevadas cantidad de energía eléctrica”. Efectivamente, la reunión se estaba realizando en un cómodo lugar con 22 grados de temperatura mientras en el exterior la misma era de 42 grados. Su observación no fue muy popular pero resultó muy exacta: no podemos desear los resultados sin aceptar las causas.

Probablemente, una inducción para fomentar este tipo de estrategias tendrá que ver con políticas que identifiquen las prácticas económicas que son absolutamente inadecuadas para la generación de trabajo, o, de manera más universal, determinar la “riqueza de trabajo” que cada práctica económica implica. Por ejemplo, si yo reemplazo un cultivo de algodón por otro de soja estoy reduciendo los puestos de trabajo por hectárea con todos los efectos que eso crea. Eso deberá llegar a ser considerado “malo”, y si el mercado global ofrece ventajas para el segundo cultivo deberemos estar convencidos “económicamente” de que son necesarias fuertes compensaciones para remediar el “mal” que esa decisión provoca a toda la sociedad.

En el plano de la industria, las decisiones sobre procesos y tecnologías impactan directamente en la cantidad de trabajo disponible. Una “moral” del trabajo debería argumentar la evidente necesidad de compensar las mayores ganancias obtenidas por la eliminación de mano de obra con otros aportes en orden a la vida social. Por ejemplo, premiar la reducción horaria y gravar las jornadas de trabajo extensas debería revestir la misma importancia, por lo menos, que defender las ecuaciones monetarias –tan mal comprobadas, por otra parte–.

Finalmente, el uso de la propiedad en relación a la tasa de trabajo que genera debería ser un criterio tanto para su imposición tributaria como para su “respeto”. Una humanidad que pena por falta de acceso al trabajo parece tener derecho a organizar sus recursos de modo tal que todos los hombres y mujeres puedan desempeñar una actividad con sentido en el planeta que habitan y, de esa manera, obtener los medios necesarios para la reproducción de su vida.

Actualización de la definición de derechos humanos

Otra de las definiciones que impacta directamente en la creación de trabajo tiene que ver con lo que se considera el mínimo de condiciones socialmente disponibles que deben gozar los seres humanos.

La definición de qué disponibilidad de energía, que infraestructura de caminos, qué tipo de educación, qué clase de vivienda, qué calidad de agua potable y demás aspectos que hacen a la vida humana, mostrarán con claridad la distancia que aún separa a una mayoría de la humanidad de esas prestaciones mínimas.

Así como el concepto de derechos humanos en algún momento se ha concentrado –por las urgencias del caso– casi exclusivamente en el derecho a la vida, hoy nadie discutiría que también forman parte de esos

derechos las libertades políticas, el derecho a la educación, la seguridad alimentaria y otros.

Hay que acompañar la tendencia a ampliar la definición básica de derechos humanos o, en muchos casos, hacerla realidad. Si se quisieran cumplir, por ejemplo, las declaraciones de derechos de los niños en un mundo donde la principal masa de seres humanos pobres e indigentes son niños, eso obligaría a la creación de multitud de puestos permanentes de trabajo.

Pero hay ejemplos más sencillos. Para tomar casos de la Argentina: la recuperación y ampliación de los ferrocarriles como medio para que las personas puedan ejercer el derecho de trasladarse ellas y sus producciones equivale a millones de horas de trabajo repartidas en no menos de dos décadas. Grandes zonas de nuestro país no cuentan con redes de gas natural ni equivalentes de energía eléctrica: la definición de que el acceso a una fuente de energía suficiente y barata es un derecho, impulsaría obras de largo alcance.

Solo para dotar a las escuelas y a los hospitales del personal adecuado sería necesario crear miles de puestos de trabajo de alta calidad. Ese sería un enfoque de derechos humanos que no finalice con la construcción de edificios que, si no quedan vacíos, tienen una capacidad operativa lamentable. Tampoco contribuye a la generación de trabajo cubrir parcialmente esos puestos con contratos basuras, de tiempo parcial y plazo limitado, que se cobran mucho después de prestados los servicios contratados, donde las personas deben previamente pagar impuestos para poder trabajar y de esa manera liberar al empleador —la mayor parte de las veces el propio Estado— de sus obligaciones como tal.

Si se quiere agregar a las definiciones básicas de estos derechos humanos el respeto a los derechos del consumidor, muchas firmas privadas y públicas deberían ampliar sensiblemente sus planteles de aten-

ción a usuarios y cumplimiento de obligaciones post venta.

La aplicación irrestricta del derecho a un medio ambiente saludable sería otra fuente de creación de nuevos puestos de trabajo de alta calificación.

En resumen, la posibilidad de privar a gran parte de la sociedad del acceso a bienes y servicios que hoy deberían ser considerados indispensables, permite eliminar muchos puestos de trabajo y embolsar esos recursos como ganancias. Por el contrario, garantizar un estándar básico de vida es una fuente de recuperación y creación de nuevos puestos de trabajo.

Los cuidados de la vida

La vida en la era de la tecnología requiere de nuevos cuidados. Hay por lo menos dos factores que modificaron profundamente las maneras de vida conocidas anteriormente y esos cambios reclaman nuevas prácticas de parte de la sociedad humana.

La primera de esas modificaciones es la aparición del tiempo libre⁷. Ese tiempo libre aparece de manera engañosa ya que, en general, lo deseable es estar “ocupado” en extensas jornadas de trabajo para el capital, ya que eso permite la obtención de dinero para adquirir los medios necesarios para la reproducción de la vida. Pero el stock de tiempo libre se expresa con toda crudeza en la situación de los millones de desempleados que acompañan desde hace varias décadas la evolución de nuestras sociedades.

Ese cúmulo de tiempo no reclamado socialmente abre nuevos interrogantes sobre la manera de evolución probable de la vida humana. Ya sea que estrategias de control horario de la jornada de trabajo permitan a todos contar con más tiempo “libre” o que, lo más probable, durante muchos años aún se exprese esta diferencia entre personas demandadas por el Mer-

⁷ El tiempo libre, ¿está libre de qué? Está libre del trabajo. Las clases altas de todas las sociedades fueron las que lograron conquistar primero el tiempo libre de trabajo. El trabajo es esfuerzo, desgaste, sacrificio: por eso pudo ser descrito como castigo. En todas las sociedades que conocemos, un criterio de distinción entre posiciones sociales elevadas y posiciones subalternas ha sido la necesidad o no de trabajar, en especial identificada con el trabajo manual. Tener que utilizar el propio cuerpo para obtener medios de vida era una situación muy cercana a la esclavitud, aun para los ciudadanos libres de Atenas. El siervo se diferenciaba del señor en que éste se encargaba de los temas del gobierno, de la guerra o de las letras, mientras que aquél debía ocuparse de todas las labores manuales, en especial las relacionadas con la producción de alimentos. La exaltación del trabajo que acompañó el surgimiento del capitalismo también estuvo acompañada de la división entre tareas propiamente empresarias –planificación, decisiones financieras y comerciales– y proletarias. La posibilidad de que la tecnología iniciara una cultura de trabajo deseable para todos se vio obturada por el desarrollo de la sociedad de consumo.

cado de trabajo y personas no necesarias, esa masa de tiempo libre que ha aparecido en nuestras sociedades es un hecho nuevo.

Ese tiempo liberado no siempre se expresa en desempleo y pobreza. Son parte de esta nueva realidad la prolongación de los períodos formativos de los jóvenes de clases medias que pueden financiar su propio desempleo. Así, se suceden formaciones de base con especializaciones, maestrías, doctorados, becas y todo tipo de actividades que demoran el ingreso de esa persona al mercado de trabajo. Hay países que tienen políticas de estímulo a esta permanencia de las personas en los ciclos formativos como manera de aliviar la presión por ingresar al mercado de trabajo.

Otra manera de expresión de este tiempo libre es el retiro “anticipado” de trabajadores que, a una edad que se podría considerar de plena productividad, ya son desechados por el mercado de trabajo. En algunos casos estos trabajadores pueden organizar estrategias de actividad por cuenta propia que les permite mantener su estándar de vida, aunque en la mayoría de las situaciones este retiro anticipado precariza sus ingresos y, en muchos casos, los enfrenta a una situación de pobreza en poco tiempo.

Finalmente, la mayoría de la población desempleada forma parte de los barrios marginales⁸ que ocupan gran parte de nuestras ciudades, de donde salen para realizar algún trabajo ocasional. O directamente no salen ya ni hay a qué salir y el control sobre sus cuerpos y vidas los limita a esos espacios.

Un espacio paradigmático para comprender la incapacidad que tenemos para enfrentarnos a la nueva realidad del tiempo libre lo constituyen las cárceles. En ellas, miles de pobres consumen su tiempo inútilmente, o es el tiempo quien los consume inútilmente, desperdiciando así una oportunidad increíble de transformar ese espacio en la construcción de nuevos sen-

⁸ “... estos habitantes jóvenes de los barrios llamados ‘difíciles’, pero que más bien son aquellos donde vive la gente que está en grandes dificultades. [...] No obstante, el único lujo de estos jóvenes, ¿no es acaso el tiempo libre que podría permitirles, entre otras cosas, incursionar en esos mundos efervescentes? Pero no les permite nada porque están amarrados a un sistema rígido, vetusto, que les impone precisamente lo que les niega: una vida ligada al trabajo asalariado y dependiente de él. Lo que se llama una vida ‘útil’”. Viviane Forrester, *El horror económico*. ¿No leyó aún este libro? No deje de hacerlo, no tiene desperdicio.

tidos para su vida futura. En el mejor de los casos aprenden oficios para realizar actividades que, una vez liberados, nadie les demandará.

El refrán popular ya lo dice: “el ocio es el padre de todos los vicios”. No dice: el padre de todas las creaciones intelectuales, ni el padre de las obras de arte, ni el padre de la felicidad. El ocio de los ricos está rodeado de *glamour*, el ocio de los pobres debe ser eliminado de raíz. La práctica social por excelencia para eliminar este ocio indeseable fue, durante muchos siglos, el trabajo. “*Houston, we have a problem*”⁹.

⁹ “Houston, tenemos un problema”, frase paradigmática de la película *Apolo XIII*. La nave que se dirigía a la luna sufre un accidente y pierde su rumbo. Ya no puede llegar pero tampoco se sabe cómo hacerla regresar.

La segunda modificación planetaria de la vida humana estuvo dada por la incorporación de la mujer al mercado de trabajo dominado por el capital. Este avance, insoslayable para la igualdad entre los géneros, paralelamente restó millones de horas destinadas por la humanidad a la reproducción de la cultura a través del vínculo “persona a persona”. Esas funciones fueron diseminadas probablemente entre las instituciones escolares y, principalmente, los medios de comunicación masiva.

Sin embargo, la matriz de la transmisión cultural no parece haber cambiado aún; solo le dedicamos menos tiempo. Recogemos en nuestro trabajo muestras claras del papel de autoridad que ejerce la madre en contextos donde todo sistema de autoridad parece abolido. “A mí me hacen caso porque si no hablo con su madre”. “Estos no le tienen miedo a nada, ni a la policía, pero si se entera la madre, ahí están en problemas”. Esa madre no es un ser angelical, ella tampoco le tiene miedo a nada y sobrevive como sobrevivimos todos, pero hay un vínculo de respeto que aún parece central en la evolución de la especie.

Una expresión grotesca de esta realidad lo constituyen los programas de hogares sustitutos. La sociedad, preocupada por la suerte de esos cachorros de personas destruidas por la falta de trabajo, los reab-

sorbe en su seno para tratar de hacer de ellos, si no buenos ciudadanos –eso implica derechos– por lo menos elementos no tan peligrosos. Nuevos Bambis¹⁰ que, luego de haber perdido a su madre asesinada por el capital, igual logran crecer de alguna manera, claro que nunca llegan a ser jefes de la manada.

La necesidad de recuperar la transmisión cultural personalizada, como hacía la madre que no estaba incorporada al mercado de trabajo, implica la creación de multitud de puestos permanentes de trabajo. No se trata solo de puericultura ni de jardines maternos, aunque también de eso, sino de la asignación permanente de recursos –hombres y mujeres– para lograr que los nuevos integrantes de la especie puedan sentirse, efectivamente, bienvenidos.

Transformación del tiempo libre en tiempo valioso e inversión en transmisión de la cultura son, probablemente, núcleos de demanda de muchos de los puestos de trabajo que esperan en el futuro. No en la forma de promotores o técnicos de programas sociales, sino como actividad más parecida a la de los ancianos de la tribu; no estamos pensando en decir cómo sino en escuchar qué.

Un ejemplo penoso ocurrido en la reina del Plata¹¹: nuestra ciudad, con hermosas y amigables plazas públicas donde nos hamacamos por primera vez o dimos el primer beso, amaneció en un par de años con todos esos espacios enrejados. Ahora es difícil atravesarlas de día ya que hay que ubicar las pequeñas puertas que permiten entrar y salir de las mismas, e imposible hacerlo de noche donde cerraduras, cadenas y candados nos impiden transitar por esos lugares. ¿Cómo nos fueron sustraídas las plazas públicas? Eso ocurrió asustando a la población con la “inseguridad” y con el “vandalismo”. Gobiernos de distinto signo ideológico acordaron encarcelar a nuestras plazas.

Suponiendo que hubiera efectivamente un fenó-

¹⁰ Nos referimos a la lacrimosa historia infantil del cervatillo huérfano por la violencia humana. Los resultados de la violencia humana para la propia sociedad humana merecen probablemente muchas más lágrimas que la de aquella historia.

¹¹ Como dice la hermosa canción de María Elena Walsh:

*“Una vez y otra vez
cantaremos la fiel serenata.
Díganme dónde está, cómo es
Buenos Aires la reina del Plata
... Es París en el teatro Colón
y en los libros de Plaza Lavalle.
... Es el tiempo tirado en cafés
y es memoria en la Plaza Dorrego.
... Y también es morir de amor
un otoño en el Parque Lezama”.*
Vals Municipal.

¹² Actividades que, a todas luces, dan mucha más ganancia que custodiar plazas.

meno de vandalismo –y no queremos distraer a la policía que está ocupada custodiando a los traficantes de drogas y a los proxenetas¹²– la pregunta sería: ¿qué nos están diciendo esas personas que ocupan de esa manera, así sea esporádicamente, el espacio público? Ni rejas ni policía: equipos integrados por sociólogos, antropólogos, antiguos vecinos del barrio, especialistas en culturas urbanas, en resumen, equipos de seres humanos preparados para decodificar, facilitar la comunicación e integrar socialmente desde el respeto a la idiosincrasia de cada grupo.

Los cuidados de la vida, así lo llamamos a falta de un nombre mejor. No de la vida en el sentido de que los delincuentes no nos maten, de la vida en el sentido de esa experiencia única que hace comenzar el mundo cada vez que nacemos. De la vida como posibilidad de proyectarnos hacia un futuro y de saborear el agri dulce jarabe de la existencia. Es probable que los cuidados de la vida sean cada vez más imprescindibles para obtener una vida social de calidad.

¹³ Este subtítulo reproduce casi literalmente la nota *La crisis y el trabajo. Una vieja historia de mentiras aprendidas*. Pauselli, 2009

La protección del trabajo en las crisis globales y regionales¹³

Ante cada “crisis” de la economía mundial capitalista se vuelve a poner en el centro el tema del trabajo asalariado. Resulta natural que si hay síntomas de recesión el empleo disminuya ya que, si las empresas tienen menor demanda, parece razonable que achiquen sus planteles de personal.

Pero este hecho “natural” en realidad es solo el resultado nada natural de la asimetría en la relación entre el capital y el trabajo. Mientras el primero puede determinar una lógica de preservación de sus intereses, sobre el segundo recaen cíclicamente las crisis en cuya generación no tuvo ninguna responsabilidad.

Esta “lógica” claro que no es *natural*, pero en verdad tampoco es *racional*. Solo atiende a las nece-

sidades inmediatas de ciertos beneficiarios del capital, ni siquiera de todos. Vamos por partes. ¿Qué quiere decir que no es racional? Quiere decir que los despidos y suspensiones que se producen cada vez que hay alguna conmoción en los mercados apuntan a preservar la estabilidad de los cuerpos de alta gerencia aliados a los accionistas que, aun en las peores crisis de las últimas décadas, no quieren disminuir sus ganancias, pero no incluye una visión estratégica de mediano y largo plazo que defienda verdaderamente los intereses de las compañías. En el futuro habrá nuevas compañías que reemplazarán a las viejas que, merced a esta irracionalidad, quebrarán. En esas nuevas compañías encontrarán trabajo esos gerentes y en ella podrán volver a invertir los accionistas que hayan sobrevivido¹⁴.

Vamos a ejemplificar la irracionalidad de las reducciones de plantel en tiempos de crisis: en el año 2002 tuve la oportunidad de coordinar programas de reinserción laboral para el personal de una planta ubicada en el parque industrial de La Plata que, en dos etapas, despidió a 340 operarios y empleados. De la descripción de la situación del mercado hecho por la gerencia local de esa firma multinacional no parecía una idea muy feliz desprenderse de esa mano de obra calificada ya que —y nosotros lo hemos visto extensamente en estos años—, algunas de esas personas, las más versátiles, cambiarán de oficio y se moverán a actividades más estables, mientras que otras serán reabsorbidas con el paso de los meses por las otras empresas del ramo que logren recuperar mejores niveles de trabajo. Uno de los vicepresidentes de la compañía —gringo el señor—, de visita en la Argentina expresaba que ese momento era una oportunidad para nuestro país ya que la mano de obra y la materia prima estaban “más baratas que en China”, y resumía su afirmación diciendo que si el país no despegaba ahora no lo haría nunca más.

¹⁴ ...que son casi todos los poderosos y no así los pequeños ahorristas, los fondos de pensiones, inversiones de cooperativas y otras formas de ahorro social que son regularmente expropiados por el poder financiero sin que nadie mueva un dedo en defensa de la “propiedad privada”. Ah, no..., ya caigo: para este tipo de inversiones sociales, “propiedad privada” quiere decir que te privaron de la propiedad. ¡Aprendan, burros!

¹⁵ La gratificación por esa colaboración sindical aparece a veces humanizada bajo la forma de “la empresa se hará cargo por un año más de la obra social de los despedidos” que, por lo general, desplazados y deprimidos, ya no utilizarán.

A pesar de ese optimismo, por alguna razón parecía evidente que había que disminuir el plantel de más de 800 personas a menos de 500. No había “suficiente trabajo” y entonces mantener el personal era un “gasto innecesario”. Lo mismo le parecía a los sindicatos involucrados que, con el telón de fondo de una disputa de encuadramiento sindical, competían por asesorar mejor a la empresa sobre la manera más barata de despedir¹⁵.

A los seis meses de iniciado el proceso de reinsertión laboral de esas personas fuimos convocados de urgencia por la gerencia de recursos humanos de la empresa. Nos preguntaban si en un plazo breve podríamos lograr que entre 80 y 120 de los operarios cesanteados volvieran a la empresa, que atendiéramos especialmente a determinadas calificaciones y que, en lo posible, seleccionáramos a las personas que menos se habían resentido con la organización por el despido. Fin de la historia: en el año 2005 la firma cerró sus operaciones en la Argentina, no logró recuperar estándares de calidad y volumen adecuados al negocio y terminó siendo menos rentable que empresas del grupo radicadas en China y Alemania.

En términos más generales, para reflexionar sobre el aspecto irracional del despido de trabajadores habría que pensar qué participación en el mercado pierden las empresas cuando no consiguen el personal adecuado a sus necesidades. Claro que cuando esto se produce no aparece en primer plano la responsabilidad de esas mismas empresas por haber discontinuado el desarrollo profesional de su mano de obra, sino que las responsabilidades son del gobierno, de los propios trabajadores que no se capacitan o de la estructura educativa que no forma lo que yo, justo ese día, necesito.

Pero la desafectación de trabajadores tampoco es un hecho *natural*, en el sentido de necesario e inevitable. La primer pregunta que hay que formularse

es cuál es la incidencia de la mano de obra en los costos totales de la empresa. Este índice varía mucho por rama y por nivel tecnológico, pero a las personas que no trabajan en estos temas les sorprenderá saber que dichos costos por lo general oscilan entre el 1,5 y 4 % del total de los costos¹⁶. Si se discrimina la remuneración correspondiente a la alta gerencia en pocos casos superará el 2 %. O sea que cuando se suspende o se despide a grandes planteles de trabajadores lo que se está haciendo es “aprovechar la ocasión” para reposicionarse en un nivel de costos más bajo. Es en verdad una decisión estratégica, no obligada, entre muchas otras que se podrían tomar¹⁷.

El efecto cascada que estas desvinculaciones producen es formidable: paralizan gran parte del consumo interno, detienen la producción de bienes y servicios que terceros proveían a las grandes firmas, y las áreas de logística complementarias quedan casi paradas. En un país como la Argentina, donde los gobiernos han creído que la cantinela de “flexibilizar” las normas del trabajo decente era una estrategia de generación de empleo sin reparar en la dependencia que los institutos de bienestar –jubilación, servicios médicos, otros– tienen respecto al salario en blanco, toda pérdida del trabajo deviene inmediatamente en pobreza extrema y exclusión social¹⁸.

Un empresario mediano, sobreviviente de la crisis del 2001, nos explicó sencillamente su estrategia: “nosotros trabajamos con dos años de sueldos de reserva. En los primeros meses del 2002 pintamos toda la fábrica, remodelamos, hicimos el mantenimiento de equipos que son muy difíciles de parar. Cuando se reactivó la demanda teníamos nuestro plantel intacto”.

En estos días, pensando en ese relato, se nos ocurrió que legislar para defensa de la sociedad en países como el nuestro, implicaría hacer obligatoria esa cláusula para todas las empresas de más de determinada cantidad de personal. Toda empresa debería con-

¹⁶ Indica el Ingeniero Lino Ochoa, titular de *Consultora Factor, Ochoa y Asociados*, especializada en costos industriales y políticas de remuneración, que en su experiencia profesional los costos del trabajo nunca exceden el 10%, aun en industrias de baja aplicación de tecnología.

¹⁷ “Se prefieren lo despidos en masa a los retiros más pausados, que pueden costar un poco más o incluso algo menos; y eso porque provocan una subida del valor de las acciones, aunque sirva solamente para que los propios gerentes obtengan ganancias rápidas en un solo día. Asimismo, y por la misma razón, se cierran sin previo aviso factorías que pueden llegar a mantener comunidades enteras, quizás sin que se haya hecho un esfuerzo para mejorar su eficiencia”. Edward Luttwak en *Turbocapitalismo*. 1998.

¹⁸ Este es un tema complejo, ya que impacta tanto en el costo de la mano de obra como en la diferencia entre empleados en blanco, otros tipos de trabajadores y desempleados. Una manera de compensar el paso de la sociedad de pleno empleo a la sociedad actual hubiera sido reemplazar paulatinamente los institutos de bienestar dependientes del salario por servicios universales de excelencia brindados por el sector público. La salud es un ejemplo claro: hospitales de alta calidad de prestación limarían las diferencias en el acceso a la salud de las personas empleadas en blanco y el resto de la sociedad. Lo mismo se puede decir sobre la educación pública y otras prestaciones sociales. Claro que no ha sido ese el camino seguido hasta ahora. Sobre este tema, se puede consultar *La crisis*

del mercado de trabajo y los distintos enfoques sobre la solución del desempleo. Centro de Documentación en Políticas Sociales. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Documentos / 23.

¹⁹ Esto requiere de estudios específicos propios de la labor parlamentaria. Habría que determinar una línea de diferenciación en tamaño de empresas donde la cantidad de personal probablemente sea decisiva pero no el único factor. De esta manera se podrían establecer políticas diferenciadas para la micro, pequeña, mediana y grandes empresas. A su vez, también requiere de consultas especializadas la determinación de los mecanismos financieros aceptables para que esta reserva pueda, en ciertas condiciones que garanticen su liquidez, ser parte del crédito privado y/o fiscal de la empresa.

²⁰ Un papel muy parcial en esta dirección se ha intentado duplicando la indemnización que deben pagar las empresas en épocas de crisis. Estas medidas no han sido muy eficaces, en parte porque el volumen de “regímenes especiales” o contratos basura son importantes y quedan exceptuados de obligaciones indemnizatorias, pero especialmente porque, aunque el costo del recurso humano es muy bajo en el costo general de las empresas, las ganancias –a veces llamadas ‘ahorros’– que produce la eliminación de trabajo humano son mayores que las “penalizaciones” que hay que pagar por hacerlo.

tar con un fondo equivalente a dos años de la masa salarial que paga en ese momento¹⁹. Adicional, y paradójicamente, se estarían favoreciendo los intereses de esas mismas empresas. Una legislación de ese tipo protegería claramente a los más débiles en la relación de trabajo y haría imposible la elección de estrategias salvajes para mantener el nivel de ganancia²⁰. No existiría así la justificación para “gatillar” inmediatamente despidos ante una fluctuación de mercado que, dicho sea de paso, nunca se puede justipreciar en todos sus alcances. Y para adelantarnos a una objeción habitual a toda medida que proteja el trabajo: ninguna empresa se va de un país por medidas como las propuestas ya que no se está afectando la lógica del mercado que es obtener ganancias; solo se está evitando que esas ganancias sean obscenas porque, para obtener ganancias obscenas, hay que hacer cosas obscenas..., como despedir a los trabajadores que crearon esa riqueza.

Recuperación de saberes productivos

En el proceso de constitución de las sociedades de consumo fue necesario hacer retroceder los saberes productivos de las personas para, de esta manera, transformar a todos los productores en consumidores. Cada producto o servicio que las personas se proveían a sí mismos o a sus familias era una “pérdida” para la economía de mercado²¹.

Así, la quinta del abuelo que proveía de verdura a la familia pasó a ser obsoleta; la mamá que cosía para sus hijos, una muestra de la esclavitud femenina. Lo realmente moderno era tener un empleo y con el dinero percibido ir a comprar a la verdulería o a la tienda. En el mundo actual, la única manera de sostener ese modelo es la extensión de programas universales de ingresos, por ahora más teóricos que reales.

A su vez, la recuperación de capacidades de las

personas como productores en distintos aspectos necesarios para la vida, crea la posibilidad de contar con una población crecientemente apta para intentar estrategias de desarrollo de mercados locales. Políticas que intenten financiar esos desarrollos basados en la producción y el consumo local encontrarán una población en mejores condiciones de sumarse a esas estrategias²².

La modesta hipótesis que proponemos es que, si analizamos aquellas prácticas productivas que hemos perdido en el proceso de aparición de las sociedades de consumo y pleno empleo, encontraremos una serie de saberes productivos que, si hoy estuvieran disponibles, permitirían desarrollar nuevos puestos de trabajo. Las prácticas educativas pueden hacer un aporte importante en este sentido, solo hay que liberarlas del discurso engañoso de que educar para el trabajo es solo educar para producir ganancias para el capital.

Las personas necesitamos trabajar para estar incluidos en la sociedad, pero no solo a través de la remuneración dineraria; también nuestra capacidad de trabajo nos incluye en la medida que podemos proveernos de esos medios necesarios para sostener nuestra vida²³.

Para finalizar: el problema no es la tecnología; ésta podría liberar al hombre de trabajos penosos y garantizar la producción de medios de vida de manera suficiente para todos los habitantes del planeta. Tampoco proponemos volver a ser unos “robinsones” anclados en la producción de autoconsumo, entre otras cosas porque la isla en la que naufragamos ya no es nuestra –o nunca lo fue–. Los problemas que esta época plantea en orden a la inclusión social y, por extensión, a la producción de subjetividades, son complejos y su superación –no sabemos a qué costo– está en el futuro, ese reino donde todo es posible e imposible a la vez.

²¹ “La transformación del trabajador americano en alguien con plena conciencia consumidora era un cambio radical. La mayoría de los americanos seguían produciendo en su casa sus propios productos para autoconsumo. Los publicistas empleaban cualquier medio a su alcance y cualquier oportunidad para denigrar los productos ‘caseros’, promocionando los ‘comprados en la tienda’ y los ‘producidos en la fábrica’. Los jóvenes eran objeto de especial atención. Los mensajes transmitidos estaban diseñados para que se avergonzasen del uso de productos caseros. El argumento fundamental era, cada vez más, el de lo moderno frente a lo pasado de moda”. Jeremy Rifkin describe así este proceso en EEUU. en los años 20. Como vemos, nada nuevo bajo el sol, hasta eso copiamos.

²² Actualmente en la Argentina, el INTI –Instituto Nacional de Tecnología Industrial– está fomentando modelos de desarrollo basados en adecuar tecnologías para producir en el lugar lo necesario para el lugar. Desde desarrollo de energía hasta tecnología industrial a pequeña escala, esta estrategia parece por demás interesante a la hora de pensar en la recuperación de las capacidades productivas de las personas y comunidades dejadas al costado del camino por el tren rápido que va de “tecnología-a-ganancias”.

²³ El concepto de vida no se refiere a su dimensión biológica sino a su dimensión social –o humana–. La existencia biológica es un supuesto de aquélla.

La renta básica universal o el ingreso ciudadano

Ante la ineficacia que muestra el salario para distribuir la riqueza creada por la sociedad se ha propuesto con criterio la necesidad de garantizar un ingreso no vinculado al trabajo²⁴. El requisito para asignar dicho ingreso podría ser la ciudadanía o, simplemente, la existencia.

²⁴ Sobre este tema se puede consultar Daniel Raventós, 2001: *La renta básica. Por una ciudadanía más libre, más igualitaria y más fraterna*, Barcelona, Ariel; José Luis Rey, 2007: *El derecho al trabajo y el ingreso básico. ¿Cómo garantizar el derecho al trabajo?*, Madrid, Dykinson-Instituto de Derechos Humanos “Bartolomé de las Casas”; Philippe Van Parijs, 1996: *Libertad real para todos*, Barcelona, Paidós; Philippe Van Parijs y Yannick Vanderborght, 2006: *La renta básica: una medida eficaz para luchar contra la pobreza*, Barcelona, Paidós; y por supuesto al argentino Rubén Lo Vuolo con sus artículos y compilaciones en *Contra la exclusión: la propuesta del ingreso ciudadano* y *La renta básica en la agenda: objetivos y posibilidades del ingreso ciudadano*, CIEPP-Miño y Dávila Editores.

Esta propuesta tiene una lógica impecable que se deriva del siguiente principio: todos los seres humanos tienen derecho a la vida. Pero, en verdad, ese es el principio que está cuestionado en el desarrollo actual de nuestras sociedades: aquél que no encuentra la manera de rentabilizar al capital pierde, parcial o totalmente, ese derecho. En el terreno político esta lógica estará diciendo que si un Estado administra un modelo de mercado que no incluye a todos los habitantes, debe generar formas eficaces de ingreso para quienes quedan fuera de la demanda de mano de obra.

La viabilidad de este tipo de propuesta está bien fundamentada por sus impulsores: desde impuestos a las transacciones financieras hasta el cálculo de cómo ese dinero volcado a la circulación y el consumo mantiene fuentes de trabajo y tributa impuestos, no habría ninguna razón técnica que impida su ejecución.

Los que se oponen a este tipo de propuesta dicen que desestimularía el deseo de las personas por trabajar. Una parte de la población preferiría percibir este tipo de asignación antes de esforzarse por ingresar y cumplir tareas en el Mercado de trabajo. Es una situación paradójica: en un modelo social que permanentemente disminuye los puestos de trabajo se alerta contra el riesgo de que las personas no quieran ocupar esos puestos de trabajo inexistentes.

Definitivamente, en el corto plazo, los sistemas de ingresos universales constituyen la única respuesta eficaz a la “falta” de trabajo. Pero estos modelos plantean otros problemas, como el respeto al derecho de

participar en la transformación productiva del planeta y en la creación de la propia vida entendida como cultura. Pero es real que permitirían sostener un acceso a medios de vida a través del dinero sin necesidad de desarrollar prácticas productivas ya que éstas, decimos una vez más, en el contexto de economías de mercado con aplicación extendida de tecnología, estarían disponibles para solo una parte de la humanidad.

Las propuestas de ingreso ciudadano parten de aceptar lo siguiente: ya que el trabajo no puede ser distribuido, que se distribuya la riqueza producto de ese trabajo. La pregunta que es posible hacernos es si el trabajo es un derecho, no en el sentido unilateral del trabajo que se consume en la relación con el capital, sino el trabajo en sentido de práctica humana de transformación del entorno natural y social.

¿Por qué algunas personas pueden ejercer esa actividad de producción de bienes, servicios y sentidos mientras que otras no podrían hacerlo? El derecho de todas las personas a tener un ingreso es algo que está fuera de discusión; el punto es si simultáneamente no existe el derecho de dejar nuestra huella en el mundo a través del trabajo.

Algunas personas consideran que el trabajo no es una necesidad sino solo un satisfactor de la necesidad de contar con medios de subsistencia. No estamos seguros de que eso sea así. Parece que en el trabajo están relacionados aspectos de lo creativo y lo identitario en la vida humana. En todo caso, otras constelaciones humanas crearán otros modelos de relación con la naturaleza, pero mientras necesitemos producir nuestra vida no parece sencillo prescindir del trabajo como un asignador de derechos.

La complejidad aparente de la implementación de propuestas como la del ingreso universal está vinculada probablemente no tanto con el contenido en sí de lo propuesto sino con la matriz de pensamiento

²⁵ Sobre la idea de intervención social se puede consultar de Félix Bombarolo y Emilio Pauselli. *Programas Sociales, Construcción de equidad y el Paradigma de la intervención social*. Centro de Documentación de Políticas Sociales. Documento 37. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Buenos Aires, 2007.

²⁶ En algunas ocasiones esto se considera deseable ya que favorecería la independencia de las personas respecto a los favores del poderoso de turno. Pero este beneficio no puede ser un argumento para impedir la participación activa de las organizaciones de la sociedad en la relación entre el Estado y los ciudadanos como modo de enriquecer la vida social.

²⁷ La propia noción de “individuo” incluye una cantidad de significados contruidos socialmente, por otra parte nada transparentes. Sujeto, persona, ciudadano, para mencionar solo algunos de los conceptos que utilizamos para referirnos al ser humano en su condición social. Todos nos acercan a algún aspecto de la vida social y nos alejan de otros. Es probablemente en la práctica asociada de los seres humanos donde se encuentren las posibilidades de una sociabilidad superadora, sobre todo en la medida que esa práctica pueda ser cada vez más consciente.

desde la que está concebida. Ésta participa, como la totalidad de las intervenciones sociales²⁵ previstas para superar la pobreza y la marginación social, del modelo de relación Estado-Individuo como la óptima para ejecutar este tipo de políticas.

Esta idea tiene dos componentes de signo distinto: por un lado, privilegiar la relación Estado-Individuo parece garantizar cierta universalidad e imparcialidad en la asignación de responsabilidades y recursos²⁶. La principal expresión operativa de este principio es el “requisito”, o sea, qué condiciones hay que cumplir para acceder a cierto beneficio. Pero, por otro lado, y en las condiciones en que se han desenvuelto las políticas sociales en nuestras sociedades, también incluye la idea de que toda mediación entre el Estado y las personas es mala, o, dicho sin eufemismos, que la única mediación aceptable es la mediación anónima del mercado.

Habría que contemplar la posibilidad de que quizás no exista tal suceso, como el desarrollo de políticas de Estado para individuos²⁷; quizás las personas que ven vulnerados sus derechos solo a través de su propia organización puedan transformarse en sujetos individuales y colectivos capaces de evitar los abusos.

Pero, por otra parte, las ideas relacionadas con un ingreso universal pueden ser inmensamente útiles para regular la participación de las personas en el mercado del trabajo. Por ejemplo, actualmente el sistema capitalista del trabajo se ve frente a la siguiente contradicción: el achicamiento de los puestos de trabajo decente hace que cada vez sea relativamente menor la parte de aportantes a los sistemas de protección de la vejez como las jubilaciones, servicios médicos y otros. Para estabilizar el sistema se prolonga regularmente la edad en que las personas se retiran de esos puestos de trabajo. A su vez, esa prolongación limita seriamente la posibilidad de que nuevas generaciones se incorporen al trabajo. Una política de ingreso univer-

sal, articulada a través de organizaciones sociales, podría crear nuevas modalidades de ingreso y retiro del mercado de trabajo, administrar jornadas reducidas en distintos momentos de la vida de las personas e incorporar nuevos contingentes humanos al mundo del trabajo.

Quizás sea posible imaginar cómo la garantía de ingresos para todas las personas no se contraponga al mundo del trabajo y se integre con ese mundo, flexibilizándolo no en el sentido del “sálvese quien pueda” sino en otro muy distinto: organizando la circulación social de ingresos para que todos puedan.

El sentido que pueden tener políticas tendientes a la inclusión de las personas en el Mercado del trabajo es el de poder comenzar a contrarrestar los efectos de la manera de gestionar la creación de valor económico en la sociedad contemporánea, manera que conlleva un insostenible costo para la mayoría de sus miembros.²⁸

Estas políticas no se pueden reducir a unas acciones simples y focalizadas. Por el contrario, a diferencia de otras políticas sociales que soportan muy bien la metáfora militar como explicativa de su acción, en el terreno de la creación de trabajo no funciona ninguna “campana” como en el caso de la alfabetización, ni hay ningún maléfico virus que una vez “exterminado” devuelve la salud perdida a la población y la protege para el futuro.

En materia de creación de trabajo, lo que se consigue hoy, se pierde mañana. Hay una manera en que los humanos producimos bienes y servicios que nos termina privando a una gran mayoría del acceso a esos mismos bienes y servicios que producimos. La decisión social de hacer de otra manera, pudiendo ser impulsada por el Estado, solo puede tener perspectiva en la medida que sea el compromiso de una sociedad.

²⁸ La manera de producir riqueza y pobreza en nuestro mundo es difícil de imaginar. Según el informe del PNUD de 1998 las tres personas más ricas del mundo disponían de una fortuna superior al PBI total de los 48 países más pobres. La manera en que se distribuye el gasto también refleja esta realidad: según el mismo informe, se destinan 6 mil millones de dólares a la educación para todos, mientras que el consumo de cosméticos en EEUU. asciende a 8 mil millones o de helados en Europa a 11 mil; en atención ginecológica y obstétrica para todas las mujeres se gastan 12 mil millones y en alimentos para mascotas en Europa y los EEUU. 17 mil. Usted sacará sus conclusiones. Citado por Patrick Viveret en *Reconsiderar la riqueza y el empleo*.

¿El ocaso de la civilización del *homo faber*?

Si pudiéramos despojarnos de todo orgullo, si para definir nuestra especie nos atuviéramos estrictamente a lo que la historia y la prehistoria nos presentan como la característica constante del hombre y de la inteligencia, no diríamos quizás *Homo sapiens*, sino *Homo faber*.

Henri Bergson

Hemos llegado hasta aquí, querido lector, acumulando dudas y perplejidades. Una nueva humanidad pregunta y un viejo mundo responde. Como reclamaban “los indignados” en España: ¿nos dejaréis soñar? Y el viejo mundo responde: busque ese trabajo que no existe, capacítese para un empleo que nunca tendrá, prepárese para sobrevivir por cuenta propia, porque la sociedad en la que ha nacido no se hará cargo de sus cosas.

Porque la sociedad, que nunca fue tal, ya ni mantiene su apariencia. Ese ente teórico que fue el “contrato social” ya está viciado de nulidad. Los inmensos esfuerzos de los sistemas de derecho consisten en disimular que la sociabilidad en el contexto del capitalismo, en términos estrictos, cae bajo la figura del “daño enorme” correspondiente a los tratos basados en el abuso y la desigualdad insanable entre las partes.

Los dueños de los recursos naturales, del dinero, de la tecnología y del poder simbólico, “tratan” con la humanidad y se comprometen a convocarlos cada vez que su trabajo les permite obtener ganancias. En cualquier otro caso, olvídalo, su vida es su problema. Y cada vez es necesario menos trabajo para obtener ganancias.

El fin del trabajo... ¿es esa una opción real para los seres humanos? ¿Ha aparecido una nueva forma de gestionar medios de vida de manera independiente del trabajo? ¿Es eso posible en algún horizonte imaginable del futuro? ¿Podrá la automatización independizarse del trabajo humano, adivinar nuestros deseos y programar su satisfacción?

La ciencia ficción no lo ha logrado aún. O los sistemas de defensa se independizan dando lugar a la lucha entre hombres y máquinas, *Terminator*. O las máquinas pasan a gobernar y utilizan a los hombres como fuente de energía, *Matrix*. O simplemente el hombre perece y solo las máquinas perduran en la superficie del planeta, *Inteligencia artificial*.

Hay dos maneras en las que podemos preguntarnos por las cosas. Una es *cómo* son las cosas y otra *qué* son las cosas. Quizás toda la historia de la filosofía puede ordenarse de acuerdo a estas dos preguntas y, en la época moderna, por la importancia que adquirió la creencia de que la pregunta por el *qué* de las cosas o no tenía sentido, o era ilegítima, o simplemente no estaba al alcance del hombre responderla¹.

¹ Los espíritus valientes no faltaron en esta historia, como Giordano Bruno, Arthur Schopenhauer o Henri Bergson, pero, como siempre, los valientes son minoría.

Saber qué sea el trabajo se ve dificultado aún más porque su surgimiento ha quedado fuera de nuestra vista. Solo una bruma espesa nos devuelve el pasado cuando queremos mirar esos orígenes, comprender esa génesis, aventurar por cómo fueron sus padres cómo será este hijo. ¿Cómo fue que los hombres se impusieron a sí mismos esta práctica de reconocimiento y utilización del resto de la naturaleza? ¿Cómo fue que algunos hombres se lo impusieron a otros hombres? Situado entre la naturaleza y la cultura, entre el placer y la realización, entre la necesidad y el deseo, no es el trabajo de las maravillas menores que se presentan al ojo humano.

A Marx le cabe el mérito de haber señalado que el trabajo es un aspecto constitutivo del *ser* humano.

Atravesó con su genio las envolturas que recubrieron al trabajo desde toda la historia, le quitó el sayo de “actividad inferior” o “mal necesario” o “momento de desarrollo del espíritu” y, aun sin quedar desnudo, el trabajo se reveló como la manera de ser humanidad. Él lo decía así: “El trabajo es, ante todo, un acto que se desarrolla entre el hombre y la naturaleza. El hombre mismo desempeña en él, frente a la naturaleza, el papel de una potencia natural. Pone en movimiento las fuerzas de que está dotado su cuerpo, brazos y piernas, cabeza y manos, con el fin de asimilar las materias, después de darles una forma útil para su vida. Al mismo tiempo que por medio de ese movimiento actúa sobre la naturaleza exterior y la modifica, modifica su propia naturaleza, y desarrolla las facultades que dormitan en ella”².

Esa naturaleza ha quedado lejana, apropiada por unos pocos, inaccesible para la casi totalidad de los humanos. La relación del hombre con la naturaleza en el trabajo es fantasmal: la población agrícola del mundo se reduce sin remedio y la mayoría de los puestos de trabajo en las ciudades consisten en actividades de una pobreza sensorial extrema. Se ha desarrollado una envoltura del trabajo que lo separa de la naturaleza: consiste en administrar la circulación de los bienes y servicios que enriquece a una minoría³.

No se trata, claro está, de reivindicar los trabajos dañinos para el cuerpo o el esfuerzo por el esfuerzo mismo. Justamente, gracias al desarrollo de las técnicas, el ser humano ha ampliado las posibilidades de no estropear su cuerpo en el trabajo. Solo llamamos la atención sobre el empobrecimiento en la utilización de los sentidos de los que estamos provistos en nuestra relación tanto con el mundo natural como con el mundo social. Un mercado de trabajo que crecientemente prescinde de los cuerpos –de manera absoluta y relativa– nos habla también del mundo que construye. Y, como decía Walt Whitman, “el cuerpo es el alma”.

² Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Capítulo VII.

³ Mi amigo Lino Ochoa, ingeniero rosarino especializado en productividad industrial, hijo de un inmigrante navarro de oficio carpintero, cuando viene a Buenos Aires mira los impresionantes edificios con miles de oficinas en la zona de Puerto Madero y me pregunta: “Emilio, ¿de qué trabaja toda esta gente?” En el mismo sentido, Miguel Cerviño se pregunta si no estamos ante la civilización del *Homo Dispensator*, o sea, administrador de los bienes de otro, aunque con la sospecha de que éste esté encubriendo al *Homo Appetens*, en el sentido de “hombre codicioso”.

⁴ Filósofo chino que vivió aproximadamente en el siglo IV antes de Cristo: “En sus viajes por las regiones al norte del río Han, Tzu-Gung vio a un anciano labrando su huerta. Había excavado un canal de riego. El hombre bajaba al manantial, llenaba un recipiente con agua y lo vertía a brazo en el canal. Si sus esfuerzos eran enormes, los resultados parecían muy mezquinos. Tzu-Gung le dijo: ‘Hay un medio por el que podrías alimentar cien canales en un solo día, y podrías hacer mucho más con poco esfuerzo. ¿Quieres que te lo diga?’ Alzose el hortelano, lo miró y dijo: ‘¿Qué medio puede ser ese?’ Tzu-Gung replicó: ‘Toma una pértiga de madera, ligera de una punta, con un peso en la otra. De este modo podrás sacar agua tan de prisa que se derramará.’ El enojo asomó en el rostro del anciano, quien dijo: ‘He oído decir a mi maestro que cualquiera que emplee una máquina hará todo su trabajo como una máquina. Al que hace su trabajo como una máquina, el corazón se le vuelve una máquina, y el que lleva en el pecho un corazón como una máquina pierde su sencillez. El que ha perdido su sencillez se sentirá inseguro en las luchas de su alma. La inseguridad en las luchas del alma no se aviene con el sentido honesto. No es que no conozca tales cosas; es que me avergüenza usarlas.’” Citado por Marshall Luhan en *La galaxia Gutenberg*.

⁵ Alfred North Whitehead, *La ciencia y el mundo moderno*, 1925.

El *homo faber* ha quedado prisionero de sus fabricaciones, pero tampoco puede reproducir su vida sin seguir fabricando. Si en algún sentido se puede pensar en el fin de la civilización del *homo faber* es, justamente, imaginando el inicio de una era donde pueda dominar sus creaciones y ponerlas a su servicio. ¿De qué sirve producir alimentos para miles de millones de personas si miles de millones pasan hambre?, ¿para qué desarrollar medicamentos si la civilización enferma a la especie que los fabrica?, ¿para qué fabricar si los fabricantes –los trabajadores reales o potenciales y sus familias– no pueden acceder a lo fabricado?

El hombre llegó a ser *Sapiens* en tanto fue *Faber*. Quizás estamos en la encrucijada donde deberá ser *Sapiens* para poder seguir siendo *Faber*. Como extensiones de sí mismo, las máquinas y la automatización vuelven para destruirlo. Pero no para destruir su cuerpo, como vemos en las películas, sino para destruir su alma. Como ya alertara Chuang-Tzu⁴, el hombre se transforma en lo que hace: la máquina lo transformó en máquina, la automatización en autómeta.

Quizás, en disculpas del hombre, podemos decir que el cambio fue inmensamente veloz, casi imposible de prevenir. Como indica Whitehead, “el mayor invento del siglo XIX fue el invento del método de inventar. Un nuevo método vio la luz. Para comprender nuestra época podemos descuidar todos los detalles del cambio, tales como el ferrocarril, el telégrafo, la radio, el telar mecánico, los tintes sintéticos. Hemos de concentrarnos en el método en sí; esta es la verdadera novedad que ha demolido los cimientos de la vieja civilización. [...] Uno de los elementos del nuevo método es precisamente el descubrimiento de cómo aplicarse a llenar el vacío entre las ideas científicas y el producto último. Es un proceso de disciplinado ataque contra una dificultad tras otra”⁵.

En ese ataque el hombre triunfó, pero... esa

victoria ocurrió en el mundo equivocado: un mundo que reemplazó todos los fines por el fin de obtener ganancias. No se trata del mundo del siglo XIX, ni siquiera del mundo que vio surgir al capitalismo. Se trata, sin eufemismos, del mundo de la codicia⁶, hecho posible sin restricciones a partir del dinero. En los orígenes de la civilización occidental ya se alertó sobre ese cambio, pero, aquí sí, no hay peor sordo que el que no quiere oír. Oigamos: “No es objeto propio del valor el procurar dinero, sino confianza, ni tampoco del arte militar ni de la medicina, sino que son la victoria y la salud, respectivamente. Pero algunos hacen de todas las artes medios de hacer dinero, como si ese fuera su objetivo y fuera necesario aprestarlo todo con esa finalidad”.⁷

El hombre-individuo se olvidó del hombre-brote⁸. El individuo es el triunfo de la vida y el fracaso de la vida. Una vez que comienza el individuo comienza la carrera hacia la muerte, y lo único que burla a la muerte es la reproducción, justamente el no-individuo. Una sociedad basada en la idea de individuos que compiten entre sí, es una sociedad que corre hacia la muerte.

La necesidad permanente de destruir los bienes que se producen para volver a fabricarlos tiene como contrapartida la alienación creciente del hombre en los objetos que crea con su trabajo. Aun quienes no son víctimas ni del desempleo ni de la ocupación precaria pueden recuperar su tiempo para usos humanos: *sus* usos humanos. La contradicción entre acumulación y consumo se hace, así, insalvable.

Pero sería erróneo pensar que el hombre está prisionero de su relación con los objetos: si fuera así, cualquier tratamiento serio para controlar las adicciones nos sacaría del pantano del presente. Lo que no logramos controlar es la relación de los hombres con los hombres que, mimetizada, se traslada a los objetos. El *Homo Faber* crea herramientas para fabricar, pero no

⁶ “Las clases dirigentes de la economía privada en ocasiones perdieron el Estado, pero nunca el poder. [...] Estas clases (o castas) jamás dejaron de actuar, suplantar, acechar. Tentadoras, dueñas de las seducciones, siempre fueron objeto de incitaciones. Sus privilegios siguen siendo objeto de las fantasías y los deseos de la mayoría, incluso los de aquellos que dicen sinceramente que los combaten”. *El horror económico*, Viviane Forrester.

⁷ Aristóteles, *Política*, Libro I, Capítulo IX.

⁸ “Un organismo tal como el de un vertebrado superior es el más individuado de todos los organismos: sin embargo, si se observa que no es sino el desarrollo de un óvulo que formaba parte del cuerpo de su madre y de un espermatozoide que pertenecía al cuerpo de su padre, que el huevo (es decir el óvulo fecundado) es un auténtico nexo entre los dos progenitores ya que es común a sus dos sustancias, nos damos cuenta de que cualquier organismo individual, aun el de un hombre, es un simple brote que ha crecido sobre el cuerpo combinado de sus dos padres. ¿Dónde comienza entonces, dónde termina el principio vital del individuo? [...] En este sentido, puede decirse que permanece unido a la totalidad de los vivientes por lazos invisibles”. Henri Bergson, *La evolución creadora*, 1907.

⁹ “Esta pretendida organización racional [de la estructura productiva y económica] exhibe todas las características de un delirio sistemático. Reemplazar el hombre, ya sea obrero, o empleado, o incluso ‘ejecutivo’, por un conjunto de rasgos parciales arbitrariamente elegidos en función de un sistema arbitrario de objetivos indica una predominancia de lo imaginario, que no difiere en absoluto de las sociedades arcaicas más ‘extrañas’. Tratar a un hombre como cosa, o como puro sistema mecánico, no es menos, sino más imaginario que pretender ver en él a un búho; pues no solamente el parentesco real del hombre con un búho es incomparablemente mayor que el que tiene con una máquina, sino que tampoco ninguna sociedad primitiva aplicó jamás tan radicalmente las consecuencias de sus asimilaciones de los hombres a otra cosa que lo que hace la industria moderna con su metáfora del hombre-autómata. Y no hay diferencia alguna, en cuanto al tipo de operaciones mentales, e incluso de actitudes psíquicas profundas, entre un ingeniero tayloriano o un psicólogo industrial por un lado, que aíslan gestos, miden coeficientes, descomponen a la persona en ‘factores’ inventados pieza por pieza y la recomponen en un segundo objeto, y un fetichista que disfruta a la vista de un zapato de tacón alto o pide a una mujer que imite a una lámpara de pie. La diferencia radica en que el fetichista vive en un mundo privado y su fantasma no tiene efecto más allá del compañero que se presta de buen grado; pero el fetichismo capitalista del ‘gesto eficaz’, o del individuo definido por los tests, determina la vida real del mundo social”. Cornelius Castoriadis. *La institución imaginaria de la sociedad*, 1983.

son esas herramientas ni lo que ellas fabrican lo que nos esclaviza: es la relación que establecemos con otros seres humanos en la construcción y utilización de esas herramientas lo que nos hace esclavos de nuestras creaciones.

Millones de personas están ocupadas en trabajos donde deben adaptarse a redes de autoridad irracionales y ajenas⁹. Millones de personas trabajan fuera de la ley en condiciones de precariedad extrema. Millones de personas no hallan en qué trabajar. De nuevo Marx: “Precisamente del hecho de que el trabajo está condicionado por la naturaleza se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo, tiene que ser, necesariamente, en todo estado social y de civilización, esclavo de otros hombres, de aquellos que se han adueñado de las condiciones materiales de trabajo. Y no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir, más que con su permiso”¹⁰. Yo te lo dije...

Esa es la realidad sobre *cómo* es el trabajo en el contexto del capitalismo y de la propiedad privada. Otro trabajo quizás esté por nacer, pero ya no tiene que ver con éste. “No demostraremos la perennidad necesaria de la ‘sociedad de trabajo’ invocando su carácter antropológicamente necesario. Por el contrario, es necesario que salgamos del ‘trabajo’ y de la ‘sociedad de trabajo’ para volver a encontrar el gusto y la posibilidad del trabajo ‘verdadero’ ”¹¹.

El trabajo verdadero..., ¿sería verdadero el trabajo del hombre de la caverna que salía a cazar?, ¿o era más verdadero el trabajo de pintar sus emociones cuando regresaba a la cueva donde se protegía? ¿Es más verdadero el trabajo del agricultor, el de la actriz que hace de campesina en *Fuenteovejuna* y nos emociona hasta las lágrimas, o el del vendedor que nos acerca la verdura hasta nuestro barrio? ¿Cuál es la verdadera naturaleza del sonido?: ¿la de la explosión que escucha el minero o la de la sinfonía que ejecuta la orquesta? ¿Cuál es el rojo más auténtico?: ¿el del

metal fundiéndose en el horno o el de las manzanas de Cezanne?

Sin tela no hay Cezanne, sin colores no hay pinturas rupestres, sin hombre no hay ni lo uno ni lo otro.

¹⁰ Carlos Marx, *Crítica del programa de Gotha*. 1875.

¹¹ André Gorz otra vez.

Emilio Pauselli

San Miguel de Tucumán. Abril de 2011

emiliopauselli@tutopia.com

Apéndice 1. Pensamiento único y modelo de país¹

*“Más ha hecho la imaginación construyendo sin tregua,
que el cálculo destruyendo sin descanso”.*

José Ingenieros, *El hombre mediocre*

En los años 90 se comenzó a denunciar algo denominado “pensamiento único”. La denuncia tenía un claro sentido: protestaba contra la falta de alternativas al plan neoliberal. Toda propuesta diferente era descartada por inviable y, de hecho, la sociedad no acompañó proyectos que salieran de ese discurso. Pero, la pregunta es: ¿los hubo?

En un sentido la respuesta es afirmativa. Muchas expresiones políticas y sociales anticiparon con lucidez el futuro de pobreza y desarticulación social que tal enfoque traería aparejado. Pero es más problemático afirmar que esas propuestas diferentes estaban construidas sobre una lógica alternativa a la del “pensamiento único”.

Estas reflexiones, entonces, comenzarán por señalar algunos rasgos de ese tipo de pensamiento. Luego intentaremos reflexionar sobre en qué medida los planteos que se oponían al neoliberalismo participaban parcialmente de las características del “pensamiento único”, y si de alguna manera eso sigue sucediendo actualmente en los grupos y movimientos que buscan caminos transformadores para la penosa situación que viven nuestros pueblos. Finalmente, si algo resulta de todo esto, intentaremos diferenciar proyecto político de proyecto económico, o, mejor dicho, modelo de país de estrategia de desarrollo.

¿Qué entendemos por “pensamiento único”?

Las palabras adquieren significados en determinados contextos y por ello es tan difícil separarlas de su origen. Claro que luego, en su uso y sometidas a las necesidades del discurso, van sumando nuevos matices, como si mostraran potencialidades que dormían en su interior y así se adaptan a la inagotable capacidad creadora de los seres humanos.

Es el conocido artículo de Ramonet² el que pone en circulación en la época contemporánea esa expresión. Por eso comenzamos por su propia definición: “¿Qué es el pensamiento único? La traducción en términos ideológicos con pretensión universal de los intereses de

¹ Con el mismo título, las principales ideas de este apéndice circularon como artículo en el 2008.

² Ignacio Ramonet, en *Le Monde Diplomatique*, enero de 1995, *La pensée unique*.

un conjunto de fuerzas económicas, en particular las del capital internacional”³. Hacemos notar la relación entre pensamiento y economía, ya que será una de las pistas a seguir.

El concepto de “pensamiento único” describía así los mecanismos intelectuales que sostenían la propuesta política neoliberal, cuyos componentes señalados en ese artículo eran la primacía de lo económico sobre lo político, el mercado como regulador social, la competencia como factor de crecimiento de las empresas, el libre cambio como base del comercio, la mundialización de la producción y las finanzas, la división internacional del trabajo, la moneda fuerte como base de la estabilidad, la eliminación de todo control social sobre esferas de interés de la economía y desarrollo del mercado de capitales en detrimento de los Estados y del trabajo.

Como bien describe Ramonet, este “nuevo evangelio” definido en Bretón-Woods y sostenido por las grandes organizaciones económicas –Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico y otras– se extiende a la producción académica y se refleja en los medios de comunicación de masas, “sabiendo con certeza que, en nuestras sociedades mediáticas, repetición equivale a demostración”⁴. Quizás lo más afligente del pensamiento único tal como lo plantea Ramonet es su eficacia para inhibir, perturbar, paralizar y ahogar “cualquier razonamiento rebelde”⁵. De ahí su denominación de único: no parece posible pensar otra cosa.

Pero aunque este concepto sea contemporáneo no quiere decir que no tenga profundas raíces en la experiencia humana. Es probable que muchas épocas del pasado conocido se hayan organizado sobre la base de alguna serie de ideas que jugaban ese papel. El pensamiento único como ideología –conjunto de representaciones que organizan una visión del mundo e intentan hacerlo previsible– resultaría así adecuado para generar una disciplina social indispensable que solo se vería afectada en períodos de transición social profunda. Por ejemplo, los mitos sobre el origen en las sociedades gentilicias o la religión cristiana en la Edad Media europea parecen haber jugado ese papel.

Ahora, si en vez de mirar hacia el pasado rastreamos el uso que la categoría de “pensamiento único” ha sufrido después de acuñada, realmente veremos cómo se han extendido sus aplicaciones iniciales. Llamativamente, ha comenzado a ser usada por representantes de la derecha política para referirse justamente a su oposición⁶. Hay algo en el concepto de pensamiento único, del orden de lo incuestionable, que parece hacerlo posible.

³ Ignacio Ramonet, en *Le Monde Diplomatique* en español, 1996, *El pensamiento único*.

⁴ Idem.

⁵ Idem.

⁶ Esperanza Aguirre, emblemática representante del PP en España y presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid, ha indicado que “el pensamiento único es el de la izquierda”.

El propio pensamiento conservador comienza a cuestionar la primacía de lo económico sobre lo político. Quizás la declaración más impresionante en este sentido haya sido la de Sarkozy al asumir la primera magistratura de Francia, al indicar que “el pensamiento único es el pensamiento de quienes lo saben todo, de quienes se creen no solo intelectualmente sino también moralmente por encima de los demás”⁷. Así, al pensamiento único no se le puede oponer una “voluntad” distinta.

Claro que, en este caso, su voluntad es revertir el mensaje libertario del Mayo Francés, restaurar el autoritarismo y la xenofobia. Pero esas categorías forman parte de un modelo que se intenta asociar a un “mundo mejor”, no desde el punto de vista económico sino desde el punto de vista humano. Es probable que en la “derechización” del pensamiento político de distintos contingentes sociales haya una gran responsabilidad de los medios masivos de comunicación –grandes empresas controladas por los poderosos–, a lo que se suma la dificultad que encuentran grandes grupos humanos hambreados y marginados para transformarse en sujetos políticos; pero no habría que subestimar la iniciativa de la derecha en haber vuelto a plantear el debate de cara a la sociedad en el terreno de la política, o sea, de los valores.

También algunas corrientes marxistas creen que el pensamiento único es el resultado de la o las corrientes filosóficas denominadas postmodernas⁸. Éstas habrían antepuesto los “discursos débiles” a un discurso fuerte como el del marxismo que, así debilitado, dio paso al pensamiento único. El postmodernismo habría recluido a la persona en su individualidad, desanimándolo de participar en acciones que tiendan a cambiar la sociedad⁹.

No escapan a nuestra comprensión las dificultades de fundamentación que esta posición tiene, pero resulta especialmente interesante porque señala otra posibilidad de la categoría “pensamiento único”: también puede servir para designar aquello que no nos gusta o que va en contra de nuestras creencias.

De este breve recorrido por algunos de los conceptos relacionados con la expresión pensamiento único nos va a interesar conservar los siguientes predicados. El pensamiento único sería una ideología, con pretensiones de universalidad, antepone la economía a la política, se impone desde la autoridad incuestionable y es algo no deseable.

Los corolarios de esos predicados serán los siguientes: está constituido por un conjunto de representaciones que interpretan el mundo, expresa una verdad equivalente a una verdad natural, la economía es la ciencia natural de la sociedad, se sostiene por la acción conti-

⁷ Discurso de Bercy, 29 de abril de 2007.

⁸ Ver Javier García, julio 1997, *Globalización, postmodernismo y pensamiento único*, en <http://www.marxismo.org> (2008)

⁹ Extraño marxismo, que cree que las ideas desgarran la realidad y no que son el reflejo de una realidad desgarrada.

nuada de instancias de poder simbólicas y materiales, lo no valorado del pasado será su antecedente y lo no deseado del futuro su consecuencia.

Papel de la imaginación en el desarrollo humano

Uno de los principales logros del “pensamiento único” es haber desplazado la discusión política desde el terreno de lo deseable hacia el terreno de lo posible. Aparece así como un pensamiento de ‘madurez’, como un neo pragmatismo que sin hacer honor a sus ilustres antecedentes filosóficos, considerará que solo se puede aspirar a lo realizable y que lo realizable es aquello que permite la economía ya que el bienestar será equivalente a la capacidad de creación de bienes y servicios. Como bien dijera Marx, “el desarrollo de las fuerzas productivas constituye una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella solo se generalizaría la escasez y, por lo tanto, junto con la pobreza comenzaría de nuevo la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la miseria anterior”¹⁰.

El engaño es sutil. Se trata solo de la modificación del valor semántico de un condicional. Esta forma gramatical y lógica es permanentemente utilizada por todos nosotros y tiene la inmensa potencia de unir presente con futuro o de expresar las consecuencias de diversos sucesos de la vida. Se trata de todas las expresiones que indican que si algo sucede entonces, como consecuencia, ocurrirá tal o cual cosa. “Si llueve entonces mejorarán las cosechas”; “si hay recesión mundial entonces caerán los precios de las producciones primarias”; “si se aprueba la ley de salud reproductiva entonces nos espera un futuro de libertinaje”. Todas estas expresiones que contienen el “si” y el “entonces” las llamamos condicionales. En lógica la primer parte de la expresión –“si ocurre tal cosa”– se llama antecedente y la segunda –“entonces sucederá tal otra”– se llama consecuente.

La visión ‘madura’ de la realidad diría aproximadamente así: si la economía funciona de determinada manera –y eso es una ley natural– entonces la vida humana debe ser organizada de una forma predeterminada. Otra pretensión es ilusoria, son buenos deseos sin fundamento; en el mejor de los casos se trata de populismo cuando no de demagogia. El ‘Estado de Bienestar’ no respetaba la evidencia de este razonamiento y por eso no pudo sostenerse en el tiempo. El socialismo tampoco y así le fue.

La manera en que funcionan estas expresiones tiene que ver con el lugar desde donde se dicen, con la situación y con los intereses de cada grupo social. Bajo la apariencia asertiva que estas frases parecen traer consigo se esconden un sinnúmero de posibilidades alternativas. Para tomar los ejemplos señalados, también se podría decir que “Si llueve entonces se inundarán los barrios más humildes y las personas deberán ser evacuadas”; “si

¹⁰ Carlos Marx, *La ideología alemana*, Capítulo 1.

hay recesión mundial entonces el peso de la crisis caerá sobre los más débiles”; “si se aprueba la ley de salud reproductiva entonces mejorará la planificación familiar”. La lluvia, la recesión mundial y la ley de salud reproductiva son las mismas lo que varía son las consecuencias que imaginamos que ellas tendrán¹¹.

En este terreno se han movido muchas de las corrientes que se opusieron al avance del neoliberalismo en estos años. Negaron con valentía –aunque sin creatividad– que las consecuencias esperadas del desarrollo económico fueran inalterables. La expresión programática de esta impugnación se expresa en las propuestas de redistribución del ingreso. Mientras que el neoliberalismo insistió en “la teoría del derrame” –una vez que el capital vea compensada su inversión comenzaría a derramarse la riqueza al resto de la sociedad–, sus oponentes sostienen que la sociedad tiene derecho a decidir cómo se utilizan los excedentes de la riqueza creada. La discusión se centró en el contenido del consecuente: cuál era la vida posible de acuerdo al desarrollo económico.

Pero el denominado “pensamiento único” no debe su fortaleza al contenido de su antecedente o de su consecuente: la capacidad que tiene de anular toda crítica dentro del paradigma la obtiene porque ha invertido el antecedente y el consecuente. Y, en términos generales, la crítica al neoliberalismo no ha impugnado esa alteración. La expresión que indica que de acuerdo al desarrollo económico alcanzado es el tipo de vida que se puede llevar a cabo va a contramano de toda la experiencia humana. Si aún no estamos en cucullas a la orilla de un arroyo esperando atrapar un pez con nuestra mano es porque imaginamos¹² que otra cosa era posible. Y lo que imaginamos puso en marcha nuestras capacidades para intentar obtenerlo, y las vuelve a poner en marcha cada día una vez que nos despertamos (y probablemente antes también).

Así, en complicidad involuntaria con una interpretación del marxismo¹³, pasó desapercibida la profunda alteración que hacía parecer natural la expresión antedicha: si la economía funciona de esta manera entonces la vida humana debe ser organizada de determinada forma. La expresión humana universal es, en realidad, la que sigue: si queremos que la vida humana esté organizada de determinada forma, entonces nuestra organización económica deberá ser de tales y cuales características.

Si bien en el artículo de Ramonet está muy bien señalada la preeminencia de lo económico

¹¹ Sobre este tema, se puede consultar *La lógica del discurso político*, Pauselli, 2003.

¹² Recomendamos releer con ojos del siglo XXI nuevamente a Cornelius Castoriadis y su tesis de la “imaginación radical”. En “La institución imaginaria de la sociedad” ya presenta, en una nota al pie, la advertencia de que si alguna vez la humanidad aplicara las elaboraciones teóricas de la nueva escuela económica de Chicago –luego los Chicago’s Boys– pondría en riesgo el desarrollo de la cultura.

¹³ Ya en su artículo Ramonet indicaba que “El primer principio del pensamiento único es tan potente que un marxista distraído no lo cuestionaría: ‘la economía supera a la política’ ”.

sobre lo político como una clave del pensamiento único, quizás no se han sacado todas las consecuencias posibles de esa afirmación. De hecho, en la crítica al neoliberalismo muchas veces aparece desdibujada la discusión sobre medios y fines. En las versiones más refinadas del pensamiento neoliberal se aceptará sin inconvenientes que la economía es un medio y no un fin, pero se asegurará que “la economía es como es, no se pueden violar sus leyes”. Sería como que el hombre quisiera volar –como efectivamente lo hace desde el inicio de la aviación–, pero quisiera hacerlo sin respetar las leyes de la física.

La economía en tanto opera con recursos es, efectivamente, una actividad sometida a leyes. La disponibilidad de recursos naturales, técnicos y humanos establecerá posibilidades concretas. Pero la economía en cuanto actividad social está sometida a las decisiones humanas y son éstas la que determinan en gran parte lo que está disponible y lo que no. En el primer sentido no se podrían fabricar armas a base de kryptonita ya que no disponemos de ese material en el planeta tierra y aún no hemos descubierto dónde está Kriptón –probablemente sea cierto que ha estallado–. En el segundo sentido, la desnutrición no se debe a la inexistencia de alimentos sino a la manera en que éstos se producen, se apropian y se utilizan.

El neoliberalismo utiliza el primero de estos aspectos de la economía para equipararla a una verdad sobre la que es inútil discutir. Cuando el refinamiento del discurso hace foco en el aspecto social de la misma, la discusión se cancela sobre la base de una supuesta antropología “científica” que indica que “el hombre es como es, un ser que compite por la supervivencia”¹⁴, y eso establecería una legalidad complementaria ante la que es necio rebelarse.

Esta “ciencia” que habla de los recursos, del hombre y de cómo se relaciona el hombre con los recursos, deja en la oscuridad cómo se relacionan los hombres con los hombres. Este es el terreno propiamente de la política y éste debería ser el escenario donde se discute de fines. Pero en ese escenario se discute de “economía”: este es el triunfo del “pensamiento único”.

La expresión completa, entonces, del condicional invertido sobre el que opera el pensamiento único diría algo así como que si la economía produce de acuerdo a sus propias leyes, entonces la vida humana se debe organizar de la única manera posible, a saber, poniendo en competencia a unos hombres con otros para apropiarse de los medios necesarios para su subsistencia. Para un rescate de la cultura hay que invertir esa expresión y decir que si queremos vivir de determinada manera, a saber, incluyendo a todas las personas en el disfrute de los bienes creados por la cultura, entonces hay que organizar la economía –entendida como una relación social– de la manera que lo haga posible.

¹⁴ Ver el artículo *¿Pensamiento único o ausencia de pensamiento?*, Máximo Sandín, en http://www.uam.es/personal_pdi/ciencias/msandin/pensamientounico.htm (2008). Analiza cómo las últimas informaciones obtenidas por la biología terminan con toda fantasía de darwinismo social ya que el cambio en la propia naturaleza no respondería a un paradigma de competencia.

Para un modelo de país

Existen descripciones muy completas sobre nuestras patrias latinoamericanas: pobreza, indigencia, millones de personas sin trabajo o con trabajo precario –cuando son millones no importa el índice–. Aparición y desarrollo de enfermedades que se consideraban erradicadas y, lo peor de todo, la desnutrición que mata miles de niños por año y deja secuelas irreparables en los que siguen vivos.

Las mejoras producidas en algunos países como la Argentina desde que se interrumpió la hegemonía del neoliberalismo son importantes en relación al momento más profundo de la depresión a la que llegaron nuestras sociedades, pero todavía están a una distancia enorme de proveer vida digna y oportunidades para toda la población, ya que no han alcanzado aun los indicadores de bienestar de hace 30 ó 40 años atrás.

Estos no son efectos no deseados: es un modelo de país que en la división internacional del trabajo le toca aportar materias primas y mano de obra barata. ¿Por dónde empieza otro modelo de país? En el espíritu de estas líneas, diremos que la diferencia con la situación actual no es un plan económico; este sería solo el resultado de haber acordado un modelo diferente. Solo una definición de un “para qué” puede abrir la puerta a una discusión racional sobre el “cómo”.

Cuando yo intento imaginar otro modelo de país pienso, por ejemplo, en primer lugar, en la educación –general, obligatoria, gratuita, igual para todos y de excelente calidad, co-gestión educativa con padres y maestros, modificación de los institutos formativos docentes, etc– y, básicamente, considerar como objetivo central de la educación la educación política. En segundo lugar pienso en la prevención en la salud –los hospitales son campos de exterminio y las clínicas privadas también–; en tercer lugar en la lucha antimafia –nueva policía no comprometida con el pasado represor, nueva educación para la policía, reforma de todo el sistema penitenciario, disolución de las mafias delictivas comandadas por los comisarios, terminar con la utilización de los menores reclusos en los institutos para delinquir, desmantelamiento de las justicias comprometidas con el poder económico, lucha contra la trata de blancas y el narcotráfico, desplazamiento de la mafia sindical compuesta por personas inmensamente ricas que dicen defender a los trabajadores, etc–; y así de seguido. Otras personas pensarán otras cosas, organizarán de otra manera las prioridades. Esa, creo, que es la discusión que hay que dar sobre el modelo de país.

Y claro, un proyecto económico para ese país de inclusión seguramente hablará de soberanía sobre los recursos naturales, desarrollo de tecnologías propias, redefinición de áreas de inversión, utilización del ahorro interno, etc.

Es necesario diferenciar la distribución de la riqueza de la redistribución del ingreso, ya que lo primero se refiere a las posibilidades creativas de los seres humanos mientras que lo segundo solo a cómo repartir una parte de lo existente sin modificarlo. Un ejemplo: una

educación de calidad es una riqueza, una asignación por escolaridad es un ingreso. Si la educación presenta el deterioro actual no hay dinero que permita acceder a educación de calidad sencillamente porque no existe. Así se otorgue una generosa asignación por escolaridad a todas las familias del país no se está distribuyendo riqueza, solo ingreso, que no permitirá el acceso a la excelencia educativa ya que ésta aún debe ser construida¹⁵.

Otro ejemplo. Una red ferroviaria que enlace las distintas poblaciones del país es una riqueza y un subsidio por zona desfavorable un ingreso. Dicho subsidio podrá permitir la sobrevivencia, pero jamás permitirá a las personas el desarrollo de su capacidad creativa y productiva ya que su aislamiento le impide integrar sus valores al mercado¹⁶.

Otro ejemplo: la salud es una riqueza mientras que la atención gratuita de la enfermedad es un ingreso. La primera depende de la educación, la práctica de algún deporte, de la puericultura, de la alimentación y de la prevención sanitaria. Nadie está más sano por acceder a un hospital cuando se enfermó¹⁷.

Dicho de otra manera, lo que incluye no es el dinero, al menos no el dinero obtenido de cualquier forma. Por ejemplo, no hay inclusión en un país con programas sociales focalizados que, basados en la idea de “discriminación positiva”, consideran la pobreza no como un resultado sistémico sino como un defecto de las personas y los grupos sociales. Solo un país rico —en el sentido de riqueza mencionado anteriormente— puede ser un país de inclusión a través del despliegue de políticas universales —o sea, que garanticen el acceso para todos.

Un modelo de país debería indicar qué tipo de riqueza se quiere construir. Así como ahora sabemos que no es lo mismo fabricar “acero que caramelos”¹⁸, deberíamos pensar si es posible una sociedad incluyente a base de celulares, servicios financieros y minería a cielo abierto.

Las propuestas, para ser alternativas a la lógica del pensamiento único, no pueden basarse solo en lo que sabemos de un pasado mejor cuando el reparto entre el capital y el trabajo era más equitativo y, en mi opinión, deben concentrarse en estimular el debate sobre cómo queremos vivir de cara a un futuro problemático. De cara a ese futuro deberemos asumir

¹⁵ Para los que estén lo suficientemente desinformados para creer que esa excelencia la ofrece la educación privada solo diremos que, aunque así fuera, no alcanza para una parte significativa de la población..

¹⁶ Este ejemplo permite, adicionalmente, comprender lo relativo de los términos “viabilidad” y “sostenibilidad”. La sostenibilidad y viabilidad de proyectos está en relación directa con la creación y distribución de riqueza.

¹⁷ No creemos que la salud hoy sea gratuita; los hospitales carecen de insumos y personal y las personas deben esperar meses para ser atendidas. Solo indicamos la diferencia entre la salud como riqueza a construir y el gasto en atender la enfermedad.

¹⁸ Latiguillo utilizado por los economistas de la dictadura militar argentina que usurpó el poder entre 1976 y 1983. Había que fabricar lo que el mundo compraba, daba igual una cosa que otra. Lo que estaba detrás de esto, como la historia demostró, era un modelo de país factoría sin independencia política.

la diversidad de identidades de nuestra sociedad –¿multiculturalidad? – y, en general, hacernos cargo de la diversidad del deseo humano y repensar las condiciones de satisfacción y limitación de los mismos cuando los conceptos de *pueblo* y *nación* se han difuminado para una parte considerable de dicha sociedad. Décadas pasadas hizo crisis el tema del ingreso –justicia social–, hoy ha hecho crisis también el tema del consumo –modelo de vida humana sostenible–.

Decíamos que el “pensamiento único” se presentó como un pensamiento de madurez, de sentido común. Lo que se le puede anteponer no es más sentido común sino un pensamiento de buen sentido, como bella aunque quizás equivocadamente lo explicaba Ingenieros: mientras que el sentido común resulta “eminentemente retrógrado y dogmatista”, el buen sentido será “innovador y libertario”¹⁹.

El trabajo y el pensamiento único

En uno de los temas donde más perdura el mecanismo de pensamiento único es en todo lo relacionado con el trabajo. Aun desde planteos que enfrentan la ideología neoliberal se sigue insistiendo en que será el desarrollo económico el que creará puestos de trabajo y ni se sospecha que será la decisión política de crear ciertos puestos de trabajo la única posibilidad de orientar un desarrollo económico favorable a la sociedad.

Así, el conjunto de las políticas públicas destinadas a fomentar el trabajo no se diferencia ni ideológica ni metodológicamente de las desarrolladas durante los años 90. Se sigue clasificando, capacitando y asesorando a los desocupados para que obtengan trabajo: ellos son el problema. Cuando eleven su nivel educativo, respondan a las expectativas que el mercado tiene de ellos y “recuperen” la cultura del trabajo, una nueva vida habrá comenzado.

Es difícil saber si los líderes políticos realmente ignoran la ineficacia de las políticas de empleo que impulsan. Son propuestas inconsistentes y regularmente se registra ese hecho en la aparición de nuevos contingentes de desocupados. Las propias mediciones estadísticas han sufrido tales cambios en los últimos años que ya es prácticamente imposible comparar los índices de la última década con los actuales.

El engaño más riesgoso es el que parecen sufrir gobiernos de la región que se esfuerzan por garantizar que el mercado interno conserve un mínimo de capacidad adquisitiva y de esa manera sostener ciertos niveles de actividad económica. Sin embargo, la lectura que hacen de que eso constituye un “nuevo modelo” y que la resolución de temas básicos como el acceso de las personas a puestos de trabajo es solo cuestión de tiempo, entraña riesgos importantes.

¹⁹ José Ingenieros, 1913, *El hombre mediocre*, Capítulo 1, I. Tercera Edición de 1917.

Una parte de esos riesgos tiene que ver con la evolución de la expectativa social y sus consecuencias políticas²⁰. Pero los más importantes consisten en no registrar la masa humana que sufre por falta de trabajo o por acceder solo a trabajos miserables. Como me dijo una médica en estos días luego de trabajar en la ciudad turística de Bariloche, uno de los centros turísticos más desarrollado de la Argentina: “si yo pudiera recetar trabajo la mayoría de mis pacientes no volverían al hospital”.

Fue difícil en los años 90 ejercer la crítica, era el momento de apogeo del pensamiento único. En los temas que hacen a la protección y la generación de trabajo sigue siendo muy difícil también ahora. En la Argentina, si bien desde la etapa democrática inaugurada en 1983 hemos tenido gobernantes de distintos grupos políticos y con diferentes enfoques ideológicos, han tenido algo en común: todos han sido personas inmensamente ricas.

Atrás quedó el peronismo que llevó dirigentes obreros a los puestos de gobierno; si hoy quisiera hacerlo se encontraría con que estos son parte de las grandes fortunas del país. Tampoco contamos ya con el radicalismo que promovió a las clases medias en la gestión del Estado. Hoy ha quedado interrumpida la posibilidad de la sociedad de promover dirigentes; en verdad, la sociedad no los elige: ellos se eligen entre sí. La sociedad luego vota lo que le parece más conducente dentro de ese menú.

Pero con seguridad esa explicación es parcial. En países donde la aristocratización de la política no es aún un fenómeno central como en Argentina, tampoco se están desarrollando enfoques vinculados al trabajo distintos a las recetas de los organismos económicos internacionales.

La idea de que favoreciendo el desarrollo del capital –cuya tendencia mundial es a eliminar puestos de trabajo– se van a crear puestos de trabajo en nuestras sociedades, navega entre la incompetencia y la mala fe.

Así como tenemos un medio ambiente y hay que cuidarlo, ya que el planeta es nuestra única casa, también tenemos una sociedad y hay que cuidarla, porque esta sociedad es nuestro único vínculo con la cultura. Y hoy la sociedad está amenazada justamente por la progresiva escasez de puestos de trabajo.

²⁰ Como dijera el ex presidente Néstor Kischner en su discurso de asunción ante el Congreso, “el clientelismo político comenzó cuando empezó a faltar el trabajo”.

Apéndice 2. La ideología de la historia¹

El historiador y el poeta no difieren por el hecho de escribir en prosa o en verso. Si las obras de Herodoto fueran versificadas en modo alguno dejarían de ser historia, tanto en prosa como en verso. Pero el historiador y el poeta difieren en que el uno narra lo que sucedió y el otro lo que podría suceder. Por eso la poesía es algo más filosófico y serio que la historia; la una se refiere a lo universal; la otra a lo particular. Lo universal es lo que corresponde decir o hacer a cierta clase de hombre, de modo probable o necesario.

Aristóteles, *Poética*, 334 AC

El objetivo del presente apéndice es compartir la idea de que, en términos de modelos o experiencias sociales, no hay ningún paraíso perdido al cual volver. Si algo mejor hay para la vida humana, eso está en el futuro.

Esta idea la consideramos especialmente apropiada para analizar los fenómenos del mundo del trabajo. Los que añoran los deseados años del pleno empleo o del Estado de Bienestar olvidan que su mecanismo de funcionamiento era el mismo que el actual: la explotación del hombre por el hombre. Las sociedades gentilicias que tan viva impresión han dejado como contraste con el capitalismo occidental fueron posibles para pequeños grupos humanos separados por fronteras naturales casi infranqueables. La América precolombina, con su especial relación con la tierra –pacha mama–, común a todas las sociedades agrarias, incluía crueles condiciones de vida al interior de cada pueblo y en su relación mutua.

Notamos que una gran cantidad de discusiones, especialmente dentro de los grupos que hacen suya la tarea de impulsar modificaciones consideradas progresivas en los modelos de socialización vigentes, se centran en cuál situación o modelo del pasado es el más apropiado para la humanidad futura. Muchas de esas discusiones, llevadas a cabo desde las identidades y las creencias, terminan reducidas al juego infantil de afirmar la propia posición por descalificación del otro: “tu papá es pobre”, “tu hermano es negro”, “tu mamá es puta...” y allí se acababa la discusión: ningún niño bien nacido dejaría de agarrarse a trompadas anticipando a Papo en su “no se metan con la vieja”. No importa si la vieja es la Revolución Cultural China², el Mayo Francés³ o el Human-Be In⁴.

¹ La base de este apéndice es el artículo denominado *La ideología de la historia o los supuestos del modelo terapéutico*, Pauselli, 2003.

² Proceso político liderado por Mao Tsé Tung entre los años 1966 y 1969 orientado a profundizar las transformaciones revolucionarias en China. La revolución cultural se proponía desplazar a los “cuatro viejos”: las viejas costumbres, los viejos hábitos, la vieja cultura y los viejos modos de pensar. Personas mal intencionadas reducen este fenómeno a una lucha interna por el poder en el Partido Comunista Chino.

Los efectos in-creíbles de la historia

La noción de que existe una historia y de que esa historia está condicionando nuestro presente es hoy parte constitutiva de nuestro sistema de percepción, tanto para la prefiguración de los procesos políticos, como de los sociales y personales.

Desde el momento en que la afirmación “*la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos*”⁵ se transforma en una categoría explicativa de acciones y omisiones del hacer humano, ya está incluida la idea de historia operante, de residuo cultural, de ideas previas condicionantes; en fin, de un accionar humano influido por lo que anteriormente le ha acontecido a la especie en un universo determinado.

Para nosotros, contemporáneos, esta influencia resulta tan evidente que no nos podemos imaginar cómo podría pensarse un modelo discontinuo de desarrollo de nuestra cultura. No hablamos de rupturas producidas por calamidades sociales o naturales, pensamos más bien en cómo podría construirse una metáfora del hacer humano desde una perspectiva distinta.

La posición que sostendremos en este apéndice es que la idea de la historia como clave explicativa del presente contiene una fuerte posición ideológica que denominaremos, por analogía, “modelo terapéutico”. Esa ideología opera sobre supuestos antropológicos no confirmados por la propia historia y es una de las causas de la sensación de frustración que, como contemporáneos, sentimos ante un mundo en aparente proceso de descomposición, al menos como sociedad basada en una cultura.

Como ya dice el refrán popular, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. La pregunta del millón es: ¿dónde está la piedra? ¿Quizás en el propio corazón de cada uno de nosotros?

Gracias a los últimos descubrimientos de la genética, hoy sabemos que la vida no cuenta con un plan de envejecimiento. La vida termina solo por la acumulación de imperceptibles errores en los miles de millones de operaciones de perpetuación que en todo momento

³ Denominación de las masivas manifestaciones realizadas en París por estudiantes y trabajadores que incluyeron huelga general, toma de universidades y de fábricas en el mes de mayo de 1968. Una de las consignas de este movimiento que quedó en la memoria mundial fue la de *Interdit d'interdire* –prohibido prohibir–. Personas mal intencionadas dicen que se trató de una revuelta de estudiantes perezosos que no habían preparado sus exámenes.

⁴ En el año de 1967 en San Francisco, EEUU., se celebró el *Human-Be In: A Gathering Of The Tribes* –Encuentro entre humanos: Un encuentro entre las tribus–. En este encuentro, también conocido como “verano del amor”, cientos de miles de personas escucharon por The Mamas & The Papas el estribillo de *San Francisco*: “Si vas a San Francisco, no te olvides de llevar flores en el cabello... Si vas a San Francisco, el verano será una celebración de amor.” Personas mal intencionadas reducen estos acontecimientos a una reunión de fumados libidinosos.

⁵ Marx, Carlos, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Capítulo I.

realiza. He aquí el misterio del fracaso del *conatus* espinoziano⁶. En verdad no se debía a la finitud de la *natura naturata*; por el contrario, esa finitud se produce por fallas en el propio intento de las cosas por permanecer en su ser.

La ideología de la historia reemplaza la cruda condición del hacer humano por una fábula que personas bien informadas sobre la marcha de la propia historia no deberían refrendar. Si algo quiere decir entrar en la edad adulta de la especie, esto debería consistir en dejar de creer en los reyes magos, en el jardín del Edén, y en hacer responsables a otros de lo que nosotros somos capaces de querer y hacer en el presente.

¿Qué queremos decir? Que si hay alguna mejor suerte para la humanidad, esa realidad está en el futuro, hay que construirla. Creo que esteriliza la creatividad social y genera sectarismo y fundamentalismo la idea de que hay una situación pasada no problemática a la cual volver. No hay un paraíso perdido; quizás el único pecado que puede cometer el hombre es no esforzarse por tener un futuro mejor. Y nuestra gente no lo comete, le pelea a la vida a su manera, migrando a la ciudad cuando en las ciudades hay trabajo, estudiando, cultivando, empleándose.

Eso que todos hacemos para tener un futuro mejor hay que pensarlo cada vez más no como un problema individual sino como una construcción política.

Los supuestos del “modelo terapéutico”

Denominaremos “modelo terapéutico” a aquella concepción que considera que algún acontecimiento traumático ocurrido en alguna parte del pasado es la causa de una enfermedad o síntomas del presente. Así, el gran descubrimiento de que las conductas histéricas no eran aleatorias sino que estaban concatenadas con otros acontecimientos de la vida psíquica de la misma persona, o, dicho de otra manera, el proceso de transformación de la conducta no esperada en síntoma, echó luz sobre muchas condiciones de nuestro psiquismo.

Como toda teoría, ilumina algo y proyecta sombras sobre otras cosas. La idea de un evento crítico que produce la enfermedad funciona sobre la creencia de que antes de dicho acontecimiento todo estaba bien. Ya sea que el antes corresponda a una situación de la vida del adulto o del niño, de la lactancia, del nacimiento o de la propia concepción del embrión humano. Donde sea que se sitúe el momento del trauma, éste opera sobre un escenario donde “todo estaba bien”, o tendería a estarlo de no haberse interpuesto la situación traumática.

Así también la interpretación de la historia es, en cierto sentido, una analogía del modelo terapéutico así definido. La situación no problemática puede estar situada en las sociedades aborígenes, en la Revolución Francesa, el Octubre ruso, el 45 de la Argentina, la Co-

⁶ Baruch Spinoza. *Ethica more geometrico*. 1677.

muna de París o la democracia ateniense. Algo se perdió y no se pudo recuperar; o algo podría haber sido y no llegó a concretarse.

Esta curiosa manera de interpretar el pasado, como causa del presente, implica una operación conceptual y axiológica notable. Reemplaza el mítico paraíso terrenal, creado por Dios y por lo tanto irreproducible por el hombre, por modelos de “salud social” real o potencial que, por haber sido construcciones humanas, sí resultarán en principio reeditables. Y deposita la culpa originaria no ya en unos míticos padres de la humanidad, sino en actores, clases y sistemas que representando al mal –como el pecado– producen el castigo de la vida actual que nos toca transitar.

Claro que hay actores, clases y sistemas que dificultan sistemáticamente la realización de determinados deseos generalizados de las personas, en beneficio de otros deseos que podríamos llamar, provisoriamente, particulares, por oposición a lo público. A lo que nos referimos es al lugar que las representaciones de esos acontecimientos ocupan en el momento de explicar un presente en muchos sentidos no solo inaceptable, sino, lo más curioso, casi inexplicable. Como ya escribiera Hume, es curioso como tan pocos dominan a tantos.

La historia: el pasado, el presente y el futuro

Que la historia no es el pasado ya nos ha sido dicho con prolijidad por muchos historiógrafos e historiadores. No solo en el sentido de que no podemos poseer toda la información sobre el pasado, sino también por la fundamentada sospecha de que aun si por algún medio milagroso pudiéramos tener toda la información, en un sentido nunca sabríamos qué es lo que allí acontecía.⁷

A esto se opondría en primer lugar el carácter presente de nuestra visión. Todo esfuerzo hermenéutico es un *desideratum* que nunca alcanza un éxito completo y quizás ni siquiera aproximado. Pero existe aun una imposibilidad más radical: ¿cómo reconstruir lo que ocurría en el pensamiento y el sentimiento de las personas que vivieron en ese pasado? O, dicho de otra manera, los monumentos de la historia, ¿a qué o a quiénes representan y con qué fidelidad? O, desde otro punto de vista, ¿qué o quién representará para el futuro el pasado que será nuestro presente actual, el mío, el suyo, el de nuestra heterogénea sociedad?

El hiato existente entre la vida y el discurso constituye el abismo infranqueable entre el pasado y la historia.

No será difícil coincidir, entonces, en que el pasado como suma de acontecimientos, pen-

⁷ El final de la película *Inteligencia artificial* presenta un sugerente tratamiento sobre la posibilidad y los límites respecto a la actualización del pasado.

samientos y sentimientos, nunca llegará a ser historia. La historia será entonces un discurso siempre perfectible de hipótesis sobre algunos aspectos que creemos sucedieron de determinada manera. Ese discurso puede ser enormemente inteligente, puede rescatar de las informaciones disponibles elementos inmensamente valiosos para el desarrollo humano, pero nunca es equivalente al pasado, por falta de completud y por heterogeneidad del concepto.

A su vez, la historia, en tanto discurso hipotético, no está completamente disponible para una sociedad. Ésta conoce solo parcialmente algunos pequeños fragmentos de ese discurso y, en general, recurre al pasado por otras vías, no siempre tan inteligentes como las que propone la investigación histórica.

La historia parece ser historia en tanto presente. Como toda construcción intelectual, solo vive en la mente de los seres humanos. Lo realmente operante parece ser lo que creemos que ha ocurrido en la historia, ya sea a través del discurso de la historia como disciplina o de la transmisión cultural.

Como indicaba Alejandro Korn, “las ideas participan de una mutabilidad esencialmente humana y las del día son tan efímeras como las del pasado, no obstante el imperio que logran ejercer en nuestro ánimo, con la vana pretensión de constituir la medida universal de las cosas. Cada época pensó con su propio cerebro e inspiróse en su propio corazón. El historiador no se ha de aprestar, como un alcalde de barrio, a pronunciar la sentencia póstuma”⁸.

La metáfora de los “muertos presionando la conciencia de los vivos” tiene cada tanto visos de “realidad” en el sentido científico de esa palabra. Así, ya el cientificismo de Ingenieros postulaba que determinados logros espirituales de la humanidad se transmitían a través de la herencia⁹. Actualmente se reeditan líneas de investigación neurológica que tratan de encontrar los lugares donde el cerebro alojaría ese tipo de “herencia genética cultural”.

El novedoso descubrimiento de que hay células nerviosas o neuronas que se reproducen, contra lo que se consideraba establecido anteriormente, además de traer inmensas esperanzas para el tratamiento de ciertos tumores cerebrales, alienta nuevas ediciones de esas investigaciones.

La propia ontogénesis del aparato nervioso central, y diversas teorías sobre su relación con la evolución humana, generan expectativas en esa dirección. Y no es casual que justamente el pensamiento humanista haya prestado especial atención a esas investigaciones, ya sea para rebatirlas, en nombre del alma inmortal o de la creación *ex-nihilo* que produciría el hombre en sus actividades mentales; o desde el fisiologismo, que comprende

⁸ Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Introducción.

⁹ Ver José Ingenieros, *La simulación en la lucha por la vida*.

toda la actividad psíquica como derivada de ciertas combinaciones morfológicas, físicas y químicas producidas en nuestro cuerpo.

En cualquier caso, las posibilidades de acuñar determinadas vivencias históricas en la estructura genética de la especie no parecen hoy probables. Si algún proceso de ese tipo fuera pensable, siempre ocurriría en períodos de tiempo tan extensos que no nos eximiría de tematizar nuestra relación con la historia, sobre todo en el sentido que señalamos de la historia como presente.

Claro que definir la historia como una construcción intelectual es un poco simple. Es necesario indicar que no entendemos lo intelectual como sinónimo de racional, sino más bien como el conjunto de operaciones de comprensión –racionales, afectivas, axiológicas, experimentales– que realizamos como condición de nuestra actividad práctica en el mundo.

En este sentido, la historia como presente, o sea, el conjunto de nuestras creencias y deseos, es propiamente una base de lanzamiento hacia el futuro, único lugar donde vive la acción aún no realizada.

Como indicara la antropóloga Margaret Mead, hay culturas, o dispositivos dentro de una cultura, que permiten aprender del futuro.¹⁰ Los adultos podrían así aprender de los niños, como ocurre habitualmente en familias donde las nuevas generaciones alcanzan niveles educativos superiores a los de sus antecesores.

Además, los jóvenes parecen ser los mejores dotados para comprender un mundo donde la tecnología imprime una velocidad a la circulación de la información desconocida en el pasado.

Aun los modelos posfigurativos, que sitúan la verdad en el pasado, recurren a esa verdad en la medida que la consideran el mejor recurso para obtener ciertos logros en el porvenir. La sensación de vivir una vida razonable, aprovechando la polisemia del término, tiende a encubrir estas ansias de futuro que constituyen toda cultura.

Esto nos indica que situar el valor de verdad en el pasado, el presente o el futuro es una operación social de dar sentido a una experiencia. Esto puede presentar diferencias entre las generaciones, pero no parece ser lo esencial. Por el contrario, un modelo con fuertes mandatos de pertenencia a una tradición puede articularse sobre la consideración del pasado como recurso eficiente para la integración de todas las generaciones, mientras que sociedades en vías de disgregación resultarían especialmente ineficaces para incluir aun a las generaciones maduras.

¹⁰ Margaret Mead distingue entre culturas posfigurativas, donde se considera que la verdad está en el pasado; culturas cofigurativas, donde la verdad está en el presente; y culturas prefigurativas, donde las claves de comprensión se obtienen de un futuro en ciertos aspectos percible, aunque aún desconocido. Estos dispositivos pueden acaecer simultáneamente en una misma sociedad.

Lo importante es reflexionar sobre qué elementos darán sentido a esa experiencia cultural, para orientarla en una u otra dirección. Creemos que es posible considerar las tareas del presente de una sociedad como catalizadoras de esos legados del pasado.

Y estas tareas presentes estarán determinadas por el futuro al que esa sociedad, sus grupos hegemónicos y sus elites –dependiendo de la interacción entre sus miembros– aspiran para su realización individual, y en muchos casos, colectiva.

Parece razonable que un pasado no habilite a cualquier futuro, o al menos, que no sea elegible cualquier futuro al mismo costo de realización. Pero eso es algo a decidir. Y la decisión corresponde a los protagonistas, justamente, de la historia por hacer.

No debería ser la adscripción a un pasado lo que determine nuestras acciones presentes orientadas a un futuro y, de hecho, no lo es. Cuando se presenta esa apariencia, en verdad, estamos asistiendo al uso de la historia como fuente de autoridad para legitimar nuestros deseos presentes. Claro que ese uso es legítimo, ya que representa una interpretación posible del pasado, pero debemos aceptar que no tendrá fuerza vinculante para la construcción de un futuro en la medida en que la comunidad de los interpretantes no coincida con la comunidad de los deseantes.

Una intelección construida desde el futuro

No es este un intento original, los que han variado son los materiales disponibles para poder realizarlo. Ya San Agustín proponía una interpretación del presente que solo era comprensible desde el futuro. La *Civitas Dei* era la dadora de sentido a la ciudad terrenal que le servía de antesala.

Paralelamente a una racionalidad cuestionada y a la pérdida de eficacia de las ideologías y los grandes relatos culturales, adquieren auge nuevos y viejos grupos religiosos y una creciente demanda mística de las personas. Esto no debería ser causa de sorpresa: con un pasado del que tenemos noticias fragmentadas y un presente confuso donde la vida se torna cada vez más riesgosa, es razonable que se busque en el futuro –mucho más moldeable a nuestros deseos– algunas claves de interpretación que nos ayuden a organizar nuestras conductas presentes.

Pero no parece enteramente realizable para el hombre contemporáneo poder construir esa intelección desde un discurso religioso también afectado por la desconfianza que acecha a todas las grandes verdades. ¿Qué alternativas puede haber para utilizar el futuro como clave de organización del presente?

No será tan difícil, de hecho es lo que hacemos de manera mucho más habitual de lo que creemos. Desde la “zona de desarrollo próximo” indicada por Vigotsky como clave del desarrollo del niño, hasta los procesos de elección de profesiones, parejas, viviendas, trabajos, etcétera, que realizamos en la vida adulta, el criterio de verdad está puesto en el futuro.

No es que elegimos tal profesión porque nuestros abuelos..., y así de seguido; sino que, con relación a lo que esperamos alcanzar en el futuro, ponemos a su servicio todo lo que nos pueda servir para lograrlo. Y claro, está mucho más disponible lo que nos sugiere la percepción que tenemos de lo que fue nuestro abuelo, que las máximas de Confucio o las prácticas de las tribus nómades del África (salvo que seamos parte de esas culturas).

El pasado provee un material disponible, a veces en forma de historia, a veces en forma de costumbre, a veces en forma de moral; casi siempre en forma de relato, quizás a veces en forma de estructura neuronal. Pero el caballo, una vez más, está delante del carro. No parece que la vida humana sea empujada por el pasado, como una locomotora auxiliar empuja un tren que ha perdido la suya. Da la impresión, más bien, de que hay estaciones futuras a las que queremos llegar y eso nos hace meter mano a cuanto recurso nos ayude para ir en esa dirección.

Conviene aclarar que la direccionalidad de nuestros esfuerzos humanos en el tiempo no está necesariamente asociada a la noción de progreso; noción por otra parte cargada de sentidos, en parte gravosos, para la civilización que está acabando. Más bien, esa tendencia al futuro registra la única posibilidad de realizar nuestros deseos, y reconoce la imposibilidad absoluta del regreso. No se regresa en la historia, no se regresa en la vida, parece que ni la clonación hará posible el regreso en un sentido estricto.¹¹

La verdadera discusión no es si podemos construir sentido desde el futuro, eso es lo que hacemos permanentemente. La discusión de fondo es si podemos compartir ese futuro en una red de intercambio intersubjetivo, o, dicho de otra manera, si es posible reconstruir de una manera humana el concepto y el sentimiento del bien común.¹²

Aun así, al cultor de la historia como causa eficiente le queda un cierto argumento. Se podría decir que nuestros deseos actuales están determinados por la historia de nuestras formaciones culturales.

Si la historia como causa habla del drama de la historia, la historia como deseo será propiamente su versión comediada, en clave de Marx. Porque, ¿qué puede significar que la historia determina nuestros deseos? En primer lugar, sería una teoría de la génesis del

¹¹ Lo “igual” no es “lo mismo”, como dos sillas iguales no son la misma silla. La identidad humana parece construirse socialmente, y no genéticamente. Mientras el desarrollo genético permite responder a la pregunta ¿qué es?, parece que solo el desarrollo humano –cultural– permite responder a la pregunta ¿quién es?

¹² Queda por tratar la diferencia entre “bien común” y “sentido común”, y entre este último y el “buen sentido”.

deseo humano, o representaría ciertamente la idea de que el pasado está antes que el presente. Pero a los efectos de la comprensión del presente y sobre todo de la construcción del futuro, en lo que como seres humanos podemos construir del mismo, no nos está agregando ningún nuevo punto de vista.

Efectivamente, cualquiera sea el origen de nuestros deseos, la pulsión sexual, la demanda nutricia, la represión de la cultura o la educación del intelecto, siempre enfrentamos el futuro desde esas preferencias. No será la historia, tampoco por esa vía, la causa directa de nuestras decisiones. Claro que si no hubiéramos nacido, nada desearíamos, en fin, pero de este debate participamos solo los que lo hemos hecho.

Sobre estos temas tuve una pista hace ya varios años, aunque no lo comprendí cabalmente en ese momento. Eso ocurrió luego de haber conversado, en las cenas familiares, sobre la inequidad en el mundo, sobre cuántos pobres son necesarios para que exista un rico. Días después, mi hijo –adolescente en ese momento– me dijo: “Papá, el mundo no tiene arreglo”. Ante tan severa y aparentemente sincera afirmación, solo atiné a preguntar: ¿por qué?: “Porque los pobres quieren ser ricos”.

Quizás, sin la crisis producida en diciembre del 2001 en la Argentina, y sus acontecimientos posteriores, no hubiera vuelto a pensar en esa anécdota. El desarrollo de nuevos ámbitos alternativos a la corporación del poder mostró, junto a un renovado esfuerzo de desalienación de una parte de nuestra sociedad, la espontánea reproducción del autoritarismo, la violencia y el oportunismo político.

¿Cómo interpretarlo? Pobrecitos “ellos”, son producto del pasado, dicen algunos, sin que entendamos muy bien qué los separa de esos ellos. O pobrecitos nosotros, decimos algunos, debemos comprender lo contradictorio de nuestros deseos y elegir aquellos que nos permitirán identificarnos en un futuro común.

Nunca los contratos han detenido a las espadas. El sueño de Hobbes y de tantos otros no se ha visto justificado. Otra vez la historia nos deja en el mismo lugar en que nos dejó siempre: desnudos, sin documentos, pero con la inevitable necesidad de ir a alguna parte.¹³

Las puertas de la razón y del deseo

¿Dan estas puertas a la misma habitación, o a habitaciones distintas? No lo sabemos, solo nos animamos a decir que están muy juntas, y en sus inmediaciones se producen situaciones harto confusas, hasta el punto de no “sospechar cuántas veces nuestra razón no es sino el abogado de nuestros deseos, de nuestras pasiones y de nuestros intereses”.¹⁴

¹³ Y el viaje que proporcionan las sustancias, es, a estos efectos, excesivamente corto.

¹⁴ Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*.

La racionalidad como vía de acceso a la verdad ha resultado históricamente en intolerancia, “aun cuando se emancipe del dogmatismo religioso o invoque, en lugar de la razón divina, la ley natural, la razón de Estado, la voluntad general o la justicia social”.¹⁵ La legitimación de los deseos de las personas, en tanto que sujetos sociales, no dispone de tecnologías explícitas. Parece que lo que deseamos tiene un estatus inferior a lo que supuestamente debemos hacer, pero en verdad toda nuestra vida se organiza en función de lo que queremos, con las hipocresías del caso.

La posibilidad de legitimar un discurso que verse sobre preferencias, atribuyéndole un papel vinculante entre habitantes de un mismo espacio geográfico y cultural, debería ser con propiedad el objetivo del discurso político. Pero éste se halla, lamentablemente, ocupado en otras funciones.¹⁶

Esto permitiría avanzar desde la idea de libertad acuñada en los años 90 –libertad es hacer lo que quiero como individuo–, a una idea de libertad como la posibilidad de hacer lo que elijo, en tanto puedo compartir expectativas de futuro con una comunidad. Mientras no podamos transitar socialmente este camino, corremos el riesgo de no poder reconstruir nuestros sistemas de identidad culturales.

Es una fantasía que la identidad tenga que ver con lo que fuimos, eso propiamente se llama nostalgia. El pasado no nos dice nada y la historia la inventamos nosotros. Como en las viejas calles de Lisboa, “por la noche, en este espacio entre casas bajas, se juntan los tres fantasmas, el de lo que fue, el de lo que estuvo a punto de ser, el de lo que podría haber sido, no hablan, se miran como se miran los ciegos, y callan”.¹⁷

Las crisis de pertenencia a grupos o partidos parecen obedecer a la misma dinámica. No se expresa en ellas tanto una distinta exégesis del pasado, cuanto una distinta orientación hacia el porvenir. Y los argumentos que se toman prestados a la historia apuntan a justificar unas u otras posiciones con vistas al futuro.¹⁸ Pareciera que la constelación de creencias que constituye a diversos grupos humanos, muchas veces contiene el material necesario para fundamentar muy disímiles posiciones respecto de ese futuro.¹⁹

¹⁵ Ídem.

¹⁶ Ver *La lógica del discurso político*, Pauselli 2003.

¹⁷ José Saramago, *Historia del cerco de Lisboa*.

¹⁸ Cuando un socialista español dice que Felipe González no es socialista, o un peronista argentino dice que Carlos Menem no es peronista, solo están diciendo que ellos desean cosas distintas a lo que demuestran desear sus líderes. La identidad construida sobre el pasado resultó así débil. Claro que siempre habrá otros que seguirán considerándolos socialista o peronista respectivamente, y tampoco estarán basándose en el pasado, sino en que ellos –puestos en el lugar de su líder– hubieran tomado las mismas decisiones.

¹⁹ Creemos que este ángulo de análisis también puede ser fructífero para pensar sobre los procesos de “sectarismos”,

En verdad, la identidad tiene que ver con lo que queremos ser, en la medida que podamos saber si en ese futuro deseado tenemos algo en común. Así seleccionamos los grupos activos de pertenencia y nos identificamos con aquellos que en algún aspecto aspiran a lo mismo que nosotros. Por eso son tan esporádicas las reuniones de ex alumnos.

Dicho de otra manera, nada será así porque alguna vez lo ha sido. Quizás, si podemos construir un diálogo inteligente y logramos reconocer con humildad nuestros deseos, algo sea en el futuro más o menos parecido a lo que queremos.

como los que en la Argentina caracterizan a los grupos organizados autodenominados de izquierda. La diáspora infinita de estos grupos no atendería así tanto a sus fines o a los medios que creen eficaces para alcanzarlos, sino a los diferentes intereses o deseos de esos grupos y sus líderes.

